

N O S O T R O S

EL BRASIL EN LA GUERRA

LA guerra guerreada ha descendido al Atlántico sur. El desafío de Alemania al Brasil, por el hundimiento injustificado, en sus propias costas, de los barcos de su marina mercante, ha sido aceptado por la gran república como un imperativo de su dignidad y una necesidad de su existencia.

No adivinamos cuáles fines secretos persigue Alemania al echarse encima un enemigo más, si acaso desdeñable para el titánico e insaciable Moloch, por su fuerza naval y militar, poderosísimo en cambio por su potencia económica y eficacísimo por su posición geográfica.

Y también por la enorme influencia moral que tiene la intervención del Brasil en la contienda. Con ella se hará más difícil a América toda, permanecer indiferente a los resultados de la lucha, y más criminal esperar un desenlace favorable a la prepotente expansión nazi. El peligro inminente desciende a las bocas del Plata. Por suerte los gobiernos firmantes de los pactos continentales han cumplido su obligación. Para América, el Brasil, necesitado de la ayuda económica común, es no beligerante. Lo es para el gobierno argentino por reciente decreto.

Para nuestro pueblo, para su inmensa mayoría, que aun cree en los beneficios de la libertad y de una organización democrática del mundo, el Brasil es algo más: es un combatiente en la lucha por la Victoria, al cual la nación hace llegar su aliento fraternal. La solidaridad ha sido expresada en documentos elocuentes por las instituciones y los hombres más representativos de los verdaderos sentimientos argentinos. Salvo aquellos pocos tenebrosos conspiradores que acarician absurdos sueños imperialistas, realizables, por

supuesto, bajo el dulce y desinteresado patrocinio de la grande Alemania, nadie puede desear otra cosa que la victoria del Brasil, junto con la de las naciones aliadas.

Mientras tanto, ese gran pueblo, que debiéramos conocer mejor, hogar peligroso, hasta ayer, de inasimiladas minorías nacionales, suprime con mano férrea en su suelo todo foco de actividad contraria a los destinos americanos del Continente y a la causa de la democracia, y ése no es el menor servicio que presta su entrada en la guerra. El espionaje y la traición van siendo arrinconados en el mundo. Y desde ahora las armas de la libertad tendrán en sus dilatadas costas, nuevas bases irremplazables, para lanzarse a la destrucción de la mayor amenaza que ha conocido la humanidad en los tiempos modernos.

LA DIRECCIÓN

LA TERTULIA DE LOS VIERNES

CALLE PARAGUAY

AHORA se hace los domingos
la Tertulia de los Viernes,
tan a la orilla del Río,
de sus grises y sus verdes,
que hay un murmullo lejano
de navíos y de trenes,
de partidas, de llegadas,
de espumas y de rieles.
La casa nueva ya está
vestidita de diciembre,
de penumbras en los aires
y de fundas en los muebles.
¿Para qué pones retamas
delante de mis vejeces?
Las retamas son recuerdos,
los recuerdos alfileres,
y aunque esta vez son de oro,
igual que de hierro duelen.
Deja la pared desnuda,
que se caigan los papeles.

ANDRES SEGOVIA

Andrés Segovia, abacial,
y macizo, y trasparente,
se acuerda de Barcelona,

de Francisquet, un pobrete,
cuya guitarra tañía
por aquél de verle alegre.
Año novecientos quince,
con Xenius sentado enfrente.
Segovia tiene un chaleco
de terciopelo y ribetes,
con ocho botones de oro
que se apagan y se encienden.
Segovia rasgúa el aire
con una mano inconsciente,
que el aire es una guitarra
sin clavijas y sin puentes
que pasa por su regazo,
interminable y celeste.

GERMAN ARCINIEGAS

De don Germán Arciniegas
diré que vino y que fuése.
Aviones se lo llevaron,
alas y picos alegres.
En un sillón de colores,
lento de labios y lentes,
despliega selvas y mares
cual si fueran brocateles.
Aviones se lo llevaron,
esperaré a que regrese.

ANIBAL SANCHEZ REULET

Aníbal Sánchez Reulet,
muy gris y muy reluciente,
tercia en la conversación,

más que montante, estilete.
Si su cigarrillo fina,
se levanta, se detiene,
el humo hacia el cielo raso
como un pensamiento tenue,
se acerca a la chimenea,
lo arroja, lo mira y vuelve.

FLOR DE NIÑOS

Una vez llevé a Clarita
—recuerdo, que no me acuerde—
cuando yo era más feliz
que poetas y que reyes.
Y hay un Horacio Baliero,
que viene, más, que deviene,
paliducho y encendido,
concreto y evanescente.
Y los hijos de la casa,
que entran y desaparecen.
Brotos frescos, brotes tiernos,
que el aire del balcón mece,
hiedra de la que ilumina
y no de la que oscurece.
Hijas de Henríquez Ureña,
bejucos adolescentes,
qué rico estrado os aguarda
por lindas e inteligentes.
Natacha Henríquez Ureña,
qué negro pelo que tienes.
¿Cómo consigues rayar
el ébano con tu peine?

Y O

Hoy me he quedado dormido,
mejor dicho, somnolente,
junto a una estufita eléctrica,
ascua y flor, estrella y fuente.
Hipnotiza como un ojo
su luminoso carrete.
El mundo había tomado
sus caminitos de siempre,
y érase una paz alada
de golondrina y simiente.
El recuerdo de la guerra
parecía indiferente;
era un fragmento de tanque
semienterrado en la nieve,
o una gorra de marino
flotando en un Ponto lene.
Valía una rosa mustia
Romas y Jerusalenes.

FERNÁNDEZ MORENO

NECESIDAD DE UNA LEY DEL PROFESORADO

EL nuevo plan de estudios, con la creación de un ciclo básico común al Bachillerato y al Magisterio, está en vigencia desde los comienzos del presente curso escolar. Ahora tenemos también, proyectado por la Inspección General, un nuevo sistema de aprobación de los alumnos sin examen, mediante pruebas de madurez. Afortunadamente el ministro de Justicia e Instrucción Pública no ha aspirado todavía a hacer convertir en ley sus reformas, con lo que queda abierto el camino a someterlas también a una prueba de madurez, de la cual dudo que salgan con calificación favorable.

Mientras tanto se está viendo, a la luz de los comentarios periodísticos, de los memoriales de las asociaciones profesionales (1) y de la opinión de los que entienden, que la cuestión fundamental es la formación del profesorado. No se debió pensar siquiera en la mal concebida prueba de madurez, hasta tanto el país no tuviese organizados de otro modo los cuadros de la docencia. Veremos en seguida por qué.

DEFECTOS DE NUESTRA ESCUELA MEDIA

La escuela secundaria y normal argentina, desde los días en que Mitre fundó en Buenos Aires el primer Colegio nacional, y Sarmiento la Escuela de profesores de Paraná, ha ejercido sobre nuestra cultura una influencia benéfica que sería ceguera e injusticia negar. En algunos órdenes sus adelantos son manifiestos. La competencia media de los profesores, su contracción a las tareas docentes, su puntualidad, su asistencia, la disciplina de los alumnos han mejorado de un modo indudable. El nivel de la enseñanza se ha elevado. Recuerde el lector, desnudando el recuerdo de los

(1) La última presentación a la Cámara de Diputados, de que informan los diarios mientras corregimos las pruebas de este artículo, ha sido la de la Cátedra Sarmiento del Colegio Libre de Estudios Superiores, firmada por su secretario Dr. Gregorio Halperín. Sus proposiciones concuerdan en todo con las expuestas en este artículo.

rosados tules de la adolescencia, los muchos profesores improvisados que padeció en su tiempo y los desórdenes escolares de que fué regocijado testigo o actor, y si su experiencia actual directa o indirecta se lo permite, compare esa era semigaucha con la presente organización de nuestra escuela secundaria.

Sin embargo, difícilmente puede sentirse el espíritu satisfecho de la realidad actual. La escuela secundaria y la normal, si bien mejorando aquella organización formal, han seguido su *tran-tran* pesadamente, sin un verdadero impulso creador que hiciera de ellas los instrumentos de cultura y preparación para la vida que un vivo anhelo patriótico tiene derecho a exigirles que sean. Muchos problemas planteaba la enseñanza media al nacer o creaba al crecer sin sujetarse a un plan y un propósito claramente definidos, que aun no han sido resueltos. Sin negar la inspiración sanísima e ilustrada de algunos ministros de instrucción pública de los muchos que se han sucedido en los pasados decenios, la verdad es que éstos se han dejado arrullar generalmente por ese *tran-tran* de que antes hablé, sin acometer las reformas fundamentales que reclamaba la enseñanza del adolescente, y si las acometieron, fracasaron por circunstancias que probarían, o bien la inconveniencia o inadaptabilidad al ambiente de aquellas reformas, o bien los defectos del sistema casi exclusivamente personal, sin continuidad, por el cual se gobierna nuestra escuela media. Pasa un ministro, llega otro, y lo hecho, deshecho.

A ningún observador escapará el hecho visible de que hay mucha desproporción entre los resultados y los medios. Mientras aquéllos son escasos, éstos representan una ingente suma de esfuerzos y dinero. Esfuerzos también de los alumnos, no ya sólo del Estado y de los profesores. Porque ningún observador desapasionado negará que aun descontando la despreocupación, la negligencia, la haraganería de muchos estudiantes, no siempre imputables a su mala índole, y cuyas causas, convenientemente examinadas, podrían ser casi siempre removidas, el alumno, en general, entrega una apreciable cantidad de tiempo y trabajo a tareas de las que saca un mínimo beneficio intelectual. Si hiciéramos el inventario de la cultura real de un bachiller, obtendríamos un balance muy poco satisfactorio. (1) Pero no culpeamos a los muchachos de la incoherencia y deficiencia de su información en los distintos ramos del saber, declarándolos, sin más, incapaces o inferiores

(1) Muchas de estas consideraciones deben extenderse a escuelas normales y a la enseñanza que importan; pero ésta merecería un capítulo especial, porque habría otras cosas que decir. En cuanto me refiero a la cuestión central de este artículo, la formación de los profesores, es indiferente hablar de escuela media, secundaria, normal, comercial o industrial.

a los alumnos de antes, como suelen hacer algunos profesores impacientes o que toman demasiado a la letra, por defecto de memoria, el incierto apotegma de que todo tiempo pasado fué mejor.

Hay mucha ficción en cuanto hoy se hace o cree hacerse en nuestra escuela, ficción de la cual todos somos a un tiempo culpables y víctimas. Al respecto, todos vivimos un poco engañados. Si una empresa industrial presentara tamaña desproporción entre el provecho obtenido y los medios empleados, como no se apresurase a rectificar sus procedimientos estaría condenada al fracaso y a la muerte. En el campo de las actividades intelectuales estos *déficit*, aunque vayan acumulándose año tras año, no se hacen tan groseramente patentes. Sin embargo no son menos calamitosos. Es preciso evitar el despilfarro, reducir los movimientos al número indispensable, jerarquizarlos, coordinarlos, concentrarlos. Nuestra escuela adolece de dispersión e incoordinación. Llena hasta el hartazgo, pero no nutre. La cultura científica, histórica y literaria, desmenuzada en fragmentos heterogéneos, no alcanza a formar un sistema orgánico en la mente del alumno. No desconozco, empero, que el problema de la escuela media no es exclusivamente local. En el siglo XIX y en el presente ha sido uno de los más debatidos en todas las naciones del mundo. Es un problema de orientación, de fines, de planes y de métodos, al que se han propuesto las soluciones más divergentes. Nada más que en la Argentina se han escrito acerca de él montañas de páginas, de carácter principalmente crítico.

Causa primera del defecto citado es la multiplicación de cátedras y profesores. Demasiados para un solo curso: de nueve a doce. Con temperamento, con carácter, con criterio, con métodos distintos, a menudo opuestos y contradictorios. Un verdadero calidoscopio pedagógico y científico ante los ojos encandilados del alumno, quien al terminar sus estudios puede decir que vió desfilar una cincuentena de profesores cuyos nombres olvidó en seguida, cuando llegó a conocerlos, para enseñarle bien o mal los rudimentos de su idioma, a balbucear algunas lenguas extranjeras, sumarias nociones de historia y geografía, de matemáticas, de ciencias naturales y fisicoquímicas, algo de filosofía, alguna canción coreada, unas briznas de dibujo y unos cuantos ejercicios físicos. Profesores que obran cada cual por su cuenta, sin relación docente entre sí, pues rarísimas veces, en la actual autarquía de la cátedra, son reunidos en junta, y que comúnmente tampoco saben cuáles son sus colegas de aula. Profesores apenas vinculados con la clase por el escaso comercio que tienen con los alumnos, y poco menos que indiferentes a estos últimos, salvo excepciones que hablan muy alto en favor de quienes las representan dentro de un sistema tal. Cincuenta aradores que aran en todas direcciones, removiendo la tierra de manera

desordenada y nada propicia a la siembra intensa y regular; cincuenta sembradores que arrojan a su antojo en los surcos malamente entrecruzados semillas mezcladas, que cuando llegan a germinar dan una confusa maraña antes que los frutos de la verdadera cultura.

He apuntado algunas breves razones por las cuales reputo esencial la formación y distribución de los profesores. No es todo el problema de la escuela media, de su contenido y sus fines; pero resolverlo es darle a ésta el instrumento adecuado para desenvolverse y realizar uno y otros.

EL PROYECTO COLL

El Poder Ejecutivo ejercido por el presidente Ortiz remitió al Congreso el 28 de agosto del año 1939 un amplio proyecto de ley nacional de instrucción pública para la enseñanza primaria, media y especial, en el cual se contempla la organización del profesorado. Que yo recuerde, ha sido el último de la larga serie; pero no el menos ambicioso. El ministro de Instrucción Pública, Dr. Jorge E. Coll, firmante del proyecto, abandonó la secretaría de estado sin ver realizada su esperanza de verlo convertido en ley. Yo nunca la abrigué. En cierta ocasión en que me sentaba en un almuerzo a la misma mesa del doctor Coll, le manifesté mi escepticismo sobre el punto a un diputado amigo —radical como mi escepticismo—, que se complacía en dar pábulo a las esperanzas del ministro. Me fundaba en alguna experiencia parlamentaria adquirida en mi paso por la Cámara de Diputados y por su Comisión de Instrucción Pública. “O deberé ver desmentida esa experiencia —decía yo— o la ley no saldrá. No entro a discutir su bondad. Cualquiera que ésta sea, es mucha materia para ser tratada por el Congreso en los días que corren; plantea contemporáneamente demasiados problemas, no solamente educativos sino políticos; promueve demasiadas cuestiones, algunas de ellas candentes.”

Una ley así puede ser despachada por una comisión; pero es imposible que una Cámara la vote a libro cerrado. El ministro debiera tener a su mayoría en un puño, cosa difícil. Ningún diputado, ningún sector renunciará a hacer públicas desde la tribuna parlamentaria sus opiniones y disidencias sobre asuntos complejos en que se entrecrocán ideologías mortalmente enemigas, tal, para citar un solo ejemplo, la educación religiosa. Además, en la discusión de una ley de carnes, de petróleo, de granos, de irrigación o de vialidad sólo intervienen los diputados entendidos, que no pasan de una docena, aparte de algún aficionado; pero ¿cuál legislador no tiene su experiencia, poca o mucha, sobre materias escolares; cuál renunciará a la necesidad o al deseo de exponer su opinión sobre la asistencia a la

infancia, la educación preescolar, el normalismo y el magisterio, la educación física, el régimen de calificación de los alumnos y el de promoción, las escuelas de idiomas extranjeros, la conveniencia o inconveniencia de los premios, la enseñanza religiosa, el fin de la instrucción media, los planes de estudio y cien asuntos más de sumo interés público? Puede vaticinarse que serán muy pocos los diputados que se priven de intervenir en la discusión en general o en particular, por sí propios o en representación de sus hijos, que también tendrán voz en capítulo. Los francotiradores aparecerán detrás de todas las bancas. Con la consabida falta de continuidad en el trabajo que caracteriza a las cámaras del Congreso, un debate de esta naturaleza —el más amplio que puede concebirse, por tocar a puntos tan diferentes y heterogéneos, algunos de ellos políticamente espinosísimos—, se arrastraría durante semanas y meses, y tal cosa el Congreso, abrumado de mil tareas sin alcanzar a dar cima sino a muy pocas, no puede consentirla. Un ómnibus pullman, de los más grandes, volcado en una esquina céntrica de Buenos Aires en las horas de mayor tránsito, no produciría en éste obstrucción más molesta que en la labor de la Cámara en los actuales momentos la discusión de la ley de Instrucción Pública. Podría confirmar con sabrosos recuerdos personales esta aseveración que parecerá arriesgada. Y me he referido a una sola Cámara y me callo otras razones. Si el ministro Coll —prestigioso magistrado— hubiese tenido experiencia parlamentaria, habría optado por soluciones parciales de los problemas educativos, y quizá su ambición se habría visto coronada por un éxito más seguro.

Ahora, en mi opinión, y perdónese me la herejía, es una suerte que la ley no haya sido votada. No desconozco las bonísimas intenciones que la inspiraron y sus aciertos; pero juzgo un peligro que precisamente en estas horas angustiosas, de profunda remoción social y, por consiguiente, de los conceptos educativos, cuando tantos interrogantes empurpuran el horizonte, fuésemos a cristalizar, a inmovilizar la instrucción primaria, media y especial durante quién sabe cuantos lustros en el molde de una ley que en partes a algunos nos parecía ya anticuada en la hora de proyectarse, y conforme a planes cuya revisión puede hacerse necesaria en brevísimo tiempo. (1)

(1) El proyecto de ley del ministro Coll, repito que muy bien inspirado, dormiría ya en el museo arqueológico que guarda los innumerables presentados por ministros y legisladores, a no haber sido reproducido por un señor diputado y estar por consiguiente a estudio de la Comisión respectiva.

EL ESTATUTO DEL PROFESORADO

El Estatuto del magisterio de enseñanza media y especial concebido por el ministro Coll y sus asesores —capítulo IV del título III del proyecto de ley— consta de 14 artículos, desde el número 105 al 118. De éstos, siete comprenden disposiciones literalmente o casi literalmente transcritas del proyecto de ley que presenté ampliamente fundado a la Cámara de diputados el 25 de agosto de 1933, y cinco reproducen artículos fundamentales de ese proyecto con algunas modificaciones. Podría reprocharles a los miembros de la comisión asesora del señor ministro —a uno de los cuales, culto y muy estimado amigo mío, facilité a su pedido el texto de mi proyecto—, que olvidaran hacer mención de él como antecedente en las abundantes notas que ilustran el del Poder Ejecutivo, ya que tanto lo utilizaron hasta copiarle algunas normas de fondo; pero esto es lo de menos. Más me duele, contemplando la cuestión como profesional y como argentino, que el proyecto del Poder Ejecutivo, mutilándole al mío disposiciones esenciales, malograra el régimen que juzgo más viable, aprobado en su hora por la Liga del Profesorado Diplomado, la cual hizo de él una publicación especial.

Todos estamos conformes en que la docencia en la escuela secundaria, normal, comercial, industrial y profesional debe organizarse sobre bases estables. Los objetos convergentes a que ha de tender el legislador pueden reducirse a los siguientes términos generales: 1º) crear una docencia estrictamente profesional y por selección de los mejores; 2º) concentrar en un solo colegio o escuela las tareas del profesor, hoy por lo común dispersas, a pesar del empeño que puso en 1940 el Ministerio en remediar tal dispersión, acabado, como todas las tareas que afronta nuestra burocracia, en desorden, molestias para unos pocos y en que al fin las cosas quedasen poco más o menos como estaban.

Han pasado los días en que a falta de profesionales especializados era necesario y conveniente improvisar profesores con el material humano de que se disponía y tal como ofreciase en estas tierras de promisión: letrados y legos, capaces e incapaces, gente de buenas intenciones y otra carente aun de éstas, y según puede suponerse, muchos políticos en actividad o en forzado reposo. Si entonces se justificaba hasta improvisar generales, ¿por qué no profesores?

Pero desde que el Estado ha fundado y sostiene —subrayando los respectivos decretos con promesas— institutos pedagógicos tales como el Nacional del Profesorado de Buenos Aires y el similar de Paraná, ha otorgado validez a los títulos profesionales expedidos por la Facultad de Filosofía

y Letras de Buenos Aires y la de Humanidades de La Plata, y existen otras escuelas superiores de carácter especial, entre las cuales recordaré la de Artes Decorativas y el Instituto Superior de Educación Física, para la formación de docentes responsables en todos los ramos de la cultura científica, artística y humanística, y todos orientados según normas comunes, ¿cómo seguir admitiendo que las cátedras no pertenezcan a quienes han cursado los estudios en estas escuelas con dedicación y vocación? (1)

Hace muchos años que la batalla está empeñada en favor del reconocimiento por el Estado —reconocimiento efectivo probado con obras, que son amores— de los títulos habilitantes con que autoriza el ejercicio del magisterio en los institutos de enseñanza media, normal y especial. Me es imposible por falta de tiempo, reseñar las fases sucesivas de esa batalla. Citaré a este propósito una excelente conferencia leída por el extinto profesor Pablo Pizzurno en 1914 y publicada por la Asociación Nacional del Profesorado, en donde se historia el desenvolvimiento y ejecución de la idea, sucesivamente sostenida por Jacques, Estrada, Juan A. García, Bermejo, Ramos Mejía, Fernández, González, Naón y otros, de formar en institutos pedagógicos especiales al profesor competente. Y puesto que he citado esa asociación, es justo recordar que en las tres asambleas por ella convocadas, en 1924 en Buenos Aires, en 1927 en Córdoba, y en 1929 en Tucumán, siempre hubo entre las conclusiones aprobadas alguna relativa a la formación y designación de profesores con título habilitante. Una fórmula semejante votaba su comisión directiva ya en 1914. Posteriormente las declaraciones y solicitudes a los poderes públicos en el mismo sentido, de las asociaciones autorizadas para hacerlo, se han multiplicado. La exposición de las críticas motivadas por el sistema imperante y de las aspiraciones expresadas por individuos, asociaciones y asambleas, tendientes a modificarlo, llenaría un libro.

Esta insistente reclamación de los profesores diplomados ha sido satisfecha en los últimos lustros por los gobernantes, con proyectos de ley o con decretos que concedieron preferente atención al título pedagógico en la provisión de las cátedras; y en la práctica más de un ministro, cumpliendo su deber, incorporó a la escuela buen número de docentes diplomados; pero ni los pocos proyectos de ley fueron sobre el punto suficientemente precisos ni los decretos ministeriales tan rigurosos en sus disposiciones, que no pudieran deslizarse hasta la cátedra por cualquier resquicio o por

(1) Ahora Tucumán y Mendoza tienen también Facultades de Filosofía y Letras, y el Congreso acaba de crear un Instituto Nacional del Profesorado en Catamarca. Ciertas creaciones pedirían un comentario aparte.

la puerta ancha de algún artículo, muchos profesores no diplomados. Que los hay notoriamente incompetentes, vergüenza de nuestros colegios, así como reconozco los hay muy capaces, porque cultos y dúctiles, han ido formándose en la diaria tarea. Lo cual no justifica que en adelante sigamos corriendo el albur de las designaciones arbitrarias en que intervienen el favor de los políticos antes que el mérito y la aptitud acreditada. Porque aun admitiendo la competencia individual de muchos no diplomados, debemos procurar que la docencia sea una profesión exclusiva y no una ocupación al margen de otras más importantes y remuneradoras; no una simple ayuda de costas o una distracción de ratos perdidos; una profesión muy noble y muy digna pero hecha para hombres de ambiciones materiales modestas —no he dicho espirituales— que no aspiren al ocho cilindros en la puerta, al palco en el Colón y al rumboso veraneo junto a las ruletas de moda. Queden bienes tan apetecibles reservados a los abogados de bufete prestigioso y a los médicos de consulta cara.

Esta antigua y legítima aspiración de los profesores diplomados, que responde a una necesidad de nuestra escuela, abonada también por la práctica de los países extranjeros de más alta cultura, ciertamente no se ha abierto paso en un día. Todavía encuentra quien la discute, generalmente por interés personal o profesional. Pero estamos ya lejos del tiempo en que los que sostenían la buena doctrina eran minoría, aplastados bajo los propios desdénosos informes oficiales.

¿DÓNDE RECLUTAR LOS PROFESORES Y CÓMO?

El citado proyecto del Poder Ejecutivo, no obstante admitir los títulos pedagógicos en lugar preferente, abre todavía la puerta a los egresados de las universidades nacionales con títulos de profesiones liberales, no oponiéndoles barreras, o bien oponiéndoles falsas barreras de papel. Abierta la puerta o el postigo, todos los buenos propósitos son aventados. Es explicable, es humano, que médicos, ingenieros, abogados, arquitectos, farmacéuticos, agrónomos, odontólogos, etc., quieran defender para sí el derecho a la cátedra, tanto más cuando la tradición y la costumbre se lo otorgan; pero no consideramos aquí los respetables intereses personales o profesionales sino los del país. Al excluir para el ejercicio del magisterio los títulos que habilitan para las carreras liberales, no se entiende inferir agravio a la cultura especializada de quienes las cursaron, sino distinguir profesiones diferentes como son la del maestro consagrado exclusiva o preferentemente a su cátedra y enseñado para enseñar, y la del profesional reclamado preferentemente por su consultorio, oficina o bufete. El diploma por sí solo no concede la aptitud,

y asnos e incapaces los hay en todas las profesiones, pero es una presunción de ella. Es también un indicio de vocación. Es justo admitir, sin embargo, para la enseñanza de las ciencias matemáticas, físico-químicas y biológicas, junto a los títulos expedidos por el Instituto Nacional del Profesorado, los diplomas doctorales procedentes de las facultades universitarias donde existan tales grados, siempre que los acompañe una adecuada preparación pedagógica, teórica y práctica, reglamentada por el Poder Ejecutivo; y lo mismo digo, con igual reserva, de la enseñanza de la instrucción cívica y ciertas disciplinas jurídicas y económicas.

Enumerados por ley o decreto los títulos habilitantes para la enseñanza de las diferentes asignaturas, entre los cuales no cabe establecer gradaciones, pues de lo contrario algunos candidatos, frente a la masa de los concurrentes serían siempre postergados por los poseedores de diplomas preferidos, cosa que haría irrisorio su título e inútil la presentación, es preciso escogitar un medio de selección riguroso y equitativo.

He ahí la falla del dicho proyecto del Poder Ejecutivo. El artículo 105 establece: "Los profesores de la enseñanza media y especial de los institutos oficiales se designarán previo concurso de antecedentes profesionales." El artículo 3º de mi proyecto proponía: "El concurso de oposición es obligatorio para ocupar la plaza de profesor titular." Y el 4º: "El título habilitante, otorgado o revalidado por una Universidad o un instituto profesional del Estado, y la nacionalidad argentina son indispensables para inscribirse en dichos concursos." Omito la enumeración técnica de tales títulos contenida en el artículo 5º, porque ya me he referido a ella con suficiente claridad en términos generales. Sí quiero declarar que a mi juicio debieran suprimirse los cursos del profesorado en ciencias y letras de las Escuelas Normales de Profesores. Exceptúo la de Lenguas Vivas y reconozco plena validez a los títulos existentes y a los de los aspirantes actuales, pues ningún derecho legítimamente adquirido debe ser lesionado. Las Escuelas Normales necesitan otra organización que prolongue hasta seis años los cursos del magisterio, siendo función de los institutos pedagógicos especiales y facultades universitarias correspondientes, la formación de los profesores de enseñanza media. Tal es la opinión de respetables profesionales. Tal el criterio sustentado en el propio proyecto del anterior Poder Ejecutivo.

El régimen del concurso de antecedentes ya fué ensayado en los últimos años por decreto.

Las críticas suscitadas por el procedimiento inventado, añagaza de cándidos, podrían llenar otro volumen. Convertido el concurso en una simple alineación por orden alfabético, sin otra discriminación que

si los inscriptos poseen o no los títulos habilitantes latamente fijados en el reglamento, el presidente o el ministro, salvo en casos de excepción, podrían proceder por sorteo. Dicen que no lo hacen, y es muy natural. Pero si la recomendación y el favor han de decidir los nombramientos, más claro será que ello se haga sin tantos papeles, declaraciones e inocentes certificados de moralidad y buena conducta. Otra cosa es el concurso de oposición, al que necesariamente habrá que llegar algún día.

EL CONCURSO DE OPOSICION

Expondré al respecto los posibles lineamientos generales del sistema, tal como los tracé en mi citado proyecto de ley, prescindiendo por supuesto de detalles reglamentarios y disposiciones de orden técnico que aquí no interesan.

La Inspección General llamaría no menos de dos veces al año a concurso para la provisión de las plazas vacantes en los establecimientos de su dependencia. Para crear al profesor titular, sólo consagrado a la enseñanza, concluyendo con la dispersión actual, las horas vacantes en una misma especialidad y en un mismo colegio o escuela, hasta el número de doce deberían ser llamadas a concurso como una sola cátedra. Los concursos se realizarían preferentemente —no exclusivamente— en las ciudades que sean asiento de facultades o institutos que expidan títulos para la docencia, y sería recibidos para cada especialidad, por comisiones de cinco miembros nombrados por el ministro y remunerados. Los aspirantes serían sometidos a dos pruebas: la primera, escrita, eliminatoria, de, supongamos, cuatro horas, sobre un tema de carácter teórico —con aplicaciones prácticas o sin ellas— fijado por sorteo con anticipación no mayor de veinticuatro horas; la segunda, de enseñanza directa, en una clase ordinaria, fijada en las mismas condiciones. Las comisiones examinadoras clasificarían las pruebas recibidas con distintos coeficientes numéricos. La suma de dichos coeficientes determinarían el orden de mérito de los aspirantes aprobados en ambas pruebas. Con los primeros se formaría una terna, si hubiese número suficiente, que serviría para efectuar las designaciones, previa aprobación de los dictámenes por la Inspección General. Sería condición indispensable de tales concursos que la constitución de los jurados, la nómina de los inscriptos y los resultados de las pruebas fuesen hechos públicos para el conocimiento de los interesados; otra, que los fallos de las comisiones examinadoras fuesen inapelables siempre que no tuvieran vicios de forma que autorizaran la anulación del concurso. Si el número de los aprobados alcanzara a formar una terna, o si fuesen dos, el Ministerio procedería a elegir entre ellos, considerando

los resultados de las pruebas, así como los antecedentes en la enseñanza oficial o particular y el valor de los trabajos publicados e investigaciones realizadas por los candidatos en la especialidad correspondiente al concurso, a cuyo efecto podría requerir el asesoramiento de las mismas comisiones examinadoras.

Examinemos más de cerca el procedimiento, por supuesto uno de tantos posibles. Entre el concurso de oposición y el de antecedentes, se opta, pues, por el primero, si bien haciendo lugar a la autoridad de los segundos. La formación de los jurados, las garantías que han de rodear las pruebas y el carácter y extensión de éstas, no se apartan en lo esencial del sistema practicado en otros países, principalmente del francés. Si se observara que es mucha tarea para los jurados y mucha para los candidatos, juzgar o escribir composiciones a cuya redacción yo asigné hipotéticamente un término de cuatro horas, contestaré que en Francia, por ejemplo, las pruebas escritas en parecidos concursos solían ser —digo, antes de la guerra— más de una, hasta tres y cuatro, y de una extensión que alcanzaba en cada caso a siete horas. El plazo de veinticuatro horas concedido a los concurrentes para prepararse en cada una de las pruebas, la escrita y la oral, que es el concedido en los concursos de provisión de cátedras del Instituto Nacional del Profesorado, es mucho más largo que el establecido en Francia, reducido generalmente a cinco horas.

Yo he tenido la oportunidad de estimar a través de los años la eficacia selectiva del concurso de oposición, pues invitado a formar parte de los jurados que entendieron en la provisión de ciertas cátedras vacantes en el Instituto Nacional del Profesorado de esta capital y en el de Paraná, he podido comprobar la excelencia del procedimiento para descubrir a los profesionales más competentes, cuando los jurados actúan conforme a normas claras y estrictas y están constituídos por especialistas de reconocida capacidad y seriedad, retribuidos, además, por el tiempo que se les reclama para cumplir fielmente su obligación.

Se preguntará por qué no han de ser las mismas comisiones examinadoras las que determinen en primera y última instancia sobre las designaciones de los profesores. Ante todo, para no despojar al P. E. de la facultad de nombrar; en segundo término, porque no habiendo modo de apreciar por medio de coeficientes numéricos los antecedentes intelectuales y docentes de los candidatos, debe quedar para las comisiones la tarea de calificar por tal procedimiento las pruebas escritas y orales, y para el Ministerio la responsabilidad de elegir en terna formada por orden de puntos, o entre dos candidatos, cuando los aprobados pasaran de uno. Esto

lo hará a la luz de los antecedentes en la docencia de los candidatos triunfantes y de sus publicaciones o trabajos de investigación.

Si el escepticismo dudara de la rigurosa justicia con que el P. E. habría de proceder, convéngase, aun en el caso siempre discutible de una posposición tenida por injusta, que no se habría cometido una gravísima arbitrariedad ni se habría ocasionado un daño irreparable ni al candidato pospuesto ni a la docencia: lo primero porque el elegido sería en cualquier caso un profesor competente, quien, por las pruebas rendidas, habría merecido figurar en terna; lo segundo, porque el pospuesto, habiendo acreditado su superioridad en los exámenes, no podría ver diferido por largo tiempo el empleo de su capacidad, pues encontraría modo de triunfar en otras oposiciones.

DEBE CONCLUIRSE CON LA DISPERSION E INCOORDINACION DE LAS CATEDRAS

Se relaciona con el régimen del concurso otra cuestión de suma importancia no sólo para el profesor, sino social: cuál sea el sistema más practicable y eficaz, adecuado a las condiciones geográficas y demográficas de nuestro dilatado territorio, para repetir en toda su extensión, sin hacer violencia a los interesados, los profesores egresados de los institutos pedagógicos de Buenos Aires y unas pocas capitales de provincia. También es de indudable trascendencia pedagógica y financiera convertir las horas actuales separadamente rentadas en un estado o rango docente único. No más enseñantes por horas, ridículamente remunerados, nómades de la enseñanza, sin real arraigo en ningún colegio, ni conocimiento de sus alumnos, ni afición a sus tareas, sino maestros en el sentido completo de la palabra, enteramente dedicados a su profesión, vinculados a un solo establecimiento; no este mareante desfile cinematográfico de profesores ante los ojos entre aturdidos e indiferentes de los escolares, sino pocos y buenos en cada clase, aptos para enseñar todas las materias afines, que acompañen a cada promoción, desde la iniciación hasta el término de los estudios.

El proyecto del Dr. Coll declaraba el propósito de concluir con el sistema de horas y volver al de cátedras; y el ministro reconocía la necesidad de asignar a profesores en ejercicio, con pocas horas, las vacantes de las mismas materias que dictaban, para que pusieran en el desempeño de su tarea el interés moral indispensable; pero no veo que el Estatuto del magisterio proyectado resuelva la cuestión de un modo satisfactorio.

En la sesión de la Cámara de diputados del 18 de mayo de 1932, el diputado Américo Ghioldi decía: "Falta en las escuelas secundarias fervor educativo: son verdaderas fábricas para diplomar alumnos; allí no hay

ambiente pedagógico ni ideal educativo. En esos establecimiento cada profesor se dedica a enseñar su asignatura más o menos bien, más o menos esquemáticamente, sin preocuparse de la orientación definitiva del alumno. Y hasta tiene este error o vicio de fondo: un chico de 14 años, que ha salido recién de la escuela primaria, donde ha tenido siempre la dirección de un solo maestro que puede ejercer una influencia moral, está sometido a la acción disgregante de diez señores catedráticos solemnes que se preocupan de suministrarle, gota a gota, alguno que otro conocimiento, despreocupándose de la formación de su personalidad.”

Esta es una gran verdad que no me he cansado yo tampoco de proclamar en el recinto legislativo y en diferentes publicaciones.

Es preciso idear un procedimiento que concluya con tal dispersión e incoordinación; con el continuo fraccionamiento de las cátedras y nociva multiplicidad de los profesores. Consulta esta necesidad mi proposición de que el Ministerio, después de producidos los traslados y reajustes por ascenso que juzgue convenientes, llame a concurso indivisas el mayor número de horas posibles en un mismo establecimiento. Sobre esta base, el docente designado, autorizado por su título y por su competencia probada en los exámenes, formaría su experiencia; la cual, continuada, supongamos, durante dos años, le abriría las puertas a la designación directa por la superioridad, como profesor ordinario, sin nuevo concurso, siempre que con ella aceptara dicho profesor la plenitud del estado docente, con todos los derechos y limitaciones que él comporta. ¿Limitaciones? El deber de consagrarse exclusivamente a la docencia cuando el profesor alcanzara el máximo de horas —un promedio variable entre dieciocho y veinticuatro— con una remuneración fija. Si el profesor debe ser verdaderamente tal, si ha de ir perfeccionándose a la par de los alumnos, si ha de corregir en su casa los trabajos de éstos, tarea que debe serle impuesta como una obligación complementaria e ineludible, no conviene exigirle demasiadas tareas de aula. En ésta, tres horas diarias, cuatro algunos días, son un razonable tiempo de trabajo. La legislación alemana, y entiendo que la de otros países, reconocía hasta ayer a los enseñantes entrados en años, una prudente disminución de horas de trabajo, dentro de los límites generales fijados. He aquí ya un derecho del profesor ordinario. Otro sería la bonificación que podría concedérsele sobre el sueldo básico cada cinco años. Suponiendo una bonificación de un 10 % acumulativo y fijado el sueldo básico original en \$ 720 por mes, conforme a una remuneración mensual correspondiente a un promedio de 18 horas de clase, el profesor, en la plenitud de su carrera alcanzaría a 1.008 pesos mensuales. Por cierto, si la docencia profesional debe ser incompatible con cualquier otro empleo en la administración pú-

blica o con la enseñanza rentada en colegios incorporados, no puede serlo con una cátedra universitaria o de institutos superiores.

He indicado un procedimiento para convertir el cargo de profesor titular, con nueve, diez, once, doce horas de clase, obtenidas en una misma escuela o colegio en uno o más concursos, en el de profesor ordinario, definitivamente asentado en la docencia: sería mediante el nombramiento directo por la Superioridad, en carácter de ascenso, con informe favorable del Rector y de la Inspección, fundados en la foja de servicios del peticionante. A no mediar este nombramiento, la plenitud de la profesión docente podría alcanzarse asimismo, disputando el profesor en ejercicio las horas vacantes en el mismo colegio, en futuros concursos. Lo uno o lo otro constituirían un permanente estímulo para los profesores que aspiren al estado docente con sus ventajas de orden económico y moral.

Facilitaría la acumulación de tareas en un solo profesor y en un solo establecimiento, el reconocimiento legal de que un catedrático pueda ordinariamente enseñar dos o más materias afines. Nada más lógico que, autorizado por sus estudios y el título pedagógico, el profesor de literatura enseñe historia de la civilización; el de historia, geografía; el de física, matemática; física, el de química; el de pedagogía, psicología, etc. Si esto es admitido hoy, ¿cómo no ha de extenderse el sistema al existir la seguridad de la competencia del profesor en dos o más disciplinas científicas, literarias o artísticas, acreditada en concurso? Hay que vencer el prejuicio de la estricta especialización en la enseñanza media, por lo demás nunca tenido en cuenta en la práctica hasta ahora. Reputo absurdo que un niño de primer año reciba la enseñanza de nueve profesores, número que se eleva a doce en cuarto año. ¿Es tan difícil enseñar historia y geografía a la vez en el mismo curso, cuando se posee el título habilitante otorgado por el Estado? ¿Es tan incompatible la enseñanza de la instrucción cívica con la de la historia, sobre todo de la historia argentina, que no deban ser ordinariamente confiadas al mismo docente, como lo están ahora ocasionalmente en algún colegio? ¿Cuáles reconditeces científicas encierran los programas del Colegio Nacional —cuyo desarrollo, no lo olvidemos, en la práctica se confía actualmente hasta a los legos— que hagan necesarios para cada curso diez o doce sabios especialistas?

Lo que no significa aprobar, por supuesto, las curiosísimas traslaciones de profesores de una cátedra a otra, dispuestas este año por la Inspección, sólo para allanar dificultades de horario, que parecerían inverosímiles si no fueran desgraciadamente ciertas. Para la Inspección lo mismo da que uno enseñe caligrafía o dibujo, economía doméstica o geografía, francés o ciencias naturales. Verdad que la justifica el hecho que en ciertos casos los

profesores y profesoras "trasladados" lo mismo podían enseñar una que otra cosa, pues no tenían título ni capacidad para ninguna.

La enseñanza no podrá sino ganar en intensidad, en correlación y en calor afectivo si concentrada en menos profesores vinculados durante largos años a un solo colegio. Hay colegios nacionales, en cambio, donde por ser tantos los profesores, éstos no ven más que unas pocas horas semanales y en un solo curso al alumno, el cual es para ellos a veces menos que un nombre, porque ni siquiera al final del año lectivo son capaces de identificarlo. ¡250 profesores en un solo colegio, aunque tenga 2.100 alumnos, para dictar menos de 1.800 horas semanales, son sin duda un exceso! La burocracia docente ahoga la verdadera escuela.

Las mismas razones aconsejan que se autorice a un candidato a presentarse a dos concursos en un mismo período de pruebas de oposición. No se debe excluir la posibilidad de que un profesor, estando habilitado por su título, aspire en un mismo colegio, en pruebas separadas, a dos cátedras de materias afines. Todo ello con el objeto de concentrar la enseñanza y evitar su fragmentación.

Acaso se objete que esta concentración, al reducir el cuerpo docente de cada colegio, hará difícil la formación de las mesas examinadoras o las abrumará de tareas. Ciertamente la disminución de profesores derivada de la ejecución de estas disposiciones será más factible en los colegios de numeroso cuerpo docente. Doscientos cincuenta pueden reducirse sin obstáculo a la mitad. Pero aquellos colegios que sólo cuentan hoy con una docena o dos de profesores para sus pocos cursos, no podrán reducir su número con cualquier sistema que se adopte, aunque la distribución de las horas sea otra. Por otra parte debemos prever y desear la supresión del examen tal como hoy existe, y su sustitución por pruebas de aprovechamiento periódico, por exámenes cíclicos de aptitud en determinadas disciplinas, por ejemplo, los idiomas, y por la promoción decidida en consejos de profesores. Esta sólo podrá hacerse seriamente, cuando aquéllos conozcan de veras al alumno y vayan familiarizándose con él cada vez mejor a través de los sucesivos cursos. Entonces sí podrá hablarse de pruebas de madurez. Antes no.

Hemos considerado las obligaciones y derechos del titular ordinario, consagrado profesionalmente a la docencia. Debemos ahora contemplar, además de la situación de los profesores que en los años iniciales de su carrera no hayan alcanzado todavía la plenitud de la profesión a que aspiran a consagrarse definitivamente, la de aquellos otros que deseen o necesiten emplearse en diferentes actividades. Cualquier régimen nuevo que se proyecte no podrá hacer tabla rasa del actual. El legislador que piense

lo contrario, vive fuera de la realidad. Cambiar lo existente de una plumada sería inhumano, impolítico e inconveniente. No hay que atentar contra ninguna situación de hecho regular: es consejo de la prudencia. Hay que confiar en la acción del tiempo y de la ley, que será rápida cuando la ley sea cumplida, antes que en los arbitrios violentos y en muchos casos injustos. En los actuales cuadros docentes, conozco a muchos profesores sin título pedagógico, de indudable competencia y manifiesta vocación, junto a otros por desgracia ignorantes y sin amor a la escuela de la cual son desprestigio y azote. Un expediente de transición sería el que acordase el derecho de enseñar hasta doce horas a los profesores actuales, con título habilitante o sin él, compatibles con otras actividades, lo mismo que a los diplomados designados en lo futuro por concurso, que estén en igualdad de condiciones. Siempre con la reserva de la posesión del título habilitante para los nombrados en lo futuro. Un régimen de transición del estado actual, que ya es mixto, a la docencia puramente profesional, es el que aconsejan a la vez la realidad y la política. Es admisible suponer que no pudiendo en lo futuro ingresar en la enseñanza sino los profesionales provistos del título habilitante, la mayoría de ellos aspirará a alcanzar el goce pleno de sus derechos. Lo que importa es superar el sistema vigente por otro más ajustado a las exigencias de nuestra escuela y de los instrumentos que poseemos para satisfacerlas.

ALGUNAS CIFRAS

¿Se sabe cuántos son los diplomados que reclaman vanamente no ya la justicia, ¡ay!, mas la gracia de unas pocas horas de tarea escolar, tan a menudo postergados por el compadrazgo, el nepotismo y el favor? Es una legión de mujeres y hombres jóvenes o que comienzan a peinar canas, desalentados y amargados porque los sucesivos gobiernos no han mantenido con ellos las promesas contraídas en solemnes decretos. Es imposible conseguir cifras exactas. Daré algunas parciales aproximadas. De las distintas secciones del Instituto Nacional del Profesorado han egresado desde su fundación en 1905, alrededor de 2.500 profesores. Por supuesto, de esta cifra hay que descontar las bajas producidas en un tercio de siglo. Lamento no haber obtenido la cifra de los egresados de la Facultad de Filosofía y Letras, doctores y profesores, porque ésta sólo registra en sus libros quienes han retirado su diploma, que son la minoría. El Colegio de Egresados agremia mucho menos de la mitad del total calculable. La Facultad de Ciencias de Educación de la Universidad de La Plata, ha expedido unos 900 títulos de profesores. Súmense a estas cifras los centenares, los millares

egresados del Instituto del Profesorado de Paraná, de los cursos superiores de las escuelas normales y de otros institutos pedagógicos. Recordemos el Instituto Superior de Educación Física, la Escuela Nacional de Artes Decorativas (ex Academia Nacional de Bellas Artes) y el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, los tres de amplia influencia cultural en su esfera respectiva.

¿Cuántos han llegado a la cátedra de los egresados de dichas escuelas?

Todavía es más difícil establecerlo con cifras exactas; pero son los menos. Me remitiré a la última Recopilación Estadística del Ministerio, impresa en 1939, pero correspondiente al año 1936, de la cual solamente extraeré unas poquísimas cifras.

El cuadro número 19 clasifica por su título el personal docente de los colegios nacionales. Esta recopilación, debo advertir, muestra errores groseros de compilación. Hasta las sumas están frecuentemente equivocadas, y los porcentos trabucados, que así marcha la estadística oficial; pero me atenderé a ella a falta de información más fidedigna.

Sobre un total de 3.053 profesores (yo cuento y recuento 3.259) en 1936 poseían título 2.674 y carecían de él 379, cifras equivalentes a los porcentos respectivos, sin fracción, de 88 y 12. Pero, ¿cuáles títulos? Incluye esa cifra 351 maestros normales, 447 abogados, 279 médicos, 155 ingenieros y 265 bajo el rubro indeterminado de *otros universitarios*; luego, un rubro más indeterminado aún, de *otros títulos especiales*, que comprende 184 nacionales, 39 provinciales, 136 particulares y 117 extranjeros. Si la docencia fuera estrictamente profesional conforme a los lineamientos que hemos trazado, de los 2.674 profesores que dicha estadística declara poseedores de un título, éste sólo habilitaría con certeza a 380 profesores normales, a 460 de enseñanza secundaria, y a 67 doctores en filosofía y letras, es decir, a 907 diplomados, equivalentes, sobre la cifra total, a menos de un treinta por ciento, proporción que admite un ligero aumento con los títulos válidos que no sabría discriminar en el rubro de los indeterminados. Conclusiones semejantes pueden inferirse del cuadro correspondiente a las Escuelas Normales de diferente tipo, donde, aunque los carentes de título son menos, apenas un seis por ciento, descienden en cambio a un 28 % quienes poseen uno de reconocible idoneidad pedagógica. Lo mismo puede decirse de los cuadros relativos a las escuelas nacionales de comercio, industriales y profesionales de mujeres. En estas últimas, la estadística, a pesar del generoso criterio con que registra cualquier título, consigna un 35 % de enseñantes que no podrían exhibir ningún otro que su buena voluntad. Por último precisaré que los 872 profesores de enseñanza secundaria que registran en total los cinco cuadros mencionados, no son todos egresados

de facultades o institutos pedagógicos, pues muchos de estos últimos pertenecen, reconocidos por un decreto no reciente, a los enseñantes carentes de diploma, pero con diez años de antigüedad en la cátedra, lo que me parece justo dentro del sistema actual.

Bien se ve que el Estado provee con exceso por medio de sus propios institutos, los profesores con título de idoneidad docente en condición de llenar los claros que vayan produciéndose en la escuela media o de ocupar las cátedras de nueva creación; sin embargo no los aprovecha en igual medida. Y contándose por millares estos profesores sin cátedra, como no es aconsejable designarlos, por razones obvias, tomando por norma la sola antigüedad, nada mejor que elegir a los más aptos por medio del concurso de oposición, creando entre ellos una emulación fecunda.

No será fácil emplear a todos los diplomados a un tiempo; pero peor es que la mayoría se mortifique suplicando vanamente la cátedra durante larguísimos años y fatigando las antesalas de los poderosos. Para todos iguales probabilidades de llegar: esto es lo que más convendrá a los capaces, a quienes triunfen por sus méritos; algo mejor que la miseria de unas horas ridículamente rentadas: la existencia y el porvenir asegurados.

SOLUCION POSIBLE DE DOS PROBLEMAS

Por el procedimiento expuesto se resolvería asimismo el problema de la designación, para los colegios y escuelas de las ciudades más lejanas del territorio, de profesores escogidos entre los diplomados. En otros países ha podido ordenarse la carrera del docente atendiendo a la importancia de las ciudades donde enseñaba. Ahí va ascendiendo por grados desde los gimnasios y escuelas de provincia hasta los más importantes liceos de la nación. Así lo proyectó y propuso en 1932 para nuestro país el Colegio de Egresados de la Facultad de Filosofía y Letras. A mi juicio el sistema no es aplicable a la escuela argentina. En Europa, el nivel medio de cultura es —o era— otro (hablo de la Europa de ayer, la que era maestra de América); y poco menos lo mismo da enseñar, cuando se inicia la carrera, supongamos, en el norte o en el sur de Francia, en tal departamento o en tal otro. Una antigua tradición de cultura, museos, bibliotecas, escuelas famosas, imprentas activísimas mantienen vivos (¡o mantenían!) los estímulos intelectuales aun en los centros de población más apartados de la capital.

La verdad es que no acontece lo mismo entre nosotros. Sería un error gravísimo dividir nuestras escuelas en categorías según la importancia de la localidad donde funcionan y forzar uniformemente a los profesores a

entrar en la carrera enseñando, contra su voluntad y sus intereses, en centros de escasísima densidad de cultura, ascendiendo de categoría cada cinco años hasta traerlos a las grandes ciudades o a Buenos Aires a la vuelta de unos veinte, ya fatigados. Que cada cual elija lo que más convenga a sus amores o a sus intereses. La inscripción en los cursos se hará por libre elección del colegio o escuela donde haya vacantes, sea cualquiera la localidad. Nadie será forzado. Un caso de aceptación espontánea será el del profesor nacido en el interior de la República que desea regresar a su terruño y se presenta a los concursos abiertos para proveer las cátedras vacantes en las escuelas de su ciudad natal. Otro caso, el más frecuente, será el del profesor novel, nacido donde se quiera, el cual, resuelto a vivir de su profesión, no vacilará en comenzar por los centros de población menos importantes, sabiendo que con ellos tendrá menos opositores en los concursos, acaso ninguno, sin perjuicio de abrirse luego paso hacia los mayores centros de población y cultura, si lo desea, mediante el ascenso justificado o su presentación a nuevas oposiciones. No otra cosa hacen por su libre determinación muchos médicos recién diplomados. Los empleados bancarios y los militares, aunque sujetos a normas distintas, también conocen en su carrera estas traslaciones y ascensos. La influencia social e intelectual de tal radicación espontánea en las pequeñas ciudades de las provincias y territorios, de profesores en seguida influyentes en la localidad por su vinculación con la escuela, procedentes de diversas regiones y de los institutos profesionales de Buenos Aires, La Plata, Paraná u otras capitales, será, a medida que pase el tiempo, más intensa y provechosa.

Una ley como la que propongo conduciría también a ofrecer algún remedio a la desproporción cada vez más acentuada entre el número de profesores diplomados masculinos y los femeninos, por faltarles actualmente incentivos a los hombres para iniciar y concluir la carrera docente. Es sabido que los cursos de nuestras facultades de letras y humanidades e institutos del profesorado están formados en su mayoría por alumnos del sexo femenino. La cuestión, seria y compleja, no se resuelve con solo ordenar: ¡Las profesoras a las escuelas de niñas; los profesores a las de varones! La traté de paso en el discurso que pronuncié en 1932 en la inauguración de la Segunda Asamblea de Profesores Diplomados: considerarla objetivamente en todos sus aspectos pedagógicos y morales pediría otro artículo tan largo como éste. Bien merecería por su importancia ocupar la atención de los directores de la enseñanza oficial.

CONCLUSION

Si bien no ignoro los precedentes extranjeros, y los tuve muy presentes, inspirándome en ellos, cuando me los ofrecían países de una organización escolar semejante a la nuestra, se ha visto que no los he mencionado sino en raras ocasiones. La legislación escolar extranjera es muy instructiva, pero nosotros debemos reformar nuestra escuela sobre lo construído, sin pretender levantarla de nuevo desde los cimientos. Obrar diversamente es cosa de teóricos y utopistas. Por eso he tenido siempre en vista la realidad inmediata, ayudándome con una experiencia en la enseñanza media y superior que desgraciadamente cuenta ya más de treinta años. El Congreso debiera desglosar, como se ha propuesto, la ley del magisterio secundario, de los proyectos más amplios y ambiciosos que tiene en carpeta, y afrontar su debate y sanción con espíritu radical y patriótico, substrayendo de una vez los nombramientos al favor o a la suerte.

Cuanto menos retórica se haga sobre el famoso "apostolado" será mejor. El maestro, el profesor, son funcionarios del Estado muy respetables, que se ganan honradamente la vida si cumplen su tarea con competencia, dedicación y amor a la profesión elegida. Honrémoslos, alentémoslos, ofrezcámosles los recursos posibles para brillar en la enseñanza y en la labor intelectual independiente, y todo ello nos será devuelto con creces en beneficio de la colectividad.

ROBERTO F. GIUSTI

Las ideas generales de este trabajo las expuse anteriormente en una conferencia leída en el Museo Social Argentino en el año 1940. (*Boletín del Museo Social Argentino*, año XXIX, 229-30, julio-agosto, 1941). El proyecto de ley de que soy autor y al cual me he referido, fué publicado con extensos fundamentos en el nº del 25 de agosto del año 1933 del *Diario de Sesiones* de la Cámara de Diputados (tomo III, págs. 559-573). También duerme en el museo de antigüedades legislativo, porque le ha alcanzado hace rato la ley Olmedo, de caducidad.

VERSOS FACILES *

EL verso fácil no es un género literario y aun casi escapa a la disciplina de la poética. Diríase más propiamente que se trata de una aptitud espiritual propia no solamente de los poetas sino de gentes de cualquier clase, vulgares y aun analfabetas, que dan expresión a un sentimiento, a una idea primaria, a una crítica personal produciéndose en verso con idéntica facilidad que lo harían en prosa. Lo curioso del caso es que estas manifestaciones suelen ajustarse a la preceptiva; quiero decir que por regla general, cumplen las normas de la medida, de la consonancia y de la asonancia, como si fueran labores estudiadas y hasta retocadas. Sin embargo, insisto en que muy lejos de ser obra de la reflexión son simples efusiones casi siempre humorísticas. Sólo en ocasión rara y principalmente en los cantares populares, tienen algún parentesco con lo dramático.

En el verso fácil no hay metáforas, ni imágenes, ni tropos, ni ninguna de las ingeniosidades propias del lenguaje artificioso y figurado. Huelga añadir que mucho menos hay alambicaduras y retorcimientos, ni conceptuosidades de las que han solido vanagloriarse los poetas antiguos y modernos. El mérito está en decir lo que se quiere sin una palabra más ni una menos.

Por lo que me apunta mi memoria, el padre de este género es el famosísimo soneto de Lope de Vega que todos saben de memoria:

*Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto:
Catorce versos dicen que es soneto:
Burla burlando van los tres delante.*

*Yo pensé que no hallara consonante
Y estoy a la mitad de otro cuarteto,
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.*

* Este ensayo fué inicialmente una conferencia, pronunciada por el autor en el pasado mes de junio en el Rincón de los Poetas.

*Por el primer terceto voy entrando
Y aún parece que entré con pie derecho
Pues cima en este verso le voy dando.*

*Ya estoy en el segundo y aún sospecho
Que estoy los trece versos acabando.
Contad si son catorce y está hecho.*

Es una pura broma. El autor habla como hablaría en la charla íntima con un amigo, dejando fluir confianzadamente la palabra. Mas con ello presenta una composición ejemplar en su género.

Remembranza de ese sistema de hacer las cosas sólo con decir que se están haciendo, es el acto de aquel caballero que en el final de un banquete se pone de pie y dice:

*Me levanto de esta silla
Solo para demostrar
Que el hacer una quintilla
Es la cosa más sencilla
Que se puede imaginar.*

Otro tanto pude decirse de las famosísimas redondillas de sor Juana Inés de la Cruz. Todas son iguales en la profundidad del concepto y en la ingenuidad de la expresión. Evoquemos dos muy características.

*¿O cuál es más de culpar
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
O el que paga por pecar?*

*¿Pues para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
O hacedlas cual las buscáis.*

Pocas veces se habrá flagelado a los hombres con tanto rigor y pocas veces se habrán usado para ello palabras más vulgares.

De igual modo procedía Calderón... cuando quería; porque a veces también se recreaba en lo enrevesado y oscuro. En *El Alcalde de Zalamea* (obra que constituye el breviario civil de los hombres libres) hay conceptos contundentes y primarios como éste:

*Los que no marchan conforme
A obediencia y sujeción
No son soldados, que son
Bandidos con uniforme.*

En los consejos de Pedro Crespo a su hijo, resplandece igual virtud.

*Sé cortés sobremanera,
Sé liberal y esparcido,
Que el sombrero y el dinero
Son los que hacen los amigos.*

Por aquel entonces brotaba también el verso fácil en las agresiones personales como aquella de Quevedo al Dr. D. Juan Pérez de Montalván.

*El doctor tú te lo pones,
El Montalván no lo tienes,
Con que quitándote el Don
Vienes a quedar Juan Pérez.*

Llegóse en este punto del personalismo a verdaderas infamias. Aquellos insignes literatos que constituían la constelación del siglo de oro hicieron y dijeron horrores contra su colega el mejicano D. Juan Ruiz de Alarcón. Fué éste el único poeta que en lugar de divinizar el matonismo de los espadachines, héroes de aquel teatro, defendió los conceptos morales de la honradez, la vergüenza y la rectitud. Por esto le odiaban los demás; y con una falta de piedad que hoy sería inadmisibile aun en la sociedad más ínfima, se mofaban de él por ser jorobado de pecho y espalda. No recuerdo si fué Lope de Vega o cuál otro, quien le atacó diciéndole esta grosería:

*Tanto de corcova atrás
Y adelante, Alarcón, tienes,
Que saber es por demás
De donde te corcovienes
Y a donde te corcovás.*

Aunque también injuriosa, es mucho más elegante y aguda aquella redondilla del conde de Villamediana a un señor Verger que era alguacil mayor o no sé qué otra cosa muy sonada.

*¡Qué galán que va Verger
Con cintillo de diamantes!
Diamantes que fueron antes
De amantes de su mujer.*

Se ha sospechado por alguien que a este tremendo verso fácil se debió el asesinato de su autor. Sin embargo, la crónica general le atribuye origen más alto. Enamorado Villamediana de la Reina, tuvo el atrevimiento de presentarse en un torneo con una divisa que decía: "Son mis amores reales". Dícese que Felipe IV agregó este comentario: "Pues yo los haré

cuartos". De ahí la explicación dada en un romance narrativo del crimen y cuyo final es:

*Que el matador fué Bellido
Y el impulso soberano.*

En los finales del siglo XVIII y principios del XIX surgen también modelos de lo que voy buscando. Bien conocido es el epigrama de don Nicolás Fernández de Moratin:

*La calavera de un burro
Miraba el doctor Pandolfo
Y enternecido exclamaba:
¡Válgame Dios lo que somos!*

Su hijo D. Leandro, el famoso autor de *El sí de las niñas*, dejó chispear su ingenio en algunos versillos de tanto gracejo como éste:

*En un cartelón lei
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuende
No has de decir que la vende
Sino que la tiene allí.*



Naturalmente, los versos fáciles que se acercan más a nuestro recuerdo son los próximos a nuestra vida. Vengamos, pues, a lo contemporáneo.

D. Manuel Bretón de los Herreros fué el comediógrafo más fecundo y gracioso de la época romántica. Su abundantísimo teatro basta para conocer toda la sociedad de aquel tiempo. Vivía en la calle Mayor, en la misma casa que D. Pedro Mata, padre de la medicina legal y del alienismo en España (no creo que entonces todavía se usase el título de psiquiatra) y poeta también, aunque de afición y no profesional. Frecuentemente los visitantes se confundían de puerta y llamaban a una en vez de llamar a la otra. Cansado Mata, fijó en la suya un cartelito con este dístico:

*En aquesta habitación
No vive ningún bretón.*

Bretón con minúscula, como si no se tratase del ilustre D. Manuel Bretón de los Herreros sino del más humilde hijo de Bretaña. Inmediatamente el comediógrafo colocó en la entrada de su cuarto esta redondilla, verdaderamente destacada por su espontaneidad y por su gracia:

*Vive en esta vecindad
Cierta médico poeta
Que al pie de cada receta
Pone "Mata" y es verdad.*

Quizá el ejemplar más asombroso de versificador fácil fué Narciso Serra, autor de *El amor y la Gaceta*, *Don Tomás*, *La calle de la Montera* y tantas otras obras popularísimas en su tiempo. Era empresario del teatro de la Zarzuela un tal Rivera, y dirigía la orquesta el entonces afamado maestro Oudrid. Cierta noche entraba Serra en el teatro y se cruzó con el empresario. Este le preguntó:

—¿Va V. al escenario?

Y ante su respuesta afirmativa, le hizo este encargo:

—Si vé V. al maestro, dígame que cuando termine me haga el favor de pasar por mi despacho pues tengo que hablarle.

No había dado Serra cuatro pasos cuando se topó con el músico y le endilgó de corrido esta redondilla perfecta:

*Oudrid, me ha dicho Rivera
Que al acabar la función
Pases por la Dirección
Que en la Dirección te espera.*

En otra ocasión estuvo Serra al borde de un pleito. En España la ley exige que antes de comenzar un litigio se acuda al Juzgado Municipal para intentar la conciliación. Al acto deben acudir los interesados acompañados de dos amigos a quienes la ley llama "hombres buenos" y que han de procurar justificar cada cual la razón de su amigo para procurar convencer al otro y llegar a una solución. Y ocurrió que uno de los llevados por Serra —el comediógrafo Camprodón— se explicó absolutamente en contra de éste y alegó todo lo necesario para perjudicarlo. Serra le oyó estupefacto y tan pronto como terminó, le dijo:

*Pues hombre, me has dado un palo
Con ese discurso ameno.
Yo te traje de hombre bueno
Y me has salido hombre malo.*

El caso siguiente ya no sé si es de verso fácil o de verso difícilísimo. Se trata de un mero juego de palabras para ridiculizar el uso indebido de los esdrújulos, y tiene los caracteres de una pura chanza gastada al correr de la pluma. Su autor es don Juan Eugenio Hartzembusch, aquel español de ascendencia alemana que empezó siendo oficial de ebanista y terminó como dramaturgo de primera línea, académico y nada menos que director de la Biblioteca Nacional. La broma que gastó a los esdrújulistas, fué ésta:

EL SASTRE Y EL AVARO

*Hay gente que dice cólega
y epigrama y estaláctica
púpitre, méndigo, sútiles
hóstiles, córola y áuriga.
Se oye a muchísimos périto
y alguno pronuncia mámpara
diploma, erúdito, pérfume
pérsiles, tíbulo y Sávedra.
Los que introducen esdrújulos
contra el origen y práctica
imitación de su método
lean la presente fábula.
Sabrán si me escuchan ústedes
que hubo un tal Pedrillo Zápata
Sastre titular del Cóncejo
de no sé qué Villa mánciega.*

Sigue refiriendo ser costumbre del pueblo que el sastre fuese a trabajar a casa del parroquiano en cambio de la manutención que éste le diera. Llamada Periquilla a casa de un famoso avaro, éste discurrió darle unidos el desayuno y la comida, a fin de que luego trabajara el sastre todo el día sin levantar cabeza.

*Respondió el sastre: "Me acómoda
y aun si la cena me sácaran
me la engullera: mi apétito
no corre con hora márcada."*

Encantado el cicatero con la ampliación de su propuesta que le permitiría al sastre trabajar más y más, pronto dió las órdenes conducentes. Y el episodio terminó de este modo.

*"Vamos —gritó— pronto próntito;
corta la sopa y la ensálada
y a Pedro sírvele enséguida
la olla y de cenar, Baltásara."
Dánsela y trágalo tódito,
y dice después de lá-cena:
"Yo en cenando no doy púntada;
Buenas noches: voyme a lá-cama."*

*La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
Mas de burlas a misérables
ni un místico se encandáliza.*

Otro hombre de vena abundante y jugosa fué el popular poeta Manuel del Palacio. El aludirle me permite establecer la diferencia entre el epigrama y lo que yo estoy llamando verso fácil. Un día Palacio escribe:

*¡Igualdad! Oigo gritar
al jorobado Torroba.
Y me ocurre preguntar:
¿Querrá verse sin joroba
o nos querrá jorobar?*

Esto es un epigrama. El autor ha concebido el gracioso juego de palabras y tranquilamente ha trazado unos versos. Pero a este mismo Manuel del Palacio que pertenecía al Cuerpo Diplomático, le ocurrió que le jubilé, causándole la consiguiente perturbación económica, el Ministro de Relaciones Exteriores Duque de Almodovar del Valle que era Grande de España (¡nada menos que Grande de España!) y que tuvo el infortunio de ser quien firmara las consecuencias del Tratado de París, es decir, la pérdida completa de nuestro imperio colonial. Un día Palacio, a quien no se le había pasado el enojo, encontró a mano un retrato del duque. Fulminantemente cogió la pluma y escribió:

*Parece grande y es chico
fué ministro porque sí
y en cuatro meses y pico
perdió a Cuba, a Puerto Rico,
a Filipinas y a mí.*

Esto es, a mi entender, el tipo de verso fácil. Probablemente no pensaría Palacio escribirlo ni contaría con echar mano al retrato. Pero, sin duda, verle y brotarle la quintilla despreciativa, fué todo uno. No intervinó allí la técnica sino el enfado ocurrente.

Donde se encuentra un verdadero museo de estos versos, es en las composiciones que podemos llamar de circunstancias. El abanico, el álbum, el certamen, la visita de cualquier orden, es decir, el compromiso momentáneo e intrascendente, dan ocasión de poner a prueba la fertilidad del ingenio poético.

Ahí van unos cuantos ejemplos. •

Existe en la región aragonesa de España una finca maravillosa por su belleza, llamada Monasterio de Piedra. Trátase de un antiquísimo monasterio situado en un parque enorme en extensión con arboledas, vergeles, lagos, cascadas, todo ello adornado por las curvas y saltos inverosímiles del río Piedra. Un verdadero asombro de la naturaleza. Hace cosa de 80 años se descubrió allí una gruta inmensa e imponente en el exterior y

en lo interno. Por encima de ella marcha apacible el río pero al llegar a su borde y encontrándose el terreno cortado, el río se despeña formando un salto de tal altura, con tal caudal y con tales irisaciones, que el espectador se queda suspenso y emocionado. Se le llama "la cola del caballo". Los propietarios de la finca tenían un álbum donde los visitantes de calidad estampaban un pensamiento. Un día hizo su recorrido el poeta Luis Royo Villanova (muerto en plena juventud poco después) e inmediatamente, como sin pensarlo, escribió en el álbum estos pareados:

*Hay gentes que no sienten ilusión
por ver la Gruta orgullo de Aragón
Y en cambio el río Piedra se suicida
sólo por ver la Gruta en su caída.
Y ahora dígame Vd. ¿Es cosa extraña
que murmuren los ríos en España?*

Una muestra desenfadada. Hallábase D. José Echegaray en el apogeo de su fama. Era la gloria máxima de España, el hombre indiscutible, el dios de las letras. Estrenó uno de sus muchos dramas y el periodista de modesta categoría Federico Urrecha hizo una crítica no totalmente favorable. Indignése Ricardo de la Vega, el insigne sainetero autor de *La verbena de la Paloma*, e irreprimiblemente no sé si escribió o simplemente dijo este versillo:

*En Bombay dicen que hay
terrible peste bubónica;
Aquí Urrecha hace la crónica
de un drama de Echegaray.
Mejor están en Bombay.*

Urrecha quiso desafiar a Vega y costó grandes esfuerzos evitar que la chuscada tuviera un mal desenlace.

Del mismo D. Ricardo recuerdo otra demostración de gracejo flúido. Ibamos a unas reuniones en casa del general Alvarez Araujo, gran número de muchachos y muchachas, y D. Ricardo de la Vega con su familia. Una señorita asaltó a mi hermano Carlos, poeta incipiente, pidiéndole que lograra del insigne sainetero, que la firmase su abanico. "La firma, nada más que la firma, amigo Ossorio". Fué mi hermano a cumplir el encargo con el leve embarazo que siempre produce esta clase de comisiones, pero D. Ricardo le acogió afablemente, tomó el abanico y una pluma y escribió de carrera:

*¿Qué me pide el joven bardo
Carlos Ossorio y Gallardo?
¿Mi firma? ¡Y quién se la niega!
Abí va mi firma. Ricardo
De la Vega.*

Cuando Jacinto Benavente estrenó *Señora ama*, la malicia popular le disparó esta copleja:

*El ilustre Benavente
ha estrenado una "Señora"
Y a coro dice la gente:
"Ya era hora, ya era hora."*

La razón de la atrevida imputación no es para explicada pero estoy seguro de que todo el mundo la sabe o la adivina.

Todos conocen de fijo la famosísima y popular copla de la alegre moza bilbilitana:

*Si vas a Calatayud
pregunta por la Dolores
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.*

En ella se inspiró el gran dramaturgo Feliú y Codina para su magnífico drama *La Dolores* y en ella también el maestro Bretón para su soberbia ópera del mismo título, que constituye una de las magnas joyas del arte lírico español. Y ocurrió que el periódico *A. B. C.* que era el más leído en Madrid por las clases conservadoras y excelente modelo de reaccionarismo y de ñoñez, tuvo la inspiración de abrir un certamen para premiar otra copla que desagradiase a las mujeres de Calatayud, las cuales, por cierto, jamás se habían sentido ofendidas con el verso histórico. Harto sabían ellas que mujeres frágiles las puede haber en todas partes como en su pueblo. El certamen se abrió y a él acudieron todos los cerebros chirles de una España arcaica y ridícula. Sería graciosísimo repasar la colección pero no citaré sino una muestra. Don Sixto Celorrio, natural de Calatayud y diputado provincial por el mismo pueblo, gastó esta broma:

*La Dolores ya no existe
que la Dolores murió.
¡Y en Calatayud no queda
quien le haga un favor ni a Dios!*

Perdónese me que cite como último verso de circunstancias, una quintilla que apareció en un retrete y luego se reprodujo en todos los de España. El evacuatorio en los establecimientos públicos (café, teatros, universidades) era la cosa más repugnante e inmundos que puede suponerse. Especialmente se caracterizaba por tener sus paredes de sucio yeso inundadas de dibujos obscenos, de frases en prosa y de versos lamentables. Pero llegó un sujeto anónimo y escribió esta quintilla:

*Todos los que escrito habéis
en este inmundo lugar,
satisfechos estaréis
pues que vuestras obras veis
en donde deben estar.*

Desde entonces se adecentaron un poco las feas costumbres, en parte quizás por la eficacia de la copla y en parte más segura porque las paredes se forraron de azulejos.

Si nos fijamos en el orden de las varias actividades humanas, hallaremos en todas ellas la misma propensión a sacar partido con versos fáciles, de las más variadas situaciones. Empecemos por la guerra. Cuando a principios del siglo XIX toda España estaba ocupada por los ejércitos napoleónicos y no quedaba libre sino el área reducidísima de la capital de Cádiz, sitiada y bombardeada por las tropas victoriosas en Europa entera, los sitiados recibían el plomo cantando cosas que pasaron a la Historia.

*Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.*

Y ahora mismo, en la guerra espantosa que España acaba de sufrir dando sus pobres milicianos durante dos años y medio ejemplos de heroísmo y de abnegación que ciertamente no han imitado los austríacos, ni los checoslovacos, ni los polacos, ni los noruegos, ni los belgas, ni los holandeses, ni los franceses, se cantaba en la misma proporción que se moría:

*Puente de San Fernando
¡Qué bien te guardan!
Son los carabineros
que Sabio manda. (1)*

De esa buena guarda puedo yo dar alguna referencia directa. Junto a aquel puente, en el puesto de Sanidad de la vanguardia, se hallaba un hijo mío, teniente sanitario, y por él sé que en contados días, de los cuatrocientos y pico de hombres que constituían su Cuerpo, más de una mitad pasaron por sus manos muertos o heridos. Y la sangre corría por igual en toda España. Y las lágrimas constituían caudal tan abundante como la sangre. Y eran bombardeadas y destruidas las ciudades abiertas. Y perecían los niños en sus escuelas. Y eran abrasados los ancianos y las mujeres. Y el hambre diezaba al pueblo resistente. Y un puñado, verdadero puñado

(1) Sabio se llamaba el entonces comandante de aquel cuerpo combatiente.

de hombres, luchaba sin desmayo frente a los ejércitos que después habían de arrasarse Europa entera. Pero no importaba. Allí estaba la musa popular para enardecer los corazones.

*Puente de San Fernando
¡Qué bien te guardan!*

Lo mismo en todas partes:

*Si me quieres escribir
ya sabes mi paradero:
Tercera Brigada Mixta
Primera línea de fuego.*

Ante la agresión salvaje de los moros llevados a España con explícito aplauso de la Iglesia para defender los dogmas católicos:

*Los moros están de malas
y se mueren de canguelo
porque les damos "pa" el pelo
con peines de cinco balas.*

Y ante la hazaña inenarrable del cruce del Ebro:

*Aunque me tiren el puente
y también la pasarela,
me verás pasar el Ebro
en un barquito de vela.*

¡En cuántas bocas la canción habrá coincidido con el último suspiro!

La maravillosa fuente de esas coplillas no era la cabeza sino el corazón. Quizás los demás europeos no han sabido batirse porque no sabían cantar.

Dejemos las coplas de guerra porque no es cosa de afligir al lector con estos recuerdos que envenenan mi alma de español. Sigamos viendo otros aspectos de la vida. Si es en el religioso, la fe se amalgama graciosamente con la ignorancia. ¡Qué inocencia la de aquel colegio donde para festejar las fechas Pascuales se enseñaba a los niños este villancico!

*El hijo de Dios
Nació en un pesebre.
Donde menos se piensa
salta la liebre.*

¡Y qué delicioso fervor el de aquellos aldeanos de Avila, paisanos de la Doctora mística!

*Gloriosa Santa Teresa
que juiste esposa de Cristo
y juiste virgen y mártir
y también juistes obispo.*

La política ha sido manantial inagotable de inspiración. La primera vez que me presenté diputado por el distrito de Caspe, visité el pueblo de Bujaraloz donde piaban (¡cómo no!) por la carretera, por esa carretera que es el ensueño y la necesidad de todos los pueblos españoles. De pronto, un campesino humildísimo me improvisa y me dispara este cantar conminatorio:

*Serás pronto deputao
y también serás ministro.
Si no haces la carretera
ponte bien con Jesucristo.*

Era por entonces senador de la provincia de Zaragoza, un político provinciano llamado D. Manuel Castellón y Tena. El buen señor era de estatura menguadísima. La musa anónima la tomó con él:

*¡Que siendo tan chiquitín
te bagas llamar Castellón!
¡O pégate un estirón
o llámate Castellín!*

Todo el mundo conoce por referencia universal, al político español Conde de Romanones; y todo el mundo sabe que el Conde es cojo, horrible y lamentablemente cojo. Tiene una pierna arqueada y se mueve con enorme rengueo. Quizá viniese aquí bien llamarle rengo, como dicen aquí y que sólo es, según he visto en dos diccionarios, el cojo por lesión de la cadera, que debía ser lo que le pasaba al primate español. No había en España ningún otro político con ese defecto físico. Pero he aquí que cierto día un ex-ministro del partido conservador, el Conde de Bugallal, se cayó y se fracturó una pierna. Al cabo de unas semanas apareció en la calle con unas muletas. Inmediatamente el humorismo callejero se dió a luz:

*Un conde anti-liberal
anti-constitucional
cojo y amigo leal
de los funestos Borbones
¿Quién es? Hay dos soluciones:
El conde de Bugallal
y el conde de Romanones.*

En la propia administración de justicia que es la función más seria y solemne de una sociedad, no faltaban en España rasgos de gracejo versificatorio. Un día en la Audiencia de Valladolid se celebraba un juicio por Jurados. El Jurado se había retirado a deliberar. Se atravesaba, pues, ese instante dramático que los abogados hemos padecido con grave detrimento del sistema nervioso, porque estábamos aguardando el *sí* o el *no*, de que dependen la libertad y quizás la vida de nuestro defendido. El defensor, D. César Medina Bocos, adversario de la institución popular, disimula su inquietud borroneando en un pliego de papel de oficio, este soneto, esbozo del Jurado:

*Un presidente que preside... a ratos.
Magistrados durmiendo en su sillón,
que servían lo mismo de cartón
y en cambio resultaban más baratos.
A los lados catorce pelagatos
hartos de manejar el azadón,
que entienden, cuando prestan atención,
nada, como quien dice, entre dos platos.
Un fiscal enconado o complaciente.
Un letrado mintiendo que es un gusto.
Testigos que declaran con malicia.
En el banco un bribón o un inocente
esperando o temiendo el fallo injusto
y en el techo, pintada, la Justicia.*

En otra ocasión informaba ante la Sala primera del Tribunal Supremo, un sacerdote que ejercía la abogacía. Tratábase de un pleito de divorcio y se acusaba a su defendido de haberse paseado con dos mujeres públicas por las calles de Pontevedra. Conviene saber que Pontevedra, bellísima por naturaleza, es la capital más pequeña y más sencilla de España. Al letrado no le parece elegante pronunciar la denominación habitual dada a las hembras de esta clase y prefiere, acudiendo al griego, llamarlas hetairas. “¡No es verdad que mi cliente se pasease con hetairas en aquella ciudad ni en ninguna parte!”. “¡Nunca mi cliente cultivó el trato de las hetairas!”. El Presidente se inclina sobre su pupitre, coge la pluma y comienza a escribir. El letrado se envanece. Sus argumentos han llegado al ánimo presidencial y se toman notas para no olvidarlos. Pero ¡ay! el Presidente no escribe sobre Derecho. Se ha limitado a improvisar una redondilla.

*La metáfora no arredra
a este cura de Secano.
¿Hetairas en Pontevedra?
¡Furcias y gracias, hermano!*

Mientras tanto pasan los siglos y el pueblo español inventa cantares. Millones y millones de composiciones de esta clase brotan constantemente de su numen y llegan a formar un género tan respetable que los historiadores de la literatura tienen que ocuparse de él y dedicarle abundantes páginas. Es en todas partes de España, pero muy particularmente en Andalucía. Y abarca todas las venas: la trágica, la dramática, la costumbrista, la satírica, la burlona. Permítaseme copiar tres característicos por su simplicidad y su frescura.

*Las palabras amorosas
son las cuentas de un collar.
En saliendo la primera
salen todas las demás.*

*Aunque me ves chiquitita,
huérfana de padre y madre,
no se crió la lechuga
para tan flojo vinagre.*

*El amor del hombre pobre
es como el del gallo enano,
que en querer y no alcanzar
se le pasa todo el año.*

Políticos, abogados, guerreros, el pueblo todo, hace su labor anónima y produce versos como brota el agua de la fuente. Mas los literatos de oficio no descuidan ni desdénan la misma tarea. Sus plumas corren sin el menor esfuerzo y se dijera que en ellos el producir versos fáciles es algo así como una simple función fisiológica.

En la zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente* hay un cambio de decoración. Bien pudiera estar corrido mientras tanto el telón de boca, pero el autor Miguel Ramos Carrión prefiere jugar con la palabra y hace bajar un telón corto donde aparece pintado un botijo, el popularísimo cacharro de barro español para refrescar el agua en el verano, con boca para llenarse y pitorro para beber. Al lado del botijo campea un soneto que puede clasificarse entre los buenos del género:

*Desprecio del Japón y de la China
el grandioso tabor de porcelana,
el vaso etrusco, el ánfora romana
y la tinaja griega o damasquina.
Te canto a tí que el agua cristalina
sabes frigorizar sin pompa vana
expuesto en el balcón o en la ventana
a los besos del aura matutina.*

*Cuando mi boca en ti, bello cacharro,
busca ardorosa el abundante chorro
y con mis manos cálidas te agarro,
siempre encuentro propicio a mi socorro
el caudal que refrescas en tu barro
y que brota sutil por tu pitorro.*

Melitón González se entretiene en hacer reír al público con unos disparates de palabras quebradas, entre los cuales recuerdo estas estrofas:

*Llegó el tren echando espustos
de fuego y allí paró,
cuando un mozo gritó: ¡So-
cuellamos, cinco minutos.
De espaldas baja un sujeto
que en peligros no repara.
detrás baja uno de cara-
bineros con un paleta.
Un cono de azúcar trae
un comerciante de tono.
Da un tropezón, pierde el cono-
cimiento y al suelo cae.
Veo bajar una dama.
La saludo y dice: ¡Hola,
a ver cuando me da cola-
boración en algún drama.*

Don José Fernández Bremón, literato de fuste, bromea también de vez en cuando:

*Tan flaca estaba Teresa
cuando estudiaba en Loreto,
que hoy que han abierto su huesa
estoy viendo su esqueleto
y me parece más gruesa.*

No recuerdo de quién es esta otra menudencia:

*Al travieso Periquillo,
por ir tras la herrera Blasa
le pilló el marido en casa
y le hizo con un cuchillo
un chichón como un melón.
—¿Con un cuchillo un chichón?
—Recuerde V., D. Gonzalo
aquel refrán verdadero
de que en casa del herrero
los cuchillos son de palo.*

En fin, Vital Aza produce también epigramas ocurrentes como éste:

*Examinando el doctor
a su enferma Restituta
le preguntó: ¿Usted espata?
y ella llena de rubor
contestó triste y enjuta:
¡Por culpa de un seductor!*



¿Por qué he querido divagar sobre este tema? Sencillamente, porque cuanto acabo de referir es España. España en una de las facetas de su múltiple espiritualidad. Un sajón, aunque sea septuagenario, se divierte de una manera infantil y absurda; grita, corre, baila, hace mil chiquilladas inocentes como disfrazarse de cualquier cosa y ponerse gorros de colorines. El español, no. Salvando unas excepciones de imitación simiesca que practican las personas llamadas de buen gusto por el mismo motivo que hablan gangosamente o arrastran las erres juzgando elegante todo lo extranjero, el español de tipo medio y el popular, tienen una alegría que podríamos llamar circunspecta. En ella influye más la gracia que el ruido y está caracterizada por la conversación chispeante, la crítica mordaz, la ironía, el vejamen por los defectos. Siempre fué así históricamente y así seguía siendo cuando yo salí de España en 1936. Una de las manifestaciones de ese humorismo cerebral es el verso fácil. Como hemos visto, hace versos todo el mundo, desde los literatos de primera fila hasta los patanes analfabetos de las aldeas. El cantar anónimo, el epigrama de origen ignoto, la alaluya para buscar un apodo oportuno o sangriento, el comentario agudo del suceso del día... todo brota en redondillas, quintillas y romances de origen indefinible pero que suelen ser eficacísimos en la intención y correctos en la técnica.

En demostración de lo que digo, quiero anotar cierto episodio curioso. Algunas veces se practicó en España el juego de los sonetos de pie forzado. Cuando se reunían varias personas se las invitaba a dictar las palabras necesarias para aconsonantar un soneto. Si una decía *presa* otra decía *artesa*. Si una decía *cercos* otra añadía *puerco* y así quedaban catorce palabras que no tenían ninguna relación entre sí ni permitían presumir que sobre ellas se trazase nada con sentido de unidad. Entonces, la persona indicada se retiraba y debía volver con un soneto construido. Cuando lo lograba, el efecto era enorme y el público creía que se había vencido una inmensa dificultad. Sin embargo, el asunto es fácil porque el soneto es siempre disparatado y sólo requiere saber medir los versos y darles algún

sentido por absurdo que sea. Yo siempre tuve bastante facilidad para este juego literario. Y ocurrió que un día almorzaba en Bilbao con diez o doce compañeros, todos ellos gente de derecho y no de letras. Brotó la conversación sobre el tema indicado y yo propuse que intentáramos todos practicar la broma. Debo confesar que pequé por vanidad pues pensé que nadie lograría construir un soneto y que en último caso, el mío sería el mejor por ser yo el único que otras veces había practicado esa diversión ya que todos los demás eran neófitos. Pues sucedió que hicieron sus sonetos respectivos nada menos que cinco compañeros ¡y que el peor fué el mío! Entonces corroboré que el alma española era la que actuaba en el empeño y que la mitad de los españoles hacía lo mismo que yo.

La poesía está en el alma popular. De poco sirve que los poetas se sientan inspirados, que inventen escuelas nuevas, que tengan mayores o menores atrevimientos en el ritmo y la rima hasta llegar a suprimirlos en absoluto. Su poesía quedará como tal poesía si interpreta un estado de alma popular o si, por el contrario, brota de su vena pero logra incrustarse en la conciencia pública. Precisa una compenetración entre el alma del poeta y la de la sociedad en que actúa.

Cuenta Tolstoi un apólogo muy delicado que fué divulgado en España por el insigne polígrafo mallorquín Miguel Santos Oliver. En las proximidades del lago Tiberiades, bajo los abrasadores rayos del sol de Oriente, yacía la carroña de una caballería. Llevaba varios días allí y las aves habían hecho abundante presa en el despojo. El aspecto era horrendo, el olor nauseabundo. Las gentes pasaban espantadas y asqueadas.

—Qué monstruosa repugnancia — gritaba uno.

—Cómo hiede el maldito — exclamaba otro.

—Cambiemos de rumbo — opinaban los demás.

En aquel instante, un hombre de definida belleza judaica, de mirar dulce, de reposado continente, se detuvo ante el despojo y dijo con llaneza:

—¡Qué dientes más blancos!

Uno que lo escuchó, gritó enseguida:

—¡Venid, hermanos, venid! Este es sin duda alguna Jesús de Nazaret. Sólo él sabría hallar en el montón de inmundicia, una nota de belleza.

Andando los siglos, un gran poeta francés, Baudelaire, había de dedicar una fuerte composición a la carroña, a una carroña humana. El verso no se puede leer. El asco, la repulsión que inspira son tales, que hay que apartar los ojos del trabajo antes de terminarlo.

¡Y Baudelaire era un gran poeta! Pero su complacencia en explicar la carroña no es poesía sino un vomitivo. La poesía está en la frase de

Jesús —de Jesús que era del pueblo— destacando la única nota de consuelo en medio del espectáculo repulsivo.

Así ocurre siempre. El pueblo es quien halla la nota de belleza en medio de la fealdad, y la esperanza en medio de la catástrofe, y el respiro en medio de la desolación.

En el siglo XV se le ocurrió a Jorge Manrique decir espontáneamente en una explosión de dolor.

*¡Cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando!*

Y también,

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir.*

Han pasado cinco siglos y el pueblo español sigue familiarizado con esta elegía porque ella expresa sentimientos que radican en el fondo de su alma.

Al mediar el siglo XIX, Gustavo Adolfo Bécquer dice un día con máxima llaneza y sin la menor pretensión literaria

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

Y el pueblo, sintiéndose interpretado, eleva la frase a verdadero aforismo y la repite constantemente.

Si contemplamos al poeta máximo de nuestros días, Federico García Lorca, nos daremos cuenta de que su prestigio inmenso arranca de que no sabemos cuándo habla él y cuándo hablan sus gitanos, ni adivinamos quien dice las palabras, si el poeta granadino o Antoñito el Camborio.

Cuando los versos no salen del alma del pueblo o no aciertan a llegar al alma del pueblo, podrá haber composiciones magistrales pero el *estado poético*, la *situación de poesía* no se producirá.

Tal es la razón de que los versos fáciles tengan su valor en cuanto son manifestación de opiniones, de sentimientos, de deseos o de críticas populares. Por eso si alguien me preguntara a qué género literario pertenecen los versos fáciles que han sido objeto de este trabajo, yo le contestaría:

—A ninguno. No se trata de hacer versos. Es España que ríe.

ANGEL OSSORIO

ESTAMPAS DEL SALADERO

OFRENDA

DEDICO estas páginas al Cerro de Montevideo, mi solar nativo, en filial homenaje. (En rigor de verdad, no debiera decir "dedico", sino "devuelvo" a mi solar nativo, ya que al abandonarlo, muy joven aun, me las llevaba en el corazón.) Ellas glosan imborrables recuerdos de mi infancia, que transcurrió en los campos del antiguo Rincón. Campos, viejas quintas y algunas casas, muy pocas. Bajo cielos generosos de luz, dulces cuchillas, ondulaciones que tienen la gracia y el encanto de una armonía renovada. A cada instante, desde alguna loma, la sorpresa azul del mar o la tersa línea de sus playas, y constantemente y de cualquier sitio, el muy amado Cerro epónimo, con la blanca sonrisa de su grácil Fortaleza que, aun en las más negras noches, dice de su presencia, orientando con los destellos de su farola secular.

En esa paz nací, y al amor de sus paisajes pasé mis primeros años, casi agrestes, de niño feliz en su ignorancia, al no imaginar siquiera otro mundo que aquel cuyos límites alcanzaba en mis correrías, ni más inquietudes que las inherentes a su ingenuo existir.

La vida me dió luego muchas cosas entonces insospechadas; pero aquella ingenuidad ambiente, aquella sencillez de costumbres cimentaron para siempre mi existencia y me fueron de grande utilidad. Mi corazón debe sus más bellas horas y emociones —las que van de la infancia a la primera juventud— a ese inolvidable Cerro, cuna y regazo. En su falda, como un huerto familiar, se reclina el Cementerio. Junto a sus tapias musgosas, transitan diariamente los arreos de ganado. Innumerables tropas de novillos chúcaros que marchan lentos, isócronos, como arrullados por el silbo monótono o la voz perezosa de los troperos. A ellos me unía siempre en la niñez, pequeño jinete comedido, con aspiraciones de gaucho... Y aquellas escenas y voces, recogidas por mi corazón infantil en mañanas de sol como no he visto otras, perduran con todo su prestigio inicial, guardando su frescura y sabor entre todos mis recuerdos.

Al paso de las tropas, el minúsculo y sagrado lugar resuena estremecido por un redoble confuso de pisadas y un triste mugir de reses que añoran la querencia. Esos rumores se amortiguan y sofocan en la afelpada espesura de los magníficos cipreses, armoniosos de líneas y de pájaros. Árboles austeros, que se muestran como absortos en el éxtasis de profundas meditaciones. Su gruesa y recortada sombra cubre las humildes tumbas. En una de ellas, mis padres y los hermanos que ya se han ido, duermen. A su lado ansío yo también reposar algún día, pues ello ha de ser —imagino— como no estar del todo muerto. . .

PROEMIO

Uno de los más vívidos recuerdos de mi infancia campesina, acaso sea el que evoca aquellas escenas vibrantes de color, movimiento y vida áspera y tumultuosa, de las tropas de ganado que llegaban al pueblo nativo, aquel agreste Cerro de Montevideo, para ser sacrificadas en los saladeros. Ocho o diez de ellos, en plena zafra estival, insumían cantidades extraordinarias.

Desde el comienzo de la primavera, pues durante el invierno los caminos eran intransitables, cuando aun no existía una sola ruta pavimentada, miles y miles de reses afluían a diario, por las mañanas, en puntas más o menos numerosas, separadas según el origen y el destino.

La calle real, alargándose en sucesivas y pronunciadas ondulaciones y vista desde cualquier altura, aparecía cuajada de grandes manchas multicolores, devanándose lentamente en interminable caravana sobre su parda superficie. Cada uno de esos móviles islotes mostraba entremezclados los colores más fuertes y dispares. Eran tiempos de las viejas estancias cimarronas, en que el ganado aun montaraz no había adquirido como hoy, al mestizarse, esa pesadez y esa uniformidad de líneas y de pelo.



Trazo las siguientes páginas, movido por el deseo de fijar en ellas escenas y cosas desaparecidas para siempre, y a las que, de niño, viví mezclado. En quienes las conocieron, tendrán la virtud de revivirlas; en los demás, acaso logren suscitar algún interés y satisfacer su curiosidad por saber cómo eran. Nada de eso existe ya y nada podría ser de nuevo, pues todo ha evolucionado: otros son los hombres, otros los ganados y otras las faenas. . .

El tamiz del recuerdo ha cernido lo mejor de aquellas cosas vistas y vividas, quitando lo accesorio y lo que pudiera afeirlas en exceso. Escribo

a muchos años de acontecidos tales hechos y con la nostalgia de aquella edad a la que todo hombre desearía volver, porque en ella disfrutó dos de los bienes supremos que la vida regala: el hogar paterno y el rincón amado que lo vió nacer y donde transcurrieron los días de la niñez...

LAS RESES

Eran novillos pequeños, de grandes astas agudas, recurso éste otorgado por la Naturaleza, pues teniendo esa cornamenta, en ocasiones, mayor amplitud que el cuerpo, servíales para abrirse paso en la maraña de la selva. Nerviosos, chúcaros hasta la fiereza, algunos habían pasado su vida entre sierras o montes, viendo apenas algún ser humano, y sólo de a caballo. Los arrancaban de esos lugares mediante señuelos y en verdaderas cacerías, sorprendiéndolos cuando iban a las aguadas. En conjunto, aunque con las dificultades inherentes a su condición cerril y extremando los cuidados, se los podía arrear, pero si uno de ellos se cortaba solo y daba en huir, tornábase una fiera a la que solamente con lazos, y algunas veces con boleadoras se podía dominar y volver a la tropa o al corral.

Hasta el color del pelo parecía ejercer una marcada influencia en su carácter: tales unos novillitos hoscos a los que una franja menos quemada corríales desde la cruz al rabo. Un círculo pajizo en torno a los ojos marcábales unos anteojos pronunciados. Cobraban así, al mirar, ese aire receloso de las bestias que viven en la penumbra de los bosques, cuando salen a plena luz. Acentuaba esto la felina elasticidad de sus movimientos. Increíblemente ágiles, sin tomar envión siquiera, saltaban el muro de un corral como pudiera hacerlo un tigre o un gato montés.

EL CAMINO

Era un callejón ancho y arcilloso, bordeado por hileras de pitas y abundancia de hinojos. En algunos tramos, lo orillaban filas de árboles, casi siempre eucaliptus. En las lomas, la tierra desprendida por el continuo pisoteo y arrastrada por las lluvias a lo largo del tiempo, había rebajado su nivel con relación al de los campos y las quintas, hasta dos y más metros. Ahí, a los lados, formábanse profundos zanjones, convertidos en torrenteras cuando llovía copiosamente, dejando entre ellos altos islotes llenos de cardos y yuyos.

La huella de los carros zigzagueaba de uno al otro borde, evitando los pozos. En los inviernos, y a veces por semanas enteras, era practicable sólo de a caballo. Principalmente en la convergencia de las cuestas y donde los

árboles obstruían el sol, formábanse peligrosos pantanos de los que, con frecuencia, era menester sacar a lazo al animal que se internara en ellos. En esos bajíos, el paso isócrono de los vacunos labraba hondos surcos crespos y paralelos, con la apariencia de olas solidificadas cubriendo todo el ancho de la calle, interrumpidos tan sólo por el tránsito de los vehículos y el paso irregular de sus tiros. Al sucederse innumerables las tropas, este amplio callejón se convertía en un río de reses fluyendo abundante la riqueza del campo.

Ese amplio camino ejercía en nosotros una sugestión de leguas y tenía el prestigio de las distancias. Por él llegaban esos arcos de los puntos más lejanos, por él se iba hacia regiones desconocidas que tenían nombres bellos y sonoros, cargados de leyendas heroicas de aquellas revoluciones que, de tiempo en tiempo, asolaban al país y dividían a sus hijos.

EL LUGAR

Muchachos de nueve a doce años, en gárrulas pandillas, íbamos a ver llegar esos arcos. Sabiendo que eran animales tan bravos, no obstante llegar *ablandados* por el viaje de muchos días y leguas— “en el camino se hacen los bueyes”, solían decir los troperos—, había cierta inconsciente voluptuosidad en *sentirlos* pasar lo más cerca posible. Aguardábamos donde casi terminaba la calle al desembocar en las primeras casas del pueblo, un lugar bordeado de eucaliptos corpulentos y plantas de cina-cina que, con los alambrados, formaban una barrera inexpugnable. Paralela a estos árboles, del lado interno, corría una zanja por el exceso de agua llovida. Altos pastos cubrían el talud sobre el que nos echábamos de boca, inmóviles y silenciosos.

La mañana se abría dulcemente, dorándose al sol. Dentro de ella, fluían como con pereza las horas y, dentro de las horas, llenas de cantos de pájaros y rumores campesinos, se alargaban melancólicamente los acompañados gritos y silbidos de los troperos...

A intervalos, el silencio, salpicado con chispeos de mistos y dorados o arrullado por las tórtolas, era algo casi material y tangible que se tendía de un árbol a otro y se desflecaba sobre el polvo del camino. El aire, saturado de perfumes agrestes y surcado por raudos insectos, vibraba con la agitación de la luz reverberante. A la brisa cargada de fragancias, se la veía aletear en las hojas, en los pastos y hasta en el mismo aire. De los predios vecinos llegaba el grito de algún labriego, el mugir de alguna res o el gañir de algún perro, voces todas que el eco devolvía desmayadas...

No muy lejos, el cementerio familiar faldeando la cuesta pedregosa, elevaba por sobre los muros el éxtasis de sus cipreses pensativos. Más arriba, en la cumbre del Cerro, la vieja fortaleza, abuela del lugar, era una anciana de alba cofia mirando sonriente a sus dominios. Al fondo de la hondonada, mostrábase un trozo de mar azul cabrilleando maravillosamente bajo el sol vivísimo. De vez en vez, aparecía el triángulo de una pequeña vela como un mensaje de paz... La vida cantaba su canción más dulce y, a su ritmo, el alma, inocente y pura, todavía, acompasaba su más feliz ensueño.

Tendidos sobre el talud, el corazón pegado a la tierra fecundada, recogíamos en él sus vibraciones, sus resonancias, sus latidos, el eco de sus voces y hasta su sabor y su perfume. Sin sospecharlo siquiera, el corazón iba gestando ese amor al terruño que, en la madurez del hombre, es flor de su vida.

¡Inolvidables horas cuyo prestigio inicial se mantiene incólume a lo largo del tiempo y cuyo recuerdo nos trae siempre el regusto de la infancia y del solar nativo...!

PASAN LAS TROPAS

Uno de la pandilla trepábase sobre el alambrado para avisar la aparición y la proximidad de cada tropa. Por la cumbre de la primera loma asomaban las cabezas de los hombres que hacían punta, siempre los más baqueanos y decididos; luego sus cabalgaduras y, en seguida, las primeras cabezas astadas y los relucientes lomos en los más abigarrados colores, donde el sol ponía vivos centelleos. A su vecindad, nos ocultábamos en silencio, pues nuestra presencia podía espantarlos, con grave riesgo de que ello nos costara unos buenos azotes...

Y comenzaban a llegar. Ya pasaban frente a nosotros los jinetes punteros al tranco de sus fletes vivos y sudorosos, llamando a la tropa con gritos y silbidos que se enhebraban en la mañana limpia, prolongando sus extremos abandonados en el aire, largamente... Y llegaban los primeros novillos iniciando el desfile, avanzando recelosos, olfateando con frecuencia el suelo, husmeando el aire, mirando curiosos y desconfiados hacia todas partes, trotando un corto espacio, deteniéndose de pronto, volviendo grupas e internándose en el montón que los seguía y dejando avanzar a otros que hacían lo mismo. Luego pasaba el grueso en tropel rumoroso. Cerraban la marcha los más pesados, los débiles o fatigados, alguno rengo, enfermo o insolado. Tras ellos, los últimos hombres, azuzándolos con ásperas voces y algún latigazo.

En el aire polvoroso quedaba flotando una sensación de agotamiento,

de vacío, de cosa interrumpida bruscamente... El silencio volvía a caer desde lo alto y, como un gran pájaro herido, colgaba suspenso de las altas ramas inmóviles.

Y a este arreo sucedía otro, y otro, y muchos. Nosotros los contemplábamos desfilar contra el alambrado, rozando sus hilos. Pasaban los cuerpos al alcance de la mano; veíamos las innumerables patas confusas entre el chaparrón de pisadas; los relucientes belfos charolados y húmedos con flecos de espuma y baba que se iban cortando en hebras; oíamos sus respiraciones, sus jadeos, el roce como de lija de sus lenguas hundiéndose en las fosas nasales...

Un cuchicheo, un leve movimiento, nada casi, pues a veces parecían adivinarnos, llamaba la atención de alguno de ellos. Dando frente al supuesto peligro, se detenía en seco, plantándose en una actitud que lo mismo le permitiría saltar hacia adelante o hacia atrás: bien abiertos los grandes ojos espantados, erguidas las orejas, el aire receloso, olfateando reciamente, palpitantes las narices, los ijares trémulos, al par que hacía mosquear la cola que le azotaba los flancos, y recorriéndole todo el cuerpo de adelante hacia atrás, en ondas sucesivas bajo la piel sudorosa, un estremecimiento nervioso que lo hacía vibrar como azogado. Aquel de nosotros que se había atrevido a provocarlo, quedaba apenas a un paso de él como hipnotizado, los ojos en sus ojos y sintiendo los latidos de su propio corazón, temeroso a pesar de la valla insalvable que lo defendía de la bestia. De estar sola, habría arremetido en el acto. Al cabo de unos instantes, un chistido, una palmada contra el suelo, un gritito ahogado o apenas un movimiento, hacíale bufar ruidosamente, volviéndose en una brusca espantada. En su rededor, muchos otros lo imitaban, por esa tendencia de las muchedumbres al pánico colectivo, y la tropa se precipitaba contra la orilla opuesta, ciñéndose, estrangulándose, cortándose a veces en dos partes, entre un repiqueteo confuso de pasos desordenados y un castañear de guampas y pezuñas al entrechocarse.

Los hombres de uno y otro extremo, sorprendidos, "levantaban" sus cabalgaduras, espoleándolas, y las atravesaban delante de las reses asustadas, revoleando sus rebenques o sus ponchos, entre voces y silbidos cuyo tono participaba del llamado al sosiego y la amenaza. Nosotros, alarmados y temerosos, pues alguna vez esa diversión había terminado en un desastre para esas gentes, nos dejábamos deslizar hasta el fondo de la zanja, donde quedábamos tendidos a lo largo de ella, inmóviles y en silencio, hasta que el peligro se alejaba. Nos lo decía el ruido que iba decreciendo, las voces que se amortiguaban y el comentario de los últimos troperos que atribuían lo ocurrido a algún perro, alguna rama seca desprendida cayendo de lo

alto, algún trozo de papel que el viento levantara de golpe; causas cualesquiera de estas, capaces de provocar una espantada en ganados tan ariscos de suyo.

Después del mediodía, saturado el ánimo de esas escenas movidas y violentas, llenas de ruido, de luz y de color, regresábamos a nuestros hogares prometiéndonos ir, de ser posible, a presenciar el encierro, remate supremo de aquellas aventuras.

DESCANSO

Las tropas salían de la calle principal, abriéndose en abanico por distintas rutas, para dirigirse hacia los saladeros. En sus inmediaciones, deteníanse para aguardar la hora del encierro, pasando antes por alguna aguada. Hundiéndose en el agua las fatigadas bestias, bebían con avidez, con desmedida angurria, larga y ruidosamente. . . . Luego eran conducidas hacia algún "limpio" donde las detenían y, rondadas por los troperos, iban apaciguándose hasta entregarse al descanso.

Acampaban los hombres, desensillando sus cabalgaduras, salvo aquellos que debían mantener la guardia, y las dejaban sujetas con lazos o maneadores. Uno de ellos, casi siempre el principal, iba de un galope hasta el saladero, entrevistándose con el capataz de campo encargado de recibir la tropa y, al darle cuenta del número que la formaba, recibía órdenes para proceder al encierro, fijando la hora. De paso, si en el establecimiento se faenaba, recogía un costillar y algunas "achuras" que, de vuelta al campamento donde ya ardía un buen fuego, sería el almuerzo de todos. Antes y después del asado, el mate circulaba sin cesar, hasta el último momento.

¡Siestas de enero en aquel cerro de antaño escasamente poblado! Bajo un sol realmente de fuego se quemaban con desesperante lentitud las horas. Desde los fondos de la casa paterna, mirábamos a lo lejos, en la llamada "Playa del Chico", las tropas ahí detenidas. En la hoguera del sol y sobre la aplanada pista que dejaban las aguas al retirarse, eran grandes manchas coloridas en las que predominaban el rojo y el blanco, y con la inmovilidad de las cosas inertes. Viéndolas desde la altura en que nos hallábamos, hacían pensar en el cuero de un enorme vacuno overo, estaqueado. Alguna vez, y como revelación de vida, una res corría seguida por un jinete. Más que correr, parecían deslizarse rasando el suelo las figuras empequeñecidas por la distancia y desdibujadas por el temblor del aire acerado. . . . Luego, la quietud, la modorra, la espera larga en el bochorno de aquellas horas que, bajo un sol realmente de fuego, se quemaban con lentitud desesperante.

Y un cuadro tal, ofrecíase al mismo tiempo en cinco, seis u^o ocho lugares distintos.

UNA FIGURA

En este punto, amigo Pastelero, quiero evocar tu figura de personaje familiar a esos fogones.

Sin el mayor esfuerzo, a pesar de los años, te miro dibujado en el recuerdo y sonrío al pensar cómo te envidiábamos los muchachos de entonces. Te envidiábamos por tu mercadería apetitosa, inaccesible las más de las veces a nuestros pobres bolsillos, y te envidiábamos aún más porque te mezclabas a aquellos admirados troperos, compartiendo con ellos las ruedas de sus fogones, sus mates y sus churrascos, interviniendo en sus conversaciones, oyendo sus relatos y recogiendo sus dichos y refranes que luego te escuchábamos embelezados y repetíamos jactanciosos... Te veo aún con nitidez, jinete en tu yegüita oscura, la canasta alargada pendiente del brazo izquierdo en cuya mano sostenías las riendas, el cuerpo inclinado hacia la derecha para equilibrar el peso. En la muñeca de la diestra, libre para recoger el blanco paño que cubría tu mercancía, colgado el rebenque, y una sola espuela, ajustada al pie derecho.

Recuerdo también cómo, de qué manera empírica practicabas alguna cura a tu yegüita. Cierta vez que ella rengueara de una pata, tú le ceñiste fuertemente en la otra, en esa articulación que media entre las ranillas y el candado, unas cerdas extraídas de su propia cola. Como la pobre, al andar, no podía renguear de las dos patas a la vez, entonces y a costa de quien sabe qué dolores, no lo hacía de ninguna, de modo que tú la diste por bien curada...

Te veo trotar y galopar con tu dulce carga, bajo el sol más rabioso o las lluvias más recias. Ibas a alcanzar a los troperos al desembocar de la calle ancha, y allí comenzaban tus ventas. Levantabas el paño que cubría la canasta, de uno o del otro extremo, según fuera de dulce o de carne el pastel solicitado. A vintén cada uno —dos centésimos—. Con la ganancia así obtenida ayudabas a tu madre, buen muchachón amigo, para quien, a muchos, muchos años persiste la simpatía de aquel recuerdo.

INCIDENCIAS Y OTRA FIGURA

Solía suceder que, durante el descanso de las tropas y a causa de la vecindad en que se ubicaban, algún novillo, burlando la vigilancia, echaba a correr hacia otro grupo. Tras él lanzábanse uno o dos jinetes para cerrarle

el paso y hacerlo volver a pechadas. En ocasiones no lo conseguían y aquél lograba su intento, mezclándose al montón. Tarea difícil para profanos habría sido el reconocerlo entre muchos, al parecer, iguales. No lo era, sin embargo, para aquellos hombres que, con frecuencia, lo apartaban varias horas después, identificándolo sin la menor vacilación por detalles apenas perceptibles de forma, tono de pelo, distribución de las manchas, curva de las astas, o alguna otra mínima particularidad que sólo un ojo agudísimo y muy habituado podía captar y retener.

Con respecto a esta asombrada virtud, frecuente en los hombres de campo, guardo un recuerdo interesante. Era yo casi un mozo cuando frecuentaba una antigua estancia sobre la margen derecha del río Santa Lucía. Allí, mediante una pequeña cuota mensual, recibían a pastoreo vacunos y caballares. Por la vecindad, la abundancia de pastos y buenas aguadas, todos los tambos de la zona de Montevideo y sus contornos, lo mismo que muchos particulares y algunos compradores de hacienda en pequeña escala, llevaban ahí sus animales: vacas secas hasta que volvieran a producir nuevamente; terneras y terneros a la espera de que fueran vacas o novillos, lotes de invernada, etc... Con el fin de que sus propietarios pudieran verlos y comprobar su estado, dos veces por mes se paraba rodeo. Estos rodeos solían reunir hasta miles de cabezas; de modo que, en ocasiones, hacía difícil dar con un animal determinado.

El capataz de campo era un tipo aindiado, alto y recio. Invierno y verano usaba poncho, cuyas haldas recogía invariablemente doblándolas sobre los hombros. Iba siempre calzado con altas botas amarillas, y montaba un caballo overo rosado, grandote, pero hermoso por su estampa y color. Dos detalles atraían la atención de quienes lo veíamos con frecuencia: el que no lo enriendara con freno, sino con bocado, y no usara rebenque, sino un arreador de cabo muy corto hecho con virolas de asta y cuya trenza doblaba, atando a la presilla que la unía al cabo, el extremo que debía jugar libre.

De su magnífico flete, —del que con anterioridad se habían desprendido otros poseedores— hablábase con cierta admiración y respeto, por ser un animal que nunca se entregaba del todo; es decir, que no perdía definitivamente su primitiva condición de potro. De improviso, por cualquiera circunstancia: una tormenta, un rayo, un susto, o sin causa aparente que lo justificara, —“de lunático, no más”, como decía su dueño—, echábase a corcovear, volviendo a ser el potro de la primera jineteada. Si tal acontecía hallándose acorralado, haciendo resoplarse ruidosamente las narices y entre manotazos y mordiscos, atropellaba a quien intentara acercarse. Esto

hacía que solamente un gaucho de veras, —y que además gustase alardear de serlo— fuera capaz de montarlo para el trabajo.

Cuando alguien en el rodeo no lograba dar con el animal buscado, se dirigía a ese verdadero hombre de campo, seguro de que él lo haría. Bastaba darle como referencia los rasgos principales: una vaca yaguané, bragada, grande, medio charcona, un aspa caída; o bien, una rosilla overa, desmochada, con marca en la paleta.

Aún lo veo recogerse sobre sí mismo, bajando la cabeza, como si sus pupilas se volvieran hacia adentro y, en ellas, que habían recogido y fijado fielmente la imagen de todos los animales vistos, con sus menores rasgos, con sus más imperceptibles detalles; él, desde adentro, fuera mirándolas desfilar una a una como en mágica cinta de recuerdos... Al término de unos segundos, empinándose en los estribos, las haldas del poncho siempre sobre los hombros, —parecía uno de esos grandes pájaros oscuros en el esguince que precede al vuelo— apuntaba hacia un lugar determinado con el cabo de su arreador, diciendo: —“Búsquela por ahí, amigo...” Y “por ahí” estaba, con toda seguridad.

JUAN BURGHI

ESCRITORES BRASILEÑOS

LIMA BARRETO

(1 8 8 1 - 1 9 2 2)

Los escritores, como las modas, tienen sus fases de ascenso. Existe la moda de Machado de Assis, la moda de Graça Aranha, la moda de Gonçalves Dias... Lima Barreto, sin embargo, nunca estuvo de moda, nunca impuso su tono, su manera de ser. Y creo que nunca será muy popular o muy querido entre las élites intelectuales. Para él se reserva un rincón más oscuro en la literatura nacional, aquel cuarto de los fondos de las casas de amplias fachadas: su prosa es muy áspera y no se presta a exhibiciones. El contenido verdaderamente literario de Lima Barreto, puede ser discutido bajo muchos aspectos; inclusive se puede decir que él fué poco artista y estuvo demasiado cerca de las realidades vivas, del pan nuestro de cada día. Lo que no se podrá decir nunca es que falseó su arte para agradar, que dobló su espinazo para servir. Se mantuvo de pie, estáticamente parado, a la espera de que se le reconocieran las cualidades y los defectos. No tomó ninguna medida para lograrlo, no intentó ningún fuego de artificio, y murió, casi solo, casi aislado.

Sus libros quedaron y la lectura fatigante de alguno de ellos, revela a un escritor poco satisfecho consigo mismo, que es una forma de estar a disgusto, eternamente, con los demás. Esta aridez, esta aspereza de piedra pómez que no se encuentra en ningún novelista brasileño, ni del pasado ni del presente, desagrada al lector. Llega un instante en que se clama por una escapatoria, por un detalle amable para un personaje... y él nos niega todo apoyo, todo afecto. El mismo se define en un personaje que es "como esos deliciosos paisajes hacia donde corremos cuando el alma se nos ensombrece de tristeza. Lo contemplamos horas y horas, esperando un consuelo, una caricia, y el no nos dice nada".

La *Vida e morte de M. J. Gonzaga de Sá* es, por esta razón, un libro adverso, calificado por todos de falso o incompleto. Lo que falta a los personajes, o más bien, lo que falta a Gonzaga de Sá, es ductilidad, aspira-

ciones más claras y un corazón menos afectivo. No sé si los rasgos de Lima Barreto están totalmente insertados en Gonzaga de Sá, pero muchos, muchos de sus gestos son los del autor.

Su vida fué triste, sin amenidades, y él agregó a esta vulgaridad su mórbida manera de discutir y verlo todo amargo. Claro que sabía distinguir de dónde provenía el malestar humano, ese malestar que se refleja en la competencia desmedida de los hombres por los cargos, por las posiciones sociales, por la fortuna; conocía la causa de estos males que arruinaban las esperanzas de los jóvenes y envenenaban el descanso de los viejos. Pero, por encima de todo esto, comprendía también que el paso del hombre por la tierra está bien sujeto a otras contingencias que no son sólo sociales y que despuntan en la raíz misma de la vida, en las herencias, en las enfermizas tristezas que las familias filtran inconscientemente.

La vida de Lima Barreto, en sí misma, fué una novela torvamente trágica: pobre, hijo de un almojarife de Colonia de Alienados que enloqueció finalmente en el trato con los locos, sólo este aspecto de la atracción y repulsión que los anormales ejercieron sobre él, serviría de punto de partida para explicar toda su contextura novelesca de piedra áspera.

Luchando desde los primeros años para vencer la pobreza familiar y roto el equilibrio económico por la muerte del padre, Lima Barreto visitó muchas veces al hospicio sombrío para estudiar los casos nebulosos de las almas allí encerradas. . . ¿Qué móvil lo impulsaba a volver a los sombríos barrotes que dieran pan a su familia y más tarde le robaran todo el sustento matándole al padre? ¿Qué clase de atracción ejercía el hospicio para un alma así, marcada desde un comienzo con una tara aplastante?

El director del Hospicio Nacional de Río de Janeiro, el hombre de ciencia Juliano Moreira, tuvo en la vida de Lima Barreto una cordial influencia, y quién sabe si no lo salvó de la locura permitiéndole estudiar de cerca el drama de los que viven más allá del bien y del mal. Lima Barreto debió tener una verdadera disposición para la lucha, endurecido, golpeado, para soportar las escenas de un hospicio, heredero como era de una locura incubada en el curso de una carrera auxiliar de hospicio. Creo que nadie sabrá jamás hasta qué punto el abismo de aguas profundas que era aquello que él llamó en su novela inconclusa *O cemiterio dos mortos*, influyó en su obra. Esta guarda el equilibrio de las normales, aunque refleje en todos sus detalles la morbosidad de los alucinados contenidos. Las referencias a los hospicios existen especialmente en su novela que insisto en tildar de autobiográfica; contemplando el río, Gonzaga de Sá, observa lo que tal vez no podía distinguir con los ojos de la imaginación en la bahía: "Enfrente queda el Galeao, de la isla del Gobernador, y el Fundao,

otra isla, poblados ambos lugares de maravillosos mangles... Imagina tú que, fuera de los que el rayo echa abajo, los del Galeo son algunas decenas en cuadrilátero y proceden del tiempo de D. Juan VI... La enfermería de los locos que ellos ensombrecen majestuosamente, fué residencia del rey ingenuo y feliz..."

En el mismo capítulo, como una obsesión, anota unas páginas más adelante, el mismo paisaje y el mismo tema:

"El mar..."

Parecía un verdadero río. Al frente, en la margen izquierda, el manicomio con sus vetustos mangles juaninos y su explanada lisa y arenosa".

El personaje central es una especie de desdoblamiento del autor en una acentuación de caracteres opuestos, en un típico escamoteo intelectual que le permite pensar y decir todo lo que desea sin descubrirse; ese Gonzaga de Sá, que es viejo, blanco, de familia acomodada (nótese el antagonismo), es un maníaco.

Muchas veces, en el curso del libro, encontramos referencias en que subraya su grafomanía. Lima Barreto habla al terminar la novela de un "fatal principio permanente de inadaptación", refiriéndose a otro pobre niño de color, educado por manos hábiles, y la referencia encaja mejor en el Gonzaga de procedencia rica y de piel blanca. El amigo, pese a todas sus condiciones "normales" o "superiores" para vencer al medio, es como él, como el niño, como el otro personaje, Beldroegas, como todos, un inadaptado, un maníaco. La revelación clínica, digamos, de su locura, es sin duda, fruto de observación *directa* de Lima Barreto y se revela en frecuentes e insistentes detalles:

"Hubo tiempo, sin embargo, para que yo, indiscretamente, pudiese ver sobre la mesa una hoja de papel garabateado. Había ocho o diez narices dibujadas sucesivamente y por una mano hábil que se esfuerza en delinear una forma que vió u oyó describir y aún tiene en la mente. Qué singular manía, Dios mío".

Más tarde, en un banco del jardín, el amigo "se puso a trazar con la punta del bastón, en la arena, una figura grosera... Parecía el esbozo de un muerto..."

En otra parte, después de una explosión de nervios de Gonzaga contra la estupidez del ambiente burocrático, anota:

"Me levanté para dejar que el mío (cigarro) se extinguiera afuera y de soslayo pude ver la hoja que Gonzaga de Sá garabateaba. Eran indecisos trazos de una fisonomía humana... ¡Siempre aquella obsesión!"

De la obra desigual dejada por Lima Barreto, destaco a propósito *Vida e Morte de M. J. Gonzaga de Sá*, porque en ella están patentes los caracteres autobiográficos del escritor, como dije, a pesar de la insistencia con que él quiso, desde el comienzo, escamotear la verdad, presentándose como biógrafo de un amigo anónimo y extraño. Desdobra la novela en dos personajes igualmente ficticios: el biógrafo —Machado— y el biografiado —Gonzaga de Sá—, y alrededor de ellos teje una tela de extrañas palabras, extrañas datas, extrañas cosas, para evadirse a la única verdad: la de que está autobiografiándose.

Los menores detalles de su vida están allí representados con la fuerza del estilo que le era propio, con la rudeza de la imagen y aspereza que no poseyó ningún novelista brasileño. En pocas palabras se define su vida para un biógrafo escudriñador, la misma que ya anoté al comienzo de este trabajo: mestizo; de clase modesta; apadrinado por un aristócrata; pobre; hijo de un hombre que murió loco; terminó su vida anónimamente a los cuarenta y un años, sin haber probado, en realidad, la vida en su esencia más bella. No se conocen de él, amores, ternuras de familia, romances sentimentales. Fué escaso de medios, solitario, pero el talento novelístico le brotaba por todos los poros. Estos rasgos esenciales, esquemáticos, están contenidos, con mínimas variantes, en el libro de Gonzaga de Sá.

Mas lo que da interés al libro son, justamente, los rasgos secundarios, los que, encubiertos para los amigos, para los amantes, para los parientes, revientan llenos de tracciones y aproximaciones. Podemos enumerarle la vida en su esquema más duro y podemos descender hasta los últimos folios de su alma por sus propias páginas.

“Con el ascendiente del padrino, estudiaría mucho y se aplicaría a los libros. Durante años, en el ambiente falso de los colegios y escuelas, su situación en la vida no se le presentaría en su realidad: vendrían los años y el ansia que da el estudio; vendría el mundo social con su trama de conceptos y prejuicios, buenos y malos, trama unida y espino contra la cual iba a chocar su alma... Era entonces el dolor, las delicuescencias, las locas huídas por la fantasía... Era el doloroso peregrinar con el oprobio a cuestras, a la vista de todos, sujeto a la irrisión del conductor y del ministro plenipotenciario... Era siempre, en los cafés, en las calles, en los teatros, andando con un batidor en la frente que anunciaba su presencia a veinte metros y hacía que se preparase la malicia, las miradas oblicuas o idiotas... ¡Cuidado! Ni el estudio le valdría, ni los libros, ni el valor, porque cuando los infalibles lo miraran, dirían para sí: ¡Ese no sirve para nada!”

En este párrafo comprendemos todo lo que su angustiada infancia de niño de color pudo sufrir en carne propia, frente a una sociedad asentada

sobre el prejuicio racial. Siguiendo la marcha de esa educación alcanzada así, entre humillaciones que tal vez su condición especial de ultrasensible exacerbaba, encontramos en el mismo libro:

“¡Lejos de conformarme la educación que recibí, me irrita: sólo crea en mí deseos que me hacen desgraciado, dándome odios y, tal vez, despecho! ¿Por qué me la dieron? ¿Para quedar yo en la vida sin amor, sin parientes y, por ventura, sin amigos?”

La falta de relación entre su sensibilidad y su condición social (racial), fué la causa encubierta de todas sus torturas. Pero él mismo llegó a comprender la validez de ese esquema y, asimismo, que su tragedia provenía no sólo de la condición general del “hombre de color” en el estrecho ambiente derivado del imperio, sino, y principalmente, de su genio irritable de neurótico, de su talento abierto al análisis, de su morbosa sensibilidad femenina. El mismo nos explica en Gonzaga de Sá, su torturada alma: “Era yo mismo; era mi genio; era mi orgullo unido a un estúpido miedo”. Hablando del amigo, una vez se retrata como queriendo justificar su esterilidad sentimental: “¿Sería un apasionado que no consiguió encaminar a tiempo su temperamento hacia un objetivo cualquiera, y permanecía apartado, guardando sus pasiones, escondiendo sus ardores, tanto por timidez como por orgullo?”

La soledad que a veces lo envuelve, demuestra cuán sensible era, y cómo su deseo de belleza y comprensión lo obliga a retraerse por imposición de la muralla de prejuicios, por orgullo, por timidez. Su desolación llega a veces al arrebato dramático y clama frente al mar, al mar que une a todas las tierras del globo, une ciudades remotas y trae de otros pueblos sal y alegría: “Y me puse a pensar que no tengo un lugar sobre la convexidad libre del planeta en que vine a la vida, que no tengo un rincón, una isla donde poder vivir plenamente, libremente. Contemplé otra vez el mar.”

El demonio de la crítica, el “veneno del análisis”, la “tentación perversa de la analogía”, empujábalo hacia un mundo en que fatalmente tenía que fracasar: un mundo hecho de una tierra espléndida y de hombres mezquinos. Quiso amar libremente y tuvo que dejar caer la cabeza cansada sobre el pecho, de tanto meditar. Quiso cambiar la sociedad, llevar consuelo y cultura a los menos favorecidos, y se contuvo, temiendo “llevar el desasosiego a sus almas, a las de aquella pobre gente”, temiendo transmitirles su “desequilibrio nervioso”.

El pesimismo intelectual de Gonzaga y de Machado, del Lima Barreto desdoblado en dos, es tal, que él mismo lo define como “nihilismo”; es negativo, destructor, corrosivo, y no es fruto del despecho sino resultado del dolor, de una sensibilidad maltratada. Define a los hombres duramente, llama

a la sociedad "un inmenso rebaño, cuyos pastores se dan el lujo de indicar, por escrito, el modo de estimular a sus ovejas". Reconoce que la vida no le negó inteligencia y que la sociedad lo hirió más por inconciencia que por maldad. Valiéndose del amigo, confiesa su secreto: "Comprendí que Gonzaga era hombre de pasiones fuertes, que la ironía disfrazaba a riesgo de no tener donde aplicarlas, y que absurdas efervescencias de cólera debían vivir sepultadas en su ser. En la clara comprensión de la dignidad de su persona y en el avasallador orgullo de su inteligencia, debían haberse abierto en él heridas terribles para toda la vida".

La contradicción de su psicología es para mí, sin embargo, fruto de un desequilibrio nervioso, pues nadie tuvo como Lima Barreto más conciencia de sí mismo, de su inteligencia, de su talento literario. Se sabía incompleto, pero al mismo tiempo, superior al término medio de los hombres de su tiempo: esto llenábalo de orgullo, mas no lo consolaba. Sufría, se sentía "como un viejo tronco desarraigado, en un arenal", a pesar de compararse continuamente con los otros, de analizarse insistentemente y quedar satisfecho de sí mismo. Llega, sin embargo, a conclusiones que huyen al análisis consciente.

En una ocasión va a un teatro con un amigo, e infiltrándose por entre la aristocracia que frecuentaba nuestra principal y más grande sala de espectáculos, mira a aquella sociedad que al mismo tiempo le provoca admiración y lástima, y piensa angustiado: "No hubo una palabra que me hiriese, ni siquiera una mirada; sin embargo, sólo al contemplar aquella gente importante que me parecía tan rica y tan brutal, yo me sentí inferior. ¿De dónde me venía este sentimiento? ¿Era mi cultura? No; yo recibí la misma educación que los más instruidos de mi edad que se encontraban allí. ¿Era a causa de mi carácter, presuntas fallas de mi moral? No, tampoco; comprendo que las tenía. Con todo, en comparación con la mayoría de aquellos caballeros tan pulcros, yo era puro, inmaculado. Nada me quedaba por comparar, a no ser que mi sangre me tornara inferior, pero yo veía que era esa misma sangre la que corría bajo la piel de muchos de aquellos a quienes yo juzgaba superiores. ¿De dónde dimanaba, entonces, ese sentimiento que me entristecía?".

Dimanaba de aquello que él, finalmente, comprende a través de espesas nubes de humo: era un débil, un inadaptado, un ser fluctuante, inquieto, sensible, herido por mil orgullos, atacado por mil inquietudes y agitado por mil veleidades. Ellos —los de la clase alta, la burguesía acomodada, los políticos, los altos funcionarios, los empleados clasificados— provenían tal vez, en su mayoría, como él mismo, de esa masa anónima que vino a colonizar el Brasil en carabelas de aventura, o en navíos cargados

de negros. Sin embargo, se habían superado a sí mismos en la lucha para conquistar al medio. Lima se detuvo en el camino, pobre tronco sin raíces: "Yo era un cobarde, un esclavo; ellos príncipes y reyes".



Hasta aquí hemos visto el Lima Barreto negador y negativo, si se quiere, en el sentido social. Sin embargo, existió otro Lima Barreto que él mismo no alcanzó a sospechar. Aquel que, a pesar de su "nihilismo intelectual", construyó una obra.

El escritor que había en él, en la calidad de su talento, sobrenadó a la enorme cobardía humana de triunfar, en el sentido burgués de la palabra, tal como él la empleó sobre el ambiente. A mi juicio, aquel escritor, fué el vencedor verdadero, porque ninguna posición, ninguna fortuna, ninguna gloria, podrían haber dado a Lima Barreto, el orgulloso mulato, la felicidad. Tal vez ésta le hubiera podido llegar por el amor, ese amor tan ansiado por él y tan difícil de alcanzar. Empero, la lucha que debía colocarlo en la situación positiva de triunfador, era, antes que nada, una lucha personal, cuerpo a cuerpo, de él contra él. Y no la pudo sostener: tuvo el remoto consuelo del alcohol, tuvo la flaqueza dolorosa de una bohemia anónima, mas si fué feliz alguna vez, esa felicidad le vino de la tierra, de las aguas del mar, de las montañas luminosas, de las agrestes calles de la ciudad espectacular de Río de Janeiro.

Su actitud de negación frente a la vida, al medio, y especialmente a los triunfadores, lo llevó de manera fatal a despreciar al escritor máximo de las letras de su época: Machado de Assis. Lo condujo a adoptar una actitud contra un escritor que, como él, era mulato, era pobre, era humilde y sufría un desequilibrio nervioso que lo marcaba como con un hierro candente: la epilepsia. No obstante, Machado se sobrepuso a todo esto; venció a la tierra, al medio, a la tristeza, a la dolencia, a su incapacidad para amar. Hizo florecer su carne ávida de enfermo, la dejó prender y amó libremente a aquella Carolina, que es más un personaje de su galería literaria que una mujer real. La compensación de ese amor fué justamente lo que le faltó a Lima, pues, como se ha visto, no era un insensible: era un tímido. Machado también padeció esa timidez enfermiza de los que vienen de abajo en clase y raza —según el estúpido criterio establecido—, pero *venció*. He ahí toda la diferencia.

Lima Barreto no pudo doblegar su inquieto espíritu y no tuvo para Machado de Assis sino un desprecio disimulado e irónico. En una carta que dirigió a Austregesillo de Ataíde, agradece su crítica que lo separa literariamente de Machado, y afirma: "Siempre hallé en Machado mucha

sequedad de alma, mucha falta de simpatía humana y de sentimientos generosos y una serie de manías pueriles. ¡Que me hablen de Maupassant, de Dickens, de Swift, de Balzac, de Daudet, *va lá*; pero de Machado, nunca! Hasta en Turgeneff o en Tolstoi podían ir a buscar mis modelos. ¡En Machado, no!”.

No discuto aquí la opinión de Lima con respecto a Machado, pero creo que esta actitud defensiva frente al escritor más consagrado de la época —Machado—, lo llevó a cristalizar lo que puede considerarse más positivo en su obra: su personalidad literaria. Su reacción contra la “sequedad de alma” lo condujo a exagerar el cariz panteísta de sus libros, evidentemente dando escape a la enorme reserva de entusiasmo que no habría tenido posibilidad de expansión de otra manera. Su disgusto por la “falta de entusiasmos generosos”, permite a Lima Barreto colmar su dedicación a los humildes, a los de la clase baja, a los “humillados y ofendidos”, siguiendo las huellas de Dostoiewski y al mismo tiempo colocándose en una posición antimachadiana. Inclusive su manera de escribir indolente, su forma bohemia de decir con libertad lo que le sugiere la emoción, es una réplica al meticuloso estilo de Machado. Este último aspecto, no del todo “positivo”, está recalcado con mal disimulado orgullo, en la misma carta citada:

“Machado escribía con miedo de Castillo y escondiendo lo que sentía para no rebajarse; yo no tengo miedo de la palmatoria de Feliciano y escribo, en cambio, con mucho temor de no decir todo lo que quiero y siento, sin calcular si me rebajo o me exalto. Creo que la diferencia es grande.”

De todos los antimachadismos señalados, insisto en que el desbordamiento de Lima Barreto hacia la exaltación panteísta, fué el más fuerte y el más favorable a su propio yo. La admiración de Lima por la tierra, por las aguas, por los muertos y por su elemento humano, no tiene nada que ver con la exaltación romántica de los Alencar, etcétera. Tampoco se prende al deseo patriótico o ridículo de decir cosas bellas sobre el Brasil; es el suyo un impulso instintivo, que aprovecha sin temor, por saber que con esto enriquece los libros, ensancha la visión, expande el pecho y, al mismo tiempo, revela su absoluta independendencia de Machado, el más árido de los retratistas del ambiente nacional y el escritor siempre ajeno a nuestra bella naturaleza...

Con esta actitud desabrida y estrecha, Machado responde a su deseo de crear algo nuevo, algo “humano”, que no fuese la repetición de los románticos, inmóviles frente a los bosques, a las selvas, a los ríos y a los mares del Brasil. Llena su galería de gente, de tipos humanos, y deja tranquila a la naturaleza, tan alabada por todos los escritores nacionales.

Su actitud es, por así decir, pareja a la de Lima: es una reacción contra lo consagrado. Cuando Lima aparece, otra concepción literaria se había

impuesto; la del propio Machado, la del naturalismo en general, la de Eça, la de Aluizio de Azevedo. Lima, reaccionando contra esto, da un paso atrás y retorna a la extraña y atrayente naturaleza, aunque vistiéndola de colores nuevos y de alegrías mejores. Desafiando el riesgo de ser motejado como romántico, de patriota, de enamorado de los verdes y azules de nuestras espectaculares montañas, y deseoso de ser diferente de Machado de Assis, Lima Barreto dejó que se expandiera libremente el sentido lírico que poseía. Los cuadros, los paisajes, el panorama de Río, de su mar encerrado en tantos senos dentro de la propia ciudad; de sus agudas montañas recortadas y aterciopeladas en su falda, constituyeron para Lima la mayor preocupación y el mejor estímulo:

“La ví caer (la noche) desde el comedor, admirando el crepúsculo a través de una ventana. Permanecí allí y contemplé en las montañas lejanas de occidente, la barra de nubes doradas, y mientras aquél duró, me mantuve en silencio, fumando, y toda mi actividad cerebral giró en torno de la muerte. La noche cayó por completo.”

En este trozo se advierte la personalidad que da Lima Barreto a la noche, al hablar de ella, como si se tratase de algo palpable, de algo así como un espectáculo con actos sucesivos, con *mise-en-scène* entre candelas, con gradaciones susceptibles de ser captadas por el hombre que mira y analiza. No es un admirador que contempla la noche; es un apasionado que escucha los tiempos de una sinfonía o asiste al desarrollo de una sucesión de cuadros. . . No se asemeja en nada al romántico que busca en el cielo, en la noche, en la estrella, una emoción: él mira a la noche con el mismo espíritu de analista con que mira a una mujer. Ama con la cabeza, tan intensa y tan estúpidamente, que se olvida de gozarla.

Siempre anima sus paisajes con un movimiento humano, y esto establece algo así como el vínculo esencial entre la tierra —entre la palmera, árbol casi simbólico, por la insistencia del tema— y el hombre. Hay siempre una cabeza recortada sobre la claridad del cielo y un carro de bueyes que rechina pesado, ladera arriba o ladera abajo.

Un ejemplo de la variedad de su colorido al tratar el viejo tema de la caída del sol en Río:

“Miré un instante por la ventana. Las nubes se desgarraban en las cumbres de las montañas y ocultábanse caprichosamente a la luz suave del poniente. Aquí eran naranja; allí púrpura, oro, añil, ceniciento; ora se deshacían en franjas, ora en copos, ora en cintas, en bandas, tomando las más caprichosas y variables formas, con los más bellos colores de los cielos.”

“Gonzaga no tuvo tiempo de pronunciar una palabra. La puerta. . .”, etcétera.

Termina la escena evidentemente porque ha caído la noche. Tiene siempre un recuerdo—para la palmera, y la inserta en casi todos los cuadros de Río, y tiene para las palomas una frase que es verdaderamente fina y emotiva:

“Gusto de las aves, especialmente de las palomas, de su vuelo, de las irisadas plumas de su cuello, de su gracia, de su naturaleza intermedia de ave terrestre y de vuelo...”

La tarde, sin embargo, parece ser su obsesión, casi podríamos decir, parodiando sus palabras, que es la gracia que media entre la noche y el día: “La noche caía rápidamente. La tarde, incierta, apresuraba la caída, y no nos daba sino un gris crepúsculo (aquí podía hacerse resaltar la idea de que Lima se siente defraudado por el espectáculo que siempre aguarda: “no nos daba sino...”)) de plomo, con bambalinas de teatro.”

Comenta siempre con secreta melancolía estos fatalísimos fines de la tarde, como si cada día él sufriese su belleza, su tristeza, su muerte repentina. Hay una vaga melancolía en estas frases:

“Venga la noche y que caiga toda su negrura sobre nosotros.

Entonces, sentimos que nuestras almas se sumergen plenamente en la sombra, y nuestros cuerpos piden amor. Callamos y contemplamos un momento las estrellas en el cielo oscuro.” Es, en verdad, patético este sentimiento depresivo de sentirse bruscamente aislado al ver morir el día; alguien dijo una vez que ésta es la hora en que los marineros sienten el deseo de regresar... Y creo que tuvo razón.

La angustia de Lima Barreto —fuente en que nutrió sus fuerzas para escribir la literatura amarga y bella que fué su consuelo y su desgracia— es un anticipo de los novelistas actuales. Apoyado en los escritores rusos, siente la tragedia en sus más amplias resonancias, y bucea en sus causas más profundas.

El hombre nace ligado a determinadas condiciones; ningún credo, ninguna clase, ninguna raza puede evitar aquello que es principio y fin de la existencia. Un Juan Cristóbal sabe que nace entre gemidos y que la vida sigue por esta pendiente desde el seno materno hasta la muerte. Las palabras de Lima Barreto dichas después de dudas, prejuicios pisoteados, amagos de rebeldía, impotencia de actitudes, son como un himno de doloridas insatisfacciones:

“...esa tristeza de sentir profundamente la mezquindad de nuestra condición humana, siempre en lucha con lo inmenso de nuestros desmesurados sueños y deseos...”

POESÍAS

ELEGIA DE UNA JUVENTUD DORMIDA

YA un gran dolor y el corazón henchido
de trashumante y vespéral ensueño,
como áureas hojas sobre un vino suave
tiemblan sobre la copa de mi verso.
Yace dormida entre dos rosas blancas
mi juventud de álamo y de cielo,
que con quemante vibración de labios
di entre delirios de alas y de pétalos;
y hoy es ayer y ayer es un cansancio
de paso suave bajo un fuerte viento,
por el camino triste de la lluvia
con lago de quietud dentro del pecho.
Era en la fresca juventud —torrente
roto en rosado y húmedos espejos—,
bello el dolor para quemarse en noches
de fragante jazmín y astro sereno.
La vida entera con su afán doliente
se resbalaba de mi boca en beso
y entre las manos torpes de tan blandas
sólo era el bien un mar hecho cabellos:
el hombre, el mundo, el porvenir dormían
en la almohada azul de un humo bueno,
y en una clara intimidad de tarde
sólo se alzaba el puro pensamiento.
Contando días como perlas claras

enhebré en ellos mi mejor deseo,
y en una quieta perfección de joya
brilló mi fina soledad de sueño.
Pero la vida —rápida marea—
llevó a otras playas proas y desvelos,
y abrió el racimo de la pena amada
de tanto salpicar carne de verso.
Llegó el amigo como un grave otoño,
y fué el andar al lado del sendero,
deshilvanando el porvenir ceñido
con la sonrisa que dejó el recuerdo.
Un largo paso me llevó a otra ausencia
y aquí escondido estoy, cerca del viento.
Vides de oro y nieblas azuladas,
junto a cumbres de rosa y bravos cerros,
templan el pulso, mueven nueva sangre,
y el labio llenan de temblor discreto.
El aire tibio, musical de frondas,
la calma fina, el vaporoso eco,
la porcelana del azul, la acequia,
todo convida al canto recoleto.
Se abre la vida como una mañana,
entre tañidos, flores y cencerros.
No sé qué soy, ni sé para qué vivo
con esta carga de horizonte al pecho;
pero otra vez el corazón se entrega
a la melancolía del ensueño...

N O C T U R N O

Siento que al estar solo se ahonda en mí una calma
de vela silenciosa que está arribando a un puerto
donde vuelca la tarde su intangible tesoro
de celaje rasgado como un tul de oro viejo;

y donde alguna estrella solitaria y goteante,
al rozar con sus dedos los cabellos del viento,
suelta con gracia suave nacaradas corolas
que al caer sobre el agua mueven finos reflejos. . .
Pienso que soy yo mismo como un barco amarrado
frente a la dulce gloria de un mar de seda y sueño,
con mucha sal pegada a sus tablas fragantes
y empapado de extrañas canciones de regreso.
Al vaivén perezoso de las olas pesadas
duermo unas horas viejas de tempestuoso ensueño,
cuando espumas altivas y arrecifes hirsutos,
bajo la enmarañada tinieblas de los cielos,
hacían recio el nudo del músculo en la hazaña,
y nutrían con llamas de bosque cada beso.
En el humo ondulante se esfuman vagos días;
quizás en un crujido llora quien ya está lejos.
De las arboladuras baja un murmullo vivo
de caravana ardiente que corre tras su eco,
y que al pasar salpica con sus gotas de risa
este nido de adioses transformado en sosiego.
La armónica invisible de la melancolía
desliza intermitente sus lágrimas al viento.
Siento que al estar solo, recostado en mi pena,
me acuno yo a mí mismo olvidado del tiempo. . .

SONETO

Claro alentar por donde me serena
hálito nuevo en la nupcial ternura
de otro azul y otra tierra y otra pura
serenidad de agua en blanda vena:

junto a las cumbres mi emoción abriga,
y hace firme la calma bajo el labio

que de tan mudo se ha tornado sabio
con su beso de sombra a ausente amiga.

Como un paso de tarde en la montaña
pasó mi afán del ímpetu egoísta
y en olvidada paz rehuyó la saña.

Ya el corazón pesado de maduro,
al par que la áurea infancia reconquista,
se acendra y crea en su rincón oscuro. . .

CANCION PARA LLEGAR A TUS BRAZOS

Con una tarde extenuada
sobre el calor de mis labios,
y con un ramo de estrellas
temblante sobre los párpados,

cuando el sueño se desliza
de entre pensamientos vagos,
como un río de silencio
yo me llegaré a tus brazos .

Anclará mi alma viajera
con un divino cansancio,
frente a tus hombros desnudos,
junto a tus sienes de raso.

La fina mano del aire
moverá los cortinados,
y un escondido violín
sollozará entre los álamos.

Y habrá caído una hoja
de oro sobre algún lago,

y con ella tu palabra
cálida entre mis brazos.

Yo no sabré qué decirte,
y como un grave sonámbulo,
me ausentaré de tu boca
hacia un cielo desgarrado . . .

VIDA

Con claro amor yo vivo:
siempre es así; el humo, el dulce instante,
el llanto fugitivo,
la flor de luz, el agua tremulante,
mi sien sutil y la ilusión distante.

La noche me serena:
viene hacia mí desnuda y amorosa,
para llenar mi vena
del jugo de la tierra rumorosa,
y abrir el verso en mano temblorosa.

Después el blando mundo
del trabajo en que velo por mi sueño,
algún temblor profundo,
la vida enorme en corazón pequeño,
y el dulce afán de ser triste y risueño.

Si amor transfigurado
en pan, en soledad, en fina hora,
se remansa a mi lado,
mi fatiga al crecer se hace sonora,
y el paisaje del alma se colora.

Mas si el humano celo
se queja en cotidiana medianía,
todo es sentir desvelo,
mucho alentar en la mitad del día,
aflojamiento y poca fantasía.

Maduro sol de estío,
silenciosa llovizna, viento fuerte,
primaverál rocío,
me encuentran con dolor y hecho más fuerte,
lejos del mal y cerca de la muerte.

Por eso estoy tranquilo
junto al árbol que tiembla en mi ventana,
y espero que este hilo
de mi vida escondida en sombra vana
se quiebre con dulzura una mañana.

MARIO BINETTI

DON PEDRO ECHAGÜE EN LA RIOJA

QUIERO recordar en esta rápida semblanza una de las figuras de perfiles más altos y diáfanos de nuestra historia y nuestro romancero, de nuestras armas y nuestras letras —don Pedro Echagüe—.

Historia y romancero, dije. Y a fe que don Pedro Echagüe —Tirteo que pelea y que canta, Jorge Manrique que combate y vuelca su temple y su dolor en coplas— trazó con puño firme y emoción honda, páginas y páginas de las sagradas escrituras de nuestra argentinidad.

Por lo demás, basta que un nombre trasvase los moldes severos de la historia y se proyecte en el mundo del romance, para que en el acto se transfigure, sumando a sus calidades ciudadanas, los atributos y acentos del héroe y del símbolo.

Quiero evocarle. Pero no en todas las dimensiones de tan esclarecido espíritu, que vivió como en gracia de heroísmo y de canto —ya manejara la espada o la pluma—; ni en todo el trayecto de sus años, más bien densos de proeza, de quimera, de esfuerzo y dolor, que largos en horas y días. Porque si quisiéramos abarcar esta vida, sería necesario escribir un libro de páginas innumerables. Quiero solamente referirme al corto lapso que don Pedro Echagüe estuvo en La Rioja. Estada breve, la suya, sin duda alguna, ya que su signo de caballero andante y de buen sembrador de cultura y belleza a lo largo del país y de América, debía reintegrarlo muy pronto a su hogar sanjuanino.

Para ver más de cerca a nuestro personaje, hagamos un viaje retrospectivo y sentimental hacia el pasado de La Rioja: valle celestial de San Nicolás de Bari y del Niño Alcalde; y terruño de Facundo, de Nicolás Dávila —el de Copiapó—; de Tomás Brizuela —el de la Liga del Norte contra la tiranía—; de Peñaloza —el gaucho indómito y qui-jotil—; de Castro Barros —el diputado al Congreso de Tucumán—; de Joaquín V. González —el polígrafo y maestro de varia lección—; de Adolfo Dávila —el periodista—; de Guillermo San Román —el tribuno—; y de tantos otros que como Arturo Marasso —el poeta y humanista— certifican

con sobrada elocuencia que La Rioja fué siempre tierra predestinada para la epopeya, para el dolor genésico y para el vuelo apolíneo.

Hagamos, pues, nuestro viaje, pero con inquietud y emoción de romería, como llegó percisamente don Pedro Echagüe una mañana de 1869, no en busca de un cargo de ministro de Gobierno, sino del alma de aquella tierra y de aquel pueblo en cuyo ámbito geográfico y humano, se habían suscitado acontecimientos de una gran trascendencia histórica.

Guardo como en el fondo de un arca sagrada los nombres, las imágenes, los recuerdos, las voces de gesta, las plegarias, los gritos de combate y las horas de alerta y de éxtasis de la edad heroica y mística de La Rioja. Edad cruzada por paladines, caudillos, claros varones, filibusteros, poetas, generales y doctores, mártires de la libertad y del derecho, valientes amazonas, piadosas Verónicas, tropas de centauros que se lanzan a la carga; rastreadores, chasques y baqueanos; asambleas vibrantes; y fieros aventureros — mitad piratas, mitad visionarios. Y todo este acervo histórico, penetrado de epopeya, de drama, de romance, de novela, de égloga, de villánico, de arenga y de poema: toda esta herencia bella y prócer, egregia y peregrina, se la debo a mi santa madre, que llegó y sobrepasó los ochenta años, con una lucidez y una clarividencia milagrosas. Escuchándola, uno evocaba a los patriarcas de la Biblia, de vida insenesciente, que aún en los blancos días de invierno, cubiertos ya de nieve secular, parecían vivir en primavera, a fuer de su sabiduría, henchida de experiencia, de mensajes de otra edad, de proverbios y recuerdos siempre florecidos.

Pues bien, uno de esos nombres inolvidables —aureolados de prestigio civil y leyenda romancesca— es el de don Pedro Echagüe. Lo escuché, siendo niño, en la casa paterna, en el solar de los abuelos.

Se habían ido ya mis mayores. Quedaban mi madre, y algunos tíos y parientes. Hasta los antiguos bienes patrimoniales se iban también...

—Escuchen, hijos —nos habló un día a mi hermano y a mí: por este zaguán penetraron, y a la sombra de estos naranjos del patio, pasaron horas de amable conversación, personajes de renombre.

—Cuente, madre.

—Aráo de Lamadrid, el año 41. ¡Venía tan pobre el general! Tomás Brizuela, el "Zarco Brizuela", y su mujer, la infortunada Solana Sotomayor, a quien Dios le haya perdonado; El Chacho y su mujer, doña Victoria Romero; Arredondo, el año 67: Arredondo, que traía entre su escolta a la famosa Martina Chapanay, que se le había incorporado al ejército con doscientos gauchos. Estuvo aquí también San Román, tan gracioso como genial. ¿Y Felipe Varela y el general Antonino Taboada? Pero a quien

me parece que estoy viendo y oyendo hablar, es a don Pedro Echagüe, caballeresco y cordial, tan gran señor de las armas como de la pluma. Y de yapa médico: pues que lo curó a mi padre y al viejo Dominato Sánchez. . .

—¿Nadie más estuvo en nuestra casa?

—Sí. En enero del año 83 se difundió en toda la ciudad, y penetró también en nuestra casa, el aroma de santidad y de milagro de Fray Marmerto Esquiú, que acababa de llegar de Córdoba. Yo escuché su último discurso. Pocos días después —10 de enero— moría en los campos de abajo, en la Posta del Suncho. . .

Perdonad que me detenga en ciertos detalles. ¡La casa paterna! Imaginad una casona de muros anchos, densos y firmes, con su patio a la usanza de la España morisca y su huerta al fondo: una heredad profunda, umbrosa y vasta, con algo del Huerto de los Olivos y con no sé qué de aquel "Prado deleitoso" de que habla Gonzalo de Berceo. Y me detengo en estos pormenores porque así fué la casa-quinta, en cuyo recinto don Pedro Echagüe pasó horas de solaz, de amable plática y de evocación de los sucesos más resonantes que habían conmovido a La Rioja, ya impulsándola por caminos de proeza y aventura, o aprestándola tras la muralla de sus montes.

Pero aunque no es necesario hacer la biografía de don Pedro Echagüe, ni acaso trazar su semblanza —ya que su nombre pertenece a la epopeya, a la historia y a la cultura argentinas— y hasta sería un agravio imaginar su ignorancia y olvido en quienes me leen, veamos sin embargo, y solamente para conectar fechas y sucesos, quién es este caballero que una mañana de marzo del año 1869 arriba en diligencia a La Rioja, la ciudad que fundara don Juan Ramírez de Velazco el 20 de mayo de 1591.

Gobierna la provincia don Manuel Vicente Bustos; aunque bastaría decir, el viejo Bustos.

Una cordial emoción de bienvenida y de albricias, un alma que se asoma a las puertas y balcones, un corazón del pueblo que se sale a la calle, reciben al viajero. Y es que todas las gentes, desde aquellos que ostentaban apellido colonial y solariego, hasta las humildes e innominadas, saben de antemano quién es el huésped. ¿Cómo no ha de ser así, si el ámbito breve de la ciudad —pequeña ánfora de plata, plena de virtudes diamantinas, de atributos próceres y heroicos, y de antigua gracia— es a la vez una enorme caja de resonancia, donde los nombres y los sucesos encuentran el eco que los repite y los comprende? ¿Cómo no ha de ser así, si La Rioja, desde los días de Mayo, hasta la organización nacional, fué empalme y encrucijada de los caminos andadizos y de las tuestas bravas que siguió la historia?

Todavía más: saben que don Pedro Echagüe, que une a su bizarría varonil y a su prestancia, la donosura de la pluma; y a su leyenda de valentía y holocausto por la libertad y por la patria, el don de la poesía, es en esos momentos difíciles porque atraviesa la provincia y su gobernante, el hombre del destino.

Año de 1869. . . El pueblo de La Rioja apenas si estaba descabalgando de sus corceles de pelea. Guardaba por ahí, las lanzas y cureñas. Cambiaba los arreos bélicos por las herramientas. Estaba casi exhausto de tanto sangrarse por la libertad, por el federalismo y por la democracia. Iba a escucharse de nuevo en los predios el canto del sembrador, y en los hogares la voz del Evangelio y del abecedario. Entonces ¿qué otro hombre más bien venido que don Pedro Echagüe, para dar tono y ritmo a la función de Estado, señorío a la prensa, cauce a la asistencia social, donaire y tolerancia a un medio ambiente, aun cargado con humo de pólvora y resonancias de recientes querellas? Sobre todo en esas horas en que el viejo Bustos —una especie de gobernante vitalicio de tipo feudal— ni cuenta con la emoción de las masas populares ni menos con la aquiescencia de las clases dirigentes.

El viajero —no cabe dudar— es el hombre que envían los buenos dioses. Y lo es por todas las calidades que ahondan y perfilan su personalidad. Los riojanos saben que el viajero, que frisa en los 48 años —pues había nacido en Buenos Aires el 8 de octubre de 1821— desciende de aquel otro Pedro Echagüe, prócer de la Independencia y después mártir de la tiranía. Tienen noticias auténticas de su infancia, de su adolescencia y primera juventud, pasadas en las aulas del Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires y en la Universidad de Córdoba. Después como estudiante de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Hasta que apenas cumplidos los 18 años, a fines de 1839, tiene que abandonar la patria, rumbo a Montevideo, porque en el país ha empezado la danza trágica del despotismo vestido de rojo. Corre a incorporarse a Lavalle que en la otra margen del Plata se apresta a la cruzada libertadora, tan heroica como infortunada. Aquí oigamos a doña Dolores Lavalle de Lavalle, hija del General:

—“Una mañana del mes de junio se presentó en nuestra casa, un joven de alta talla, de porte y ademanes distinguidos, al que mi padre recibió complacido y con visibles muestras de simpatía: era don Pedro Echagüe. La “mazorca” habíalo perseguido por el delito de sus ideales políticos; y como tantos otros argentinos de esa época abominable, Echagüe tuvo que emigrar, buscando refugio en Montevideo. Mi padre, que tenía un corazón generoso, se compadeció del joven proscrito, que habiendo abandonado

patria y hogar, hallábase sin recursos en tierra extranjera; y obligó a Echagüe a quedarse en casa, alojándolo en el cuarto de los huéspedes”.

Desde entonces no le abandonará más. Y viene el salto de León a Martín García; y la campaña de Entre Ríos y Santa Fe. Se suceden Quebracho Herrado, San Cala, Famaillá. Hasta que las Euménides que persiguen a Orestes, rematan su obra en el amanecer absurdo y luctuoso de Jujuy. Luego el éxodo dantesco y homérico por la Quebrada de Humahuaca. Son los últimos legionarios que acompañan las cenizas del paladín. Pero lo acompañan peleando contra la soldadesca que pretende arrebatarles el cadáver bienamado. Una bella mujer, Damasita Boedo, que en Salta se ha incorporado al ejército en derrota, va en la caravana brava y suplicante, y reza el trisagio. En tanto por el comedio del valle, unos indios de Maimará que se han agregado al cortejo, cantan al ritmo de la caja aborigen:

*Cambiaremos de valle
llorando, llorando...
¡Quién sabe hasta dónde!
¡Quién sabe hasta cuándo!*

Pero escuchemos al mismo Echagüe, quien nos cuenta:

—“Ya las altas cumbres que se elevan a la otra parte de la línea divisoria entre Bolivia y la vasta región que dejamos a nuestra espalda, no nos permitían ver los primeros rayos del sol de la patria; ya éramos peregrinos en país extraño. Las armas habían sido depuestas; y en las entrecortadas hileras con que ocupábamos la senda, el silencio de la meditación reinaba interrumpido apenas por el tembloroso ruido de las espuelas.”

Diez años deambulará por tierra extranjera, entregado a los menesteres más dispares, para vivir: maestro, pintor, médico, industrial, periodista, escritor; y siempre peregrino, con algo de templario, camino de Jerusalén, y con algo de aquellos poetas vagantes de la Edad Media que alternaban con reyes y grandes señores, y daban la mano al menestral y a la moza de cántaro.

En eso se escucha el piafar de las caballerías de Urquiza, y no tardan las dianas de Caseros. Entonces Pedro Echagüe vuelve a la patria. Habrá que construirlo todo. Habrá que cavar hondos surcos en todos los campos de la vida, de la cultura, de la enseñanza, de la democracia, de la prensa, de la justicia y de la belleza. Y a modo del Anteo mitológico, que en contacto con la gleba materna renacía milagrosamente, lo mismo el proscrito al regresar a la patria, sentirá una especie de euforia mística y de mágico renacimiento.

Acababa de cumplir treinta años; pero había vivido siglos de proeza, de trashumancia, de angustia, de ensueño, de esperanzas y desesperanzas.

Amigo de Mitre y de Sarmiento, y compañero de tantos desterrados que vuelven a la heredad, con unos y otros se remanga los brazos y empuña las herramientas del espíritu. Después, en marcha y vuelo ascendente. Y al par que su presencia comunica prestigio a las instituciones donde imprime sus huellas como estadista, maestro, periodista y conductor de ideas e ideales, se destacará el escritor cabal; el poeta lírico; el historiador fehaciente, porque fué protagonista de la historia; el precursor del teatro argentino; y el novelista que lleva a la épica civil, las raíces más hondas y los perfiles más acusados de nuestro paisaje y de nuestras gentes.

Pero sin darnos cuenta, y como atraídos por la onda magnética que fluye de personalidad tan numerosa en dinamismo y atributos, nos hemos extendido sobre su vida. Volvamos al tema. Volvamos al corto lapso que don Pedro Echagüe estuvo en La Rioja.

Cuando sus funciones de ministro y su humanitaria acción como médico del hospital, le dejan unas horas de huelgo; cuando puede escapar de la tertulia y del ágape —bien que su presencia ha promovido una armonía social y una animada vida del espíritu— gusta a don Pedro Echagüe ponerse en contacto con el pueblo, con sus costumbres y problemas; y con los testigos y actores sobrevivientes del drama y de la epopeya de La Rioja. Visita los lugares históricos. O se va por ahí, cabalgando a toda rienda, cuesta arriba, rumbo al Velazco, o pampa abajo hacia Los Llanos. Y se va en un ímpetu de coraje y alegría dionisiaca, como en las cargas de Quebracho Herrado, Angaco y Famaillá... ¡Años de 1840 y 1841! Todo esto ha quedado ya muy atrás en el camino andado, pero muy adentro y presente en su vida.

Conoce "Las Padercitas", el fuerte levantado por San Francisco Solano, hace más de 300 años. De regreso a la ciudad, penetra en el convento franciscano y se sienta a la sombra del naranjo superviviente que plantara el misionero.

A pocas cuadras del convento, está la casa del general José Benito Villafañe, jefe de estado mayor de las huestes de Facundo. El ministro quiere conocerla, como quien rinde un homenaje al bravo guerrero, muerto a traición en la aciaga noche de Guandacol.

Va desprevenido. Y aunque es pleno día, le asaltan y hieren a mansalva... ¿Quién? Nada menos que una sobrina-nieta del general. Una hermosa mujer que al enseñarle la viaje casona, le deja para siempre en el alma el recuerdo y el dulce martirio de sus ojos negros. Unos ojos que inspiran al huésped, uno de los poemas más humanos, más dilectos y más

ungidos de ese rocío del alma, que asoma a los ojos varoniles solamente en las grandes pruebas de la vida.

Andando, andando, se detiene en la plaza del Mercado, donde la Martina Chapanay —protagonista después de su mejor novela— retó a duelo, en presencia de Arredondo, al comandante Pablo Irrazábal, asesino del Chacho.

—¿Y cruzaron armas? —interroga el ministro a un hombre de pueblo.

—¡Diánde, po! Irrazábal, por más que hacía la intención, no pudo sacar el sable... Y diz que de puro miedo...

Hacia el sud, en la calle 25 de Mayo, lozano y florecido, se alza el algarrobo a cuya sombra el general Angel Vicente Peñaloza y su mujer, desechando el hospedaje de las casas solariegas, gustaban desensillar.

Casi al frente queda la casa-quinta del general Tomás Brizuela, la misma donde el famoso "Zarco" diera audiencia a Lacasa, Félix Frías y Benjamín Villafañe, emisarios de Lavalle.

A la vuelta está el solar de mis abuelos, a donde va con cierta frecuencia el médico y ministro.

¿Qué le atrae? Pues, las tamañas y ricas naranjas del profundo y vasto huerto, que Echagüe corta de la planta y se sirve como un niño; y sobre todo, la palabra austera y sabia del sargento mayor don Dominato Sánchez, que condujera nuestros hombres al Paraguay; Dominato Sánchez, amigo de Mitre, héroe de Curupaytí y Humaytá; gigante de tez morena, pelo de indio y ojos verdes; lancero flamígero en la pelea y gran señor en la paz. Desposeído de sus bienes, por aves negras, al regresar del Paraguay; dolorido y enfermo, se había asilado en nuestra casa. Y fué aquí donde don Pedro Echagüe, escuchó de sus labios, el relato, en apariencia fabuloso, de hombres y generaciones, cuyas proezas y horrores más bien pertenecen al drama y al cantar de gesta.

Hasta que un día —a eso del alba— el huésped esclarecido dijo adiós a La Rioja, reandando el camino que lleva a Cuyo. Se iba para no volver. El tiempo y la distancia se interpondrían entre el viajero y la tierra donde tanto le amaran. Pero en vano. La emoción es más fuerte que la distancia y el tiempo. Y es fama que si los riojanos no lo olvidaron nunca, también es cierto que en la memoria y en la sensibilidad del poeta-soldado, del civilizador, del periodista y caballero andante, vivió siempre la imagen de La Rioja, a modo de esa estrella melancólica, temblorosa y luminosa, que todas las tardes se enciende en las cumbres del Velazco.

CLAUDIO DEBUSSY

RECUERDOS PERSONALES.

EL teatro Colón acaba de solemnizar el 40º aniversario de la aparición en el firmamento artístico, de la obra maestra debusiana: *Pelleas et Mélisande*. Relacionados con este acontecimiento, vuelven a mi memoria recuerdos salientes y nostálgicos de esa época, en la cual gozaba yo en París de todo el encanto y el entusiasmo que producía en mí, y en muchos iniciados, la presentación esplendorosa de grandes talentos y geniales innovadores que, con nuevas formas y personales recursos, buscaban, apartándose de los caminos trillados, crear nuevos procedimientos con que iluminar rincones ignorados del arte.

Vivía yo entonces, en una especie de éxtasis musical, asistiendo diariamente a las mejores y más variadas manifestaciones estéticas, producidas por los más famosos intérpretes mundiales que de todas partes venían a la capital ilustre para ofrecer lo mejor de su arte personal.

Un día, en casa de un joven músico francés, amigo mío, temperamento inquieto, siempre en busca de nuevos talentos, encontré sobre el piano algunas piezas que, en seguida, al mirarlas solamente, llamaron intensamente mi atención. Eran absolutamente nuevas y me dí cuenta, de inmediato, que se trataba de algo desconocido y fuera de lo común por su armonización inusitada en esa época y su forma de desarrollo tan peculiar, que me daba la impresión de algo vago, impalpable, lejano y de un color y sabor muy curiosos. Emanaba de esta música una vaporosidad que se traducía en acordes raros, con notas alteradas a menudo, y una clase de melodía lánguida, cansada como una melopea, pero de una poesía tan refinada que revelaba en el autor una supersensibilidad casi enfermiza. Con emoción y el deseo de penetrar en los secretos de este nuevo verbo, me puse a descifrarla. Eran las primeras obras para piano de Claude Debussy: *Danse*, *Valse romantique*, *Ballade* y otras. Los ritmos insólitos, las armonías no acostumbradas, y sobre todo la paleta de colores

tan sugestivos que surgía del conjunto, me subyugaron y ejercieron en mí una especie de embrujo al cual no podía sustraerme. Pasaba los días tocando y repitiendo esta música, la que en brevísimo tiempo quedó en mi mente. En París se la conocía muy poco, y tuve la satisfacción de ser de los primeros en revelarla en audiciones particulares y reuniones musicales que abundaban en la capital y a las cuales era yo invitado con frecuencia. Producía una impresión rara, siendo muy apreciada por algunos y criticada por otros. Se le tachaba de ser un arte decadente, vicioso, original por cierto, pero degenerado, comparable a los poemas de Mallarmé, Verlaine y Baudelaire, que justamente armonizaban con la música de Debussy en tal forma, que la unión que se produjo más tarde entre ellos, debía crear los maravillosos connubios realizados con los cinco *Poemas* de Baudelaire, los tres de Mallarmé, las *Fêtes Galantes* de Verlaine, y otras creaciones poéticas.

En 1902 se había estrenado en la Opera Comique *Pelleas et Mélisande*, y recuerdo muy bien que la crítica había sido más bien severa. El público no comprendía aún todas las bellezas estéticas de esta partitura extraordinaria, que reunía en sí los encantos del misterio, de la pasión íntima y fatal de sus personajes; una declamación vocal que había abdicado por completo del convencionalismo trivial y usado del melodrama lírico, para crear, a semejanza de la tragedia griega, un discurso natural, como hablado sobre un fondo sonoro; y, especialmente, no había sentido la fuerza dramática interior que delineaba el drama terrible y trágico del poema de Maeterlink, cuyos personajes hablan en idioma extraño y vago, y parecen seres irreales, a pesar de sus pasiones humanas.

Personalmente tuve la impresión de una obra única en su género, pero quizás, teatralmente, en el sentido que se da a esta palabra, un poco refractaria a penetrar en la emoción de la masa del público, que necesita un impulso más directo para despertar en el interés y entusiasmo colectivos. Recuerdo también haber oído en París una ejecución del *Après midi d'un faune*, bajo la dirección del autor, que me pareció menos feliz que otras debido a la lentitud excesiva de los movimientos, que originaba cierta monotonía y hacía muy pesada la labor de las maderas, obligadas a sostener muy largamente los sonidos. Claro que este detalle no disminuye el valor superior de esta obra, que he considerado siempre como una de las más acertadas y geniales del autor de *Pelleas*. La atmósfera en la cual se desarrolla la paleta instrumental admirable, la sensación de la tarde soleada en el bosque, forman un cuadro tan extraordinario que resulta muy fácil, sin cerrar los ojos, ver con la fantasía al fauno persiguiendo a las ninfas y sentir su presencia, hasta que, al final, cansado y rendido por el

calor, se duerme bajo los rayos de un sol abrumador, mientras la naturaleza toda parece concentrarse en sí misma y prepararse para el descanso de la noche fresca y húmeda.

Encontrándome el año siguiente en Turín, tuve la oportunidad de participar a propósito de esta obra, en un episodio muy gracioso. El Teatro Real realizaba un ciclo de audiciones sinfónicas con la magnífica orquesta municipal, y, con un criterio amplio y poco común, había llamado a los directores y compositores más celebrados de varios países para dirigir la serie de conciertos. Cada uno de ellos tenía a su cargo uno o varios. Desfilaron así sucesivamente en el pupitre directorial los alemanes Hans Richter, Weingartner, Nikisch, Fiedler, los italianos Mancinelli, Martucci, Toscanini, Serafín, Gui, los franceses Colonne y Chèvillard, y los compositores Vincent D'Indy, Elgar, Richard Strauss, Mascagni y otros. Es fácil imaginar el interés despertado en el público por esta exhibición de las mejores batutas del mundo. La diferencia de temperamento de cada director imprimía un sello característico en la interpretación de las obras clásicas y modernas, y una multitud entusiasta llenaba la sala en cada audición. En uno de los conciertos de música francesa, a cargo de Camille Chèvillard, director de la Orquesta Lamoureux de París, figuraba la ejecución del *Après midi d'un faune*, de Debussy, que se presentaba por primera vez al público italiano. Su inclusión en el programa había despertado interés de curiosidad, a causa de las noticias que procedían de Francia a propósito de un nuevo verbo musical muy discutido en el ambiente artístico europeo.

Después de una ejecución de la *Sinfonía Fantástica* de Berlioz, atacó la orquesta los primeros compases de la obra debusiana que, como se sabe, expone el tema principal, lánguido y cromático, por la flauta sola, seguida de un *glissando* de arpa y de una entrada del corno, para retomar el mismo tema con otra armonización, mientras las cuerdas imitan el murmullo de las hojas, empezando a crear el ambiente tan sugestivo del bosque. El público turinés, inteligente y muy musical, pero no preparado para esta clase de música que por primera vez se le brindaba, acostumbrado a las claridades melódicas verdianas y a los procedimientos puros y clásicos de los grandes creadores de la sinfonía, no podía seguir el hilo de esta música, entrecortada, envuelta en una bruma, vestida con un instrumental aterciopelado y vaporoso, todo hecho de esfumaduras y medias luces de colores vagos y raros. Así que, al final, un silencio glacial y algunos murmullos de desaprobación recibieron la obra, sólo intercalados por algunos tímidos aplausos reprimidos en seguida por una protesta casi general. Yo no sabía qué pensar, emocionado como estaba por la belleza de esta música que me

había subyugado enteramente, cuando una voz áspera e irónica, que venía de mi lado, me interpeló bruscamente: "¿Qué le parece, señor? ¡Y a esto le llaman música! ¡Quiéren burlarse de nosotros!". Y sonriendo sarcásticamente, agregó: "Vea: si el fauno ése pasa su tarde así, no seré yo seguramente quien lo envidie", e indignado, después de desahogar su malhumor, se marchó del teatro.

He referido esta graciosa salida, para demostrar cómo la comprensión humana es personal y distinta en cada ser. Mientras yo estaba emocionado por la hermosura genial de esa página, que había hecho surgir en mí impresiones imborrables de arte supersensible y me había hecho entrever una nueva ruta en el lenguaje musical, una cantidad de semejantes míos había encontrado en ella por el contrario, absoluta falta de musicalidad, según su modo de sentir, y un discurso vacío y aburrido que los dejaba perplejos y malhumorados en contra de esta nueva expresión, toda sembrada de piedras preciosas e iluminada por una luz interior, poco visible exteriormente, pero tan espléndida en su fondo como un estado de alma nuevo y desconocido.

De vuelta a París, no perdía oportunidad de escuchar obras del maestro que, poco a poco, iban penetrando en el gusto del público, y me dedicaba mucho a sus obras pianísticas, de un gusto y una escritura deliciosos.

La casa Pleyel, la famosa marca de pianos, había ideado y creado por medio de su director M. Gustave Lyon, hombre de talento e iniciativas, un aparato, una especie de pianola pero perfeccionada por un sistema tubular que marchaba a aire comprimido y permitía reproducir fielmente el juego personal del artista con todos los detalles exactos de su manera de tocar, de la calidad del sonido y variedad de efectos, en lugar de la reproducción de antaño, fría y mecánica, lo que constituía una enorme ventaja para la nueva registradora. Muy amablemente, M. Lyon me pidió grabara algunas piezas de Debussy, a lo que accedí gustoso. Fueron ellas: *Soirée en Granade*, *Danse*, *Valse romantique*, *Ballade*. Algunos días después, una llamada telefónica de M. Lyon me comunicaba que la grabación había salido muy bien y que había invitado a su amigo *el autor* para escucharlas. Puede imaginarse la sorpresa, la emoción y la inquietud que me provocó la idea de encontrarme con el maestro que iba a juzgar mi interpretación. En una tarde memorable para mí, fui a la casa Pleyel, y, al entrar en la sala de audiciones, vi a un señor alto, de barba negra, de apariencia sencilla y natural, conversando con M. Lyon. Era el maestro. Siguiéron las presentaciones, y yo manifesté al ilustre creador cuán grande era la admiración que tenía por su arte nuevo y genial, que, seguramente, estaba destinada a revolucionar el mundo musical del futuro; y,

en seguida, M. Lyon hizo reproducir en la Pleyela las piezas tocadas por mí. Al final, el maestro se declaró complacido, aparte de alguna reserva sobre ciertos movimientos. Me felicitó con amables palabras y me estimuló a seguir estudiando sus obras y a tocarlas en público. Me fui muy satisfecho y guardé de él desde ese momento un recuerdo imperecedero, ya que había tenido contacto espiritual con un artista de genio, que siempre me pareció más grande a medida que iba penetrando en su obra, y realizaba así una verdadera epopeya artística en el campo de la música moderna que tiene en él, quizás, su mayor representante.

ARTURO LUZZATTI

EL NATURALISMO DE GALDÓS

MISERICORDIA

CUENTA Clarín en un artículo crítico-biográfico incluido en el tomo primero de sus Obras Completas, cómo llegó Pérez Galdós a su admiración y a sus simpatías. Fueron una revelación, para el entonces estudiante de Filosofía y Letras, “enfrascado en la lectura de filósofos y poetas alemanes y para quien eran poca cosa sus contemporáneos españoles”, los *Episodios Nacionales* a cuyo autor había considerado hasta allí “un simple constitucionalista que en sus ratos de ocio escribía obras de vaga y amena literatura”. De lo duradera que fué esta impresión inicial del gran crítico habla ese volumen de cuatrocientas páginas, todo él consagrado al padre de *Marianela*.

Menos certero que Clarín, este hoy devotísimo lector de Galdós, recuerda un poco avergonzado aquella aventura en la librería de viejo de la calle Corrientes. Las perplejidades del posible comprador que realiza afanoso e infatigable escrutinio de los libros amontonados por el azar de la compraventa sobre las mesas tan polvorientas como enormes, tuvieron aquella vez una derivación de las más tontas. No recuerdo cuál fué mi elección, pero sé que para llegar a ella debí condenar algunos de los *Episodios Nacionales*. Descabalados, moviendo a graves preocupaciones de carácter higiénico con su aspecto de desechos de quién sabe qué procedencia y sus cubiertas decoloradas, no me tentaron los libros de Pérez Galdós con aquella tentación que suele conducir a la puja al lector engolosinado. No me tentó *Trafalgar* a pesar de lo sonoro del título, ni *Zaragoza* y menos *Gerona*. Aquella inapetencia de lo galdosiano tenía su explicación — digamos su mala explicación. Procedía de ese conjunto de impresiones rápidas, contradictorias, que suelen asaltar al lector en presencia de tanto libro como llena las librerías de viejo. Lo que me predispuso entonces contra los *Episodios Nacionales* fué la idea de compendio o manual de historia española, asociada de inmediato al título ge-

nérico de episodios. Hasta se me ocurrió que había allí un intento patriótico realizado por el escritor en forma pesada y desagradable: nada que valiese, pues, los pocos centavos apartados en nuestro bolsillo para la compra de libros. Pecado de subestimación éste, alguna disculpa tiene en el caso del lector mal informado en busca de libros de ocasión. Menos disculpable es el de aquellos "literatos eruditos" a que se refiere Clarín, "entre los cuales contábase uno estiradísimo, capaz de dividir los géneros literarios hasta que no quede casta de ellos", para quienes el Galdós de los *Episodios Nacionales* no valía tanto como se pretendía y era —a lo más— una simple promesa; y el más intrépido de estos críticos apenas había leído *Trafalgar*, algo de *Zaragoza* y un poco del *Gran Oriente*. En cuanto a los otros dos no habían leído nada de Galdós, contra el cual fallaban —comenta Clarín— tan tranquilos!

El error de aquellos "literatos eruditos" contemporáneos de Clarín no nos dice éste si alguna vez dejaron de padecerlo. El mío se desvaneció cuando ya internado en la obra de Galdós, llegué a los *Episodios Nacionales* preparado por otras lecturas del mismo escritor y liberado por ellas de toda prevención. Me esperaba aquí la feliz sorpresa de páginas llenas de interés; y lo que empezó siendo audaz tentativa de examen minucioso, terminó en simple aventura de "common reader". Quedaron sin marcas marginales las novelas de los *Episodios Nacionales* y olvidando el lápiz, útil infaltable en toda excursión literaria, comprendió el lector la exactitud de aquella afirmación de Menéndez y Pelayo en el discurso leído en la Academia Española acerca del tema *Benito Pérez Galdós considerado como novelista*: "sus más encarnizados detractores no podrán arrancar de sus sienas esta corona cívica, todavía más envidiable que el lauro poético".



Galdós llegó a contarme en la legión de sus admiradores, con una novela que pertenece a su tercera y discutida manera. Debo a ella una de esas emociones que suelen ser memorables para el lector. Conocía del creador de Araceli mucho menos que aquellos "literatos eruditos" a que se refiere Clarín, cuando llegó a mis manos *Misericordia*. Esta vez no hubo titubeos; pero, es justo confesarlo, aquello que curó de toda prevención al lector e interesólo al punto de no soltar ya el libro hasta llegar a su página final, fué el prefacio, escrito especialmente por su autor, para la edición de la casa Nelson.

Aquel intento anunciado por el escritor, de "descender a las capas ínfimas de la sociedad matritense, describiendo y presentando los tipos

más humildes, la suma pobreza, la mendicidad profesional, la vagancia viciosa, la miseria, dolorosa casi siempre, en algunos casos picaresca o criminal y merecedora de corrección” y su referencia a “las familias del proletariado ínfimo” y “a los desoladores episodios del dolor y la abnegación en las capitales populosas”, sugirieron al lector, que venía de realizar una larga excursión a través de los *Rougon-Macquart*, la idea de hallarse en presencia de una novela por la cual corrían aquellos vientos naturalistas, que Emilio Zola veía soplar en toda la literatura moderna, según su propia confesión, estampada en el prólogo de la traducción francesa de una novela de Narciso Oller.

No defraudó al lector lo que venía más allá de las páginas preliminares. *Misericordia* obró el milagro, reservado a los buenos libros, de suscitar, en quien gusta de ellos, la curiosidad de otras lecturas del mismo autor. “Una de las cosas más reales de España —escribe Clarín— es la pobreza. Pintarla con toda su corte de apuros, sordideces, bambolla, disimulo, envidia, codicia, esperanza, caídas y desesperaciones, es tan oportuno, tan útil y patriótico como describir las glorias de Zaragoza y Gerona”. La novela que Galdós escribía entre los meses de marzo y abril de 1897, se proponía, precisamente, describir esta miseria del país de la pobreza en su manifestación más inequívoca: la mendicidad.

El escritor no se paraba, en su afán de descubrirla, a la puerta de San Sebastián. Iba hasta los barrios populosos del sur de Madrid; llegábase hasta las casas de dormir y las *de corredor*; visitaba el barrio de las “Injurias”, “polvoriento y desolado”; las *Cambroneras*, llena de población gitanesca y la *Estación de las Pulgas*, sin dejar de detenerse en el *Oratorio del Caballero de Gracia*, del cual salió personaje tan pintoresco como el moro *Almudena*. Al contingente de mendigos pedigüeños, desvergonzados, sumaba aquellos pobres vergonzantes que, a diferencia de la *Burlada*, la *Señá Casiana*, la *Demetria*, el *Pulido* y *Crescencia*, no tienen el hábito de pedir. Hay otra miseria que no muestra su cara de necesidad de pura vergüenza; y —monologa Benina— “¡Cuando cree una que es el acabóse de la pobreza, resulta que hay otros más miserables!”. Estos otros había que ir a buscarlos entre los burgueses tronados, que esperan el diario milagro, dispensador de alimentos, como la ex-rica Doña Francisca Juárez de Zapata y el protocursi Don Francisco de Ponte Delgado, que, amén del milagro de la comida, debe esperar el del albergue. Gente de *suposición*, resabiada de orgullo, más necesitada que la otra y más difícil de encontrar; gente de la misma índole que la Doña Cándida de *El Amigo Manso* y las pobres mujeres que van a comprar sin dinero, en la tienda “Sobrino hermanos” de *La de Bringas*.

Alguna vez —lo confiesa él mismo— debió hacerse acompañar de la policía para visitar estos lugares; otras, el escritor vióse obligado a disfrazarse, para encubrir sus propósitos de observador, de médico de la Higiene Municipal. Pero, aquello que lo ayudaba, sobre todo, en estas excursiones, de las cuales iban saliendo parte de la múltiple población de sus *Novelas Contemporáneas*, era esa *ciencia de Madrid*, poseída tan enteramente por Galdós que —escribe Clarín— “es un placer recorrer con él los barrios bajos, escudriñando curiosidades y evocando escenas históricas en el lugar de la escena”. Apenas trabada relación con los personajes de *Misericordia* y en contacto con el medio en que éstos se mueven, se comprende que no carecía de medida este elogio. El venía, por otra parte, mucho después del obsequio de un pedazo de pan —*del año del hambre*— que *El Curioso Parlante* hiciera a Galdós a quien consideraba “un hijo de sus más caras aficiones”.

Luce además, en *Misericordia*, otra cualidad de su autor, sin la cual esta *ciencia de Madrid* no hubiese bastado a reflejarse fielmente en sus páginas. El propósito de transparentar la realidad oculta en los rincones más ignorados de la ciudad se hubiese malogrado, sin duda, si los personajes de la novela, descritos cuidadosamente —sin omitir el “lobanillo del tamaño de un garbanzo” en la frente de Benina y el flácido busto de *la Pedra*— no hablasen su lenguaje propio, plagado de los idiotismos, elipsis y solecismós a que se refiere el mismo Galdós en el prefacio. Quien poseía la ciencia de los escondrijos de Madrid y la propiedad de describir los personajes de su novela como seres de carne y hueso, conocía cabalmente “el difícil arte de hacer hablar a cada cual como se debe” elogiado en él por Clarín. Hablan los mendigos de *Misericordia* como se lo permite su aporreada condición; ellos se expresan, según la exacta definición de Morel Fatio, “sin literatura”. “Las preocupaciones del artista —añade el famoso hispanista en la Introducción a la traducción francesa de *Misericordia*— ceden siempre en su obra, a la necesidad que a él le parece imperiosa de reproducir la realidad, de decir lo necesario para poner de relieve a un personaje y presentárnosle tal y cómo debemos verle”.

Esto, que ha sido definido como una manera de acortar distancias entre el lenguaje hablado y el escrito, no fué preocupación ocasional en Galdós, ni careció de su teoría el arte de poner en la boca del ciego Al mudena “el español aljamiado, interrumpido a cada instante por juramentos terroríficos” y en la de los mendigos de San Sebastián aquellos disparates de sabor tan popular, como “santimperie”, “arrecomentada”, “circuspición”, que matizan la conversación de la cuadrilla. En el prólogo de *El sabor de la tierruca*, refiriéndose a Pereda, expresa Galdós sus ideas

con respecto al estilo literario. "Una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España —escribe allí— consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario para asimilarse los matices de la conversación corriente". Y a renglón seguido de una censura al "terco régimen aduanero de los cultos que priva de flexibilidad al lenguaje", señala cómo "de estas rancias antipatías entre la retórica y la conversación, entre la Academia y el periódico, resultan infranqueables diferencias entre la manera de escribir y la manera de hablar, diferencias que son desesperación y escollo del novelista".

Agradable aventura que debería repetirse a cada lectura de otras novelas de Galdós fué *Misericordia*, para el lector, gracias a todo eso bueno que halló en sus páginas. Lo que no encontró, después de un examen más atento, fué aquella novela típicamente naturalista que se prometiera en un principio. Y es que en *Misericordia*, aunque se descubre en seguida "aquella ciencia infinita del detalle" que se ha señalado como una de las características del naturalismo francés, el cuidado de lo minucioso en la observación atentísima de la realidad, no excluye el vuelo a lo más alto que volví a encontrar más tarde en *Nazarín*. El determinismo —la gran confabulación del medio y herencia— que explica las modificaciones del temperamento, no realiza su juego fatal en todos los personajes. Caen la *Pedra* y la *Diega*, borrachas perdidas, un poco hermanas en sus aficiones alcohólicas, de los seres vencidos de *L'assomoir*. Pero sobrevive la pureza de Benina; conserva su aquél de dignidad el moro Almudena allí donde sobran motivos de depravación; y el ciego Pulido enuncia conceptos de intenciones educativas.

Todavía difiere *Misericordia* de las novelas típicamente naturalistas en la presentación de los medios y personajes. Los ambientes ínfimos y su población mendicante, hállanse allí pintados con colores que no llegan a lo atroz. La misma miseria —el gran motivo de la novela— parece dorada por el sol de Madrid y captada por pupilas de artista que alguna vez sintió aficiones pictóricas. De ella ha escrito Galdós en las páginas preliminares de *Misericordia*: "Años antes de este estudio había yo visitado en Londres los barrios de Whitechapel, Minories y otros del remoto Este, próximos al Támesis. Entre esta miseria y la del bajo Madrid, no sé cuál me parece peor. La de aquí es indudablemente más alegre por el espléndido sol que la ilumina".

Sin embargo, ni esta cualidad local del sol, ni la aptitud de Galdós para verlo brillar con ojos de artista, ni aquella propiedad suya de sacar partido de lo cotidiano, bastarán a explicarnos cómo pudo surgir, de las intenciones y procedimientos anunciados en el prefacio de *Misericordia*,

una novela que, a pesar de sus toques naturalistas, difería de las obras típicas de la combatida escuela. Busquemos la explicación en el juicio acerca de la obra literaria de Galdós, emitido por Menéndez y Pelayo dos meses antes de la publicación de *Misericordia* y que pareciera escrito para ser aplicado especialmente a esta novela: "Galdós aprovechó en numerosos libros de desigual valor toda la parte útil de la evolución naturalista, esmerándose sobre todo, en el individualismo de sus pinturas, en la riqueza a veces nimia, de detalles casi microscópicos, en la copia fiel, a veces demasiado fiel, del lenguaje vulgar, sin excluir el de la hez del populacho".

Esta tendencia de Galdós a sacar provecho de la parte útil de la evolución naturalista, hállase manifiesta, sobre todo en *Misericordia*, estudio acabado de una parte de "ese mundo complejo, heterogéneo y variadísimo" a que se refiriera en su prefacio y que iba mostrando en las novelas contemporáneas "para dar idea de la muchedumbre social en un período determinado de la historia".

Es *Misericordia* novela de mendigos y menesterosos. Pero así como lo que había de ser en el caso de *L'assommoir* una obra sobre los efectos del alcoholismo, fué también, en la intención de Zola, la vida simple de una pobre mujer —Gervasia Macquart—, ésta de Galdós desdóblase en la puntual, dignísima historia de la criada sisona extraída por el escritor de la documentación de *Fortunata y Jacinta*. Y tan distinta como la moral de una y otra mujer —la planchadora de *L'assommoir* y la mendiga de *Misericordia*— es la moraleja que el lector encuentra en una y otra novela.

Gervasia Macquart tendría que aprender de Benina el heroísmo de conservarse pura y crecerse en medios equívocos y entre gente de voluntad derrotada. Se recuerda con pena a la heroína de *Germinia Lacerteux* de los Goncourt, fiel criada, pobre mujer, empero, desde que pueden en ella más los factores de perdición puestos por la vida en su camino, que su propósito de enderezarse. Benina pertenece a la pobre gentualla que infunde celo caritativo a Guillermina Pacheco de *Fortunata y Jacinta*. Sin embargo ¡cuán distitnos son sus hábitos y su moral a los de sus compañeros! Aunque Galdós no haya descrito este personaje a expensas de los demás, descúbrese que ella, Benina, es la que atrae sus simpatías y —¿por qué no?— las del lector. Es Benina la que conifirma en *Misericordia* la aserción de Morel Fatio con respecto al fondo de las novelas de Galdós. "Nada de reticencias, ni de infantiles preocupaciones, ni de afectada discreción cuando se trata de presentar vicios y fealdades; pero, como desquite y compensación, ningún alarde de exhibición de suciedades físicas o morales".

Al cabo de las páginas de *Misericordia*, el lector encuentra la lección de coraje, dictada por la sin par Benina, personaje de baja extracción santificado por la abnegación y el sufrimiento, "espíritu fuerte y grande" en envoltura de humilde criada; otra de aquellas estrellitas que según la acertada definición de Morel Fatio "brillan en la obra galdosiana, por encima de la pobre humanidad doliente.

CARLOS ROVETTA

TEATRO NACIONAL

ISLAS ORCADAS

DE rara calidad es esta obra que José María Monner Sans y Román Gómez Masía han estrenado recientemente en el Teatro Nacional de Comedia. Es el "espectáculo dramático", así reza el programa, de seis hombres viviendo en la soledad de las Orcadas.

El teatro moderno ha hecho un descubrimiento: el clima, el medio físico que enmarca a los personajes, como elemento dramático. Entre aquél y éstos se establece una ósmosis de sensaciones, un diálogo más, en otra dimensión, con lenguaje propio. A veces el diálogo es amigable y cariñoso; entonces personaje y paisaje se funden, como en estado de mimetismo: la llanura silenciosa y el hombre circunspecto, callado, sentencioso; el valle sonriente, lleno de flores, pájaros, nubes, cielo, y el hombre alegre, dicharachero, sensual. Otras, el diálogo adquiere un tono de disputa. Se trata entonces de quién vence a quién: el mar y el marino, tema tan caro a O'Neill; la selva y su hombre ágil, sinuoso, alerta. El clima es, pues, un personaje más, muchas veces de primer plano, que entabla directamente el drama.

Tal es el caso de *Islas Orcadas*. Seis hombres, juguetes de la naturaleza inclemente, del viento, del frío, de la soledad. Refugiados en una cabaña soportan la hostilidad de los elementos. Un día es el viento que, de un soplo, les voltea la chimenea, o que ulula en las noches lóbregas hasta crisparles los nervios; otro, es el frío que les hiere la carne; o la soledad que los llena de melancolía. Los seis reaccionan de distinto modo ante esta naturaleza desatada. Y en este distinto reaccionar de los personajes, el clima se hace drama. Allí radica el mayor acierto de los autores: psicologías bien delineadas, trama que surge espontánea, sin rebuscamientos, sin vulgares concesiones al público. Logran emoción y dramatismo sin necesidad de presionar en los efectos: una evocación de Buenos Aires, la ciudad con ritmo de "scherzo", en medio de aquella inmensa sábana de nieve; una transmisión radial frustrada por la tormenta que les impide oír las voces queridas; la amistad que sobreviene después de las disputas de estos seis hombres amalgamados en una penuria común.

De los seis, dos cautivan por su acento humano, por su comunicación espiritual franca: Daniel y Raúl. Daniel, de sólido mundo interior, se dirige a las Orcadas en busca de soledad para poder dar salida a sus ansias de escritor. Daniel es el que dice los conceptos más pensados, las frases más bonitas y el que, por su carácter voluntarioso, a la postre domina al resto. Las Islas Orcadas le decepcionarán de lo que creía su vocación, y en aquella lejanía entreverá, en la admiración que le profesa una joven, un afecto oculto. Raúl, que encubre su miedo con una charla continua, es el porteño mujeriego, haragán, jugador. Las Islas Orcadas le enseñarán qué es la amistad, y qué el deber, cualidades dormidas de su carácter. El verdadero drama humano de *Islas Orcadas* se apoya en Daniel y Raúl. En ambos el clima tiene una resonancia espiritual profunda. Los cuatro restantes colaboran en darle carácter al ambiente. Son: Toselli, silencioso y reconcentrado; Irazmendi, víctima del viento, que le pone irascible; Schiavo, el cocinero, tan desabrido en sus comidas como en su genio; y Rickert, el jefe del grupo, también extranjero (imposible descubrir a través de la pronunciación del actor De Rosas, si se trata de un alemán, de un inglés o de un italiano; por la ortografía del apellido suponemos que lo primero), hombre de ciencia más afín en su idiosincrasia a un termómetro o un barómetro que a un hombre de espíritu y carne.

Basta lo dicho para advertir que estamos en presencia de una obra de calidad original en nuestro medio, de jerarquía, de elevada intención, de buen teatro. ¿Por qué, entonces, su escasa permanencia en el cartel? ¿Es que no hay público para piezas de buen gusto en Buenos Aires? Nada de eso. Es cierto que el carácter íntimo del drama no llega a la masa de espectadores. Pero también es cierto que, por perseguir éxitos de taquilla, que debieran estar muy lejos de su finalidad, el Nacional de Comedia, arguyendo una pretendida revisión histórica de nuestro teatro, repone obras de dudoso valor artístico; lógicamente, el público calificado, no tan escaso como parece, ha perdido el hábito de concurrir a nuestra sala oficial. Si *Islas Orcadas* se hubiera representado en uno de los teatros dichos "de vanguardia", por ejemplo el del Pueblo, las alabanzas a esta obra de clima resonarían por largo tiempo en las páginas de las revistas juveniles.

Respetuosa la interpretación de los actores De Rosas, Santiago Gómez Cou, Pascual Pellicciotta, José de Angelis, Miguel Faust Rocha y Alberto Candeau, en los papeles principales, dirigidos con eficacia por Orestes Caviglia. Acertada y minuciosa la escenografía de López Naguil y López Herrán.

AUTORES Y LIBROS

LOS SIETE SOBRE DEVA, por *Alfonso Reyes*. Ed. Tezontle, México, 1942.

PEREGRINO libro el pequeño volumen que, jugando del vocablo, ALFONSO REYES ha titulado *Los siete sobre Deva*, en recuerdo de la tragedia de Esquilo. Es “un sueño de una tarde de agosto”, comenzado, nos dice el autor, por 1923, cuando la ría de Deva era todavía lugar de ocioso esparcimiento. Es principalmente un diálogo curiosamente misceláneo, donde tres figuras simbólicas, ideas y no personas, discurren sobre diferentes asuntos, mientras tres vascos recios, “testuces de toro, gigantes con dulce voz de niños, claros ojos atravesados de mar y pequeñas bocas voraces”, y una mujer, diosa ibérica, están consagrados a la faena fisiológica de yantar con mecánica regularidad “una larga merienda-cena, que empieza con el sol de la tarde y acabará bajo la serenidad del cielo nocturno”. Contraposición de la materia y el espíritu; de la mente y las entrañas.

Aunque se nos nuble a veces el significado íntimo de esta fantasía, nos es dado apreciar en ella el juego vivaz de las ideas, que es su vital contenido. Un “cajón de sastre”, sí, como el mismo autor define su sueño con lenguaje de antaño; pero lleno, ya de preciosas naderías, ya de ideas brillantes y profundas. El que quiera saber más de este diálogo convendrá que lea el libro, porque hasta el índice de los asuntos tratados resultaría largo. Baste decir que muchas amenas páginas corren sobre el césped de la cancha de golf para proponer la castellanización de su hispido vocabulario, y que otras se remontan a las vertiginosas alturas de los problemas cosmogónicos y metapsíquicos. Todo ello en un lenguaje cortesano, a la vez preciso y poético, que podría envidiar M. Valéry. Y no son las menos bellas las descriptivas que abren el libro, sobre las cuales flota un verdadero hálito de idilio griego.

R. G.

SAN MARTÍN VISTO POR SUS CONTEMPORÁNEOS, por *José Luis Busaniche*. Ediciones Argentinas Solar, B. A., 1942.

CON método y probidad, el profesor José Luis Busaniche, bibliófilo e historiógrafo reputado por sus excelentes contribuciones a los estudios históricos, ha compilado los testimonios sobre San Martín, de los contemporáneos que lo trataron personalmente. Esos documentos, unos sesenta, fragmentos de memorias, de diarios personales y de cartas, habían permanecido hasta ahora dispersos, unos utilizados ya repetidamente por los biógrafos del Libertador, pero otros, ignorados de la mayoría de los lectores. Bien se comprenderá cuánta

es la utilidad de esta compilación, especie de galería de retratos pintados desde los ángulos más diversos, por amigos, enemigos, admiradores e indiferentes, argentinos y extranjeros. El profesor Busaniche, al eslabonar esta serie de retratos, anécdotas y recuerdos relativos al General, mediante precisas y claras explicaciones de carácter histórico y cronológico, nos ofrece en verdad una biografía animada y cambiante, rica de matices, en que, imparcialmente, tampoco han sido omitidas las sombras, las cuales contribuyen a hacer resaltar, por contraste, tanto rasgo noble y luminoso.

Nuestros jóvenes debieran todos leer este libro tonificante, que no es solamente la biografía de un gran guerrero, sino la de un hombre ejemplar por su carácter, su modestia, su llaneza y sus virtudes privadas. Cuanto al servicio que prestará a los estudiosos y a los maestros está compilación, es obvio su encarecimiento.

Un fino prólogo de Rafael Alberto Arrieta define el libro y su contenido perfectamente.

Nos.

VIBRACIONES, por *Avelina Bustos de Quiroga*. Buenos Aires, 1942.

EN 1928, la señora de Quiroga publicó su primer libro de poesías, titulado *Resplandor*. En esa oportunidad, en estas mismas páginas, subrayamos la belleza de la inspiración que alentaba en todas las composiciones contenidas en el volumen y juzgamos que ella superaba a la forma de la composición, sin que esto significara anotar defectos en la estructura del verso.

En *Vibraciones*, el nuevo libro de la señora de Quiroga, advertimos que su inspiración y la música interior que singulariza sus versos, se hallan, aún, enriquecidas.

La poetisa nos dice:

*Y despierto a la vida de otra vida
en desmayado soplo de ternura,
a degustar la dicha prometida,
el cuerpo ausente y con el alma pura.*

Como definición, o mejor dicho, como caracterización de la jerarquía lírica de sus trabajos, no puede haber nada más claro. Toda la obra participa de un ansia de elevación y, en ella, las formas se desdibujan y ascienden como una ofrenda de ternura "en flor sin una espina".

Vibra el temperamento sensitivo de la poetisa por los dolores ajenos. Tiene acentos de plegaria. Cuando alza su voz por los que caen en la guerra, exclama:

*Alzo mi voz,
mi humilde voz,
simple voz de mujer emocionada,
que se ha quebrado en lágrimas
por esos pobres hombres que pelean
por el mar, por la tierra y por el aire.
Y en intención los veo
despertar en el campo de batalla,*

O surgir del abismo de los mares
Y marchar hacia cumbres azuladas.
por caminos de luz y sin bandera,
con firme paso y sin volver la cara.

En diferentes pasajes, que son estados de alma reflejados con intensidad en las palabras de sus versos, la señora de Quiroga podría ser juzgada como pesimista. Hay sombras y crepúsculos en los caminos por donde vaga su inspiración; pero el análisis de los valores estéticos y de los íntimos pensamientos que palpitan en el motivo de cada una de sus composiciones, evidencia que ese aparente pesimismo no tiene más extensión que la de las cosas precarias; que las de las energías de la materia en relación con el tiempo. Por el contrario, de todos sus poemas fluye una esperanza —llamémosla ilusión o quimera— que participa del intangible optimismo que guía hacia lo alto y lo eterno.

A. M.

VOLTAIRE, por *Alfred Noyes*. Trad. de Pedro Lecuona. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1942.

EN un grueso volumen de 662 páginas, primorosamente editado, la Editorial Sudamericana ha publicado la traducción del libro del ilustre poeta inglés Alfred Noyes sobre *Voltaire*.

No es ésta una obra común. No pertenece al género de las biografías noveladas. No sale de la cocina de André Maurois, Emil Ludwig y demás novelistas de la historia, ya bastante desacreditada. El libro de Noyes es muchas cosas a la vez: una vida puntual de Voltaire, vista en los distintos ambientes en que actuó el extraordinario escritor; un penetrante análisis crítico de cada una de sus obras, ilustrado con abundantes transcripciones; y encuadrando todo ello, una demostración de que el famoso satírico no fué el escéptico impío que han denunciado en él sus enconados adversarios.

El autor es un hombre de fe, un convertido del agnosticismo al cristianismo; pero tiene la libertad de espíritu del verdadero cristiano que no teme, lo mismo que Voltaire, y antes que él Erasmo, atacar el fanatismo y la intolerancia religiosa. Con la libertad de espíritu, además, de un escritor británico, resuelto a decir todo lo que piensa, y si es preciso con buen humor, cuando las circunstancias lo piden.

La figura de Voltaire, considerada tradicionalmente como personificación del ateísmo, cobra un nuevo aspecto en este libro meduloso. El autor se ha propuesto probar que el verdadero Voltaire fué muy distinto del retrato que de él se ha pintado tradicionalmente y que sus creencias estaban más cerca del verdadero cristianismo de lo que generalmente se ha supuesto; sin forzar la tesis, procediendo con lealtad en la demostración, consigue hacer pensar sobre la verdad de su aserto. Desde luego no pretende canonizar a Voltaire, y debemos agradecerle que su examen, fundado en un conocimiento amplio y directo de la obra de aquél, el cual supone una labor de años, no deforme la figura intelectual del formidable demoledor.

Esta obra ha sido, claro está, severamente criticada y combatida, sobre

todo en ciertos periódicos y círculos católicos. El autor refuta victoriosamente en el prólogo las críticas que se le han dirigido. Dicho prólogo fué escrito para la 3ª edición, a pedido de las Autoridades Eclesiásticas, para disipar los equívocos a que el libro diera lugar. Los editores, obedeciendo a una orden de la Suprema Congregación de la Santa Sede, habían retirado de la circulación en 1938 el texto de la segunda edición. Dispuesto el autor a corregir los errores que se le señalaran, sometió las objeciones a los censores de Westminster, quienes no aconsejaron correcciones de ningún género.

Sea como sea, aunque no le concedamos al autor más que Voltaire era teísta, lo cual no sería una novedad absoluta, si no deísta, que lo sería aun menos, el lector encontrará en esta obra una figura viva y multiforme, tal como lo fué el patriarca de Ferney, y reconocerá en ella al extraordinario espíritu que tanta influencia ha ejercido sobre los destinos de la humanidad.

Nos.

MIENTRAS YO AGONIZO, por *William Faulkner*. Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1942.

EL crítico inglés Richard Hughes, al ser interrogado acerca de cuál consideraba en este momento el novelista más eminente de América, no vaciló en mencionar a William Faulkner, el escritor estadounidense.

Sin abrir juicio sobre lo aseverado, es evidente que pocos literatos han alzado más vientos de controversia que el autor de *Mientras yo agonizo*.

Panegiristas y detractores le aplauden y censuran —cada cual a su tiempo— su preocupación, absorbente casi, por los problemas sociales, raciales y religiosos de las gentes que pueblan las zonas alledañas al golfo de Méjico y al río Missisipí, que ha sabido captar como nadie, exhibiendo luego el testimonio de esa realidad con una factura literaria distinta de la habitual.

Los seres simples y opacos de sus novelas son, como los de Poe o Dos-
toiewski, degenerados, anormales o cuando menos neuróticos, circunstancias que explican el clima irrespirable, aunque sugestivo siempre, de toda su producción. Para presentar esos tipos, elementales en la superficie y en lo hondo tan complejos, Faulkner ha utilizado una técnica un tanto sorpresiva, una construcción complicada y original, análoga a la exhibida ya, en otros aspectos de la novela norteamericana, por John Dos Passos, con *El paralelo 42*.

Es así como recurre al monólogo interior que traduce los varios efectos del ánimo; trastrueca el elemento “tiempo” retrocediendo o avanzando en él como si la vida arrojara juntos, en un instante, el pasado y el futuro; y presenta en una misma novela, varias acciones aparentemente desvinculadas entre sí y por momentos hasta inconexas.

Técnica, trama y personajes hace así que su Missisipí resulte una “casa de locos, para gentes medianamente cuerdas”. Mas, esas criaturas amargas que conocen la miseria y el fracaso, que degenera en vicio y que se han olvidado de reír, distan mucho de ser ficciones literarias; existen: son las que más de un sociólogo norteamericano ha bautizado como los “pobres blancos del decadente, neurótico y aún insano pueblo del sur”.

Valga lo expuesto para interpretar *Mientras yo agonizo*, novela que sume al lector en un permanente escalofrío. No hay en ella recodos amables, fáciles,

optimistas; todo es tremendo, pródigo en tragedias, apocalíptico casi, pero nunca adocenado o vulgar. Su trama, en apariencia elemental, se enrosca y envuelve, y aprisiona a los personajes hasta sumergirlos en un mar de angustias.

Es la historia de la agonía y la muerte de una mujer, Addie Bundren, a la que marido e hijos llevarán a enterrar hasta Jefferson, centro distante ocho días de camino del rincón miserables en que ha dejado de existir. A lo largo de este viaje de pesadilla, en un carretón destartado, los protagonistas —pobres hombres de carnes mugientes— van desnudando sus almas, sacudida cada cual por su problema.

Nos sale así al encuentro Darl, el hijo mayor, de humor cambiante como una nube, y en el que va cobrando cuerpo, cuando nos adentramos en el libro, una locura progresiva. Por ella dará finalmente en la cárcel, no sin antes haber puesto fuego al granero donde descansa momentáneamente el ataud de la madre...

¡El féretro de Addie Bundren!, grosera caja de madera que han construído las manos del segundo hijo, Cash, quien por una singular desviación de su sensibilidad, ama tan sólo su oficio y sus herramientas de trabajo. Cuando habla o razona lo hace como si el mundo y sus criaturas fueran una gran tabla que él debe aserrar, cortar, ajustar o pulir según convenga. Para todo lo demás su voz suena como una campana sin badajo.

En cuanto al tercero, Jewey, nacido de un inconfesable amor de la muerte, sin alcanzar a ese idiota de "The Hamlet" que se apasiona por una vaca, tiene una desviación afectiva en razón de la cual sólo siente firmísimo cariño por su caballo, —tan ligado a él— que hasta físicamente parecen jinete y bestia prolongarse el uno en el otro.

Dewey Dell, la muchacha, resulta para nuestra mentalidad, el personaje de psicología más concreta. Su problema es humano, vulgar casi. Ella está menos sola que los otros, pues un hijo late en sus entrañas frescas, pero le inquieta casi exclusivamente hallar cómo desembarazarse de él.

En cuanto a Vardaman, el menor, razona con singulares asociaciones de ideas que le llevan hasta concebir a su madre muerta como un pez.

Presidiendo esta singular familia está, por fin, Anse, el padre. Indiferente en materia afectiva, sólo tiene —curiosa preocupación— un objetivo obsesivo: cumplir la palabra empeñada a la muerta, aunque para hacerlo deban hundirse todos, ¡hasta el ataud!, en el lecho del río. Además le inquieta (como a la madre de *El camino del tabaco* un vestido), el tener una dentadura completa, reluciente, nuevecita... Nada más; se dijera que su presencia en el mundo se justifica —estrecho horizonte— por el logro de ambas cosas.

Seres antisociales, células cancerosas en un cuerpo vivo, los protagonistas de la novela de Faulkner atraen, con todas sus incongruencias, su nihilismo y sus locuras, por la fuerza con que han sido creados. La realidad del novelista norteamericano, como la de Zola, no alcanza —ni mucho menos— a toda una sociedad, pero es evidente que sus criaturas no son los frutos de un simple capricho o de la audacia del escritor.

En efecto: *Mientras yo agonizo* cobra especial intensidad en los monólogos interiores de los personajes, que exponen con una ética primaria, sin restricciones ni cortapisas, sus pasiones e intereses. Pasiones e intereses que Faulkner,

como todo supersensible ha captado con más viveza, presentándolos de inmediato, con urgencia casi, sin esperar a estudiar el recuerdo de esa moneda. Ha procedido tal como el repórter periodístico "que se apresura a publicar los hechos de un degenerado, en medio de una comunidad sobria". Y precisamente, del juego de ambas situaciones surge lo positivo y lo censurable de la obra que nos ocupa.

La primera versión al castellano de este extraño libro es debida a Max Dickmann, que ha sabido superar las dificultades que surgen, ante todo, del propio estilo de Faulkner. Gusta éste, por ejemplo, de reiterar ciertos vocablos, de gran fuerza en el original y con los que contribuye a crear el clima trágico de su obra, pero que entorpecen el trabajo del traductor, tanto como "los simbolismos oscuros, casi bíblicos" a que echa mano con frecuencia. No obstante ello, Max Dickmann ha logrado conservar la fuerza, sugestión y realismo amargo que alientan en el original, donde por momentos flota un hálito verdaderamente poético.

NOEMÍ VERGARA-MISITO

TU MUNDO Y EL MÍO, por *Carlos Bertacchini*. Buenos Aires, 1942.

TU *mundo y el mío*, primer libro de Carlos Bertacchini, vale por su fuga a un plano de asordinado lirismo. El caudal poético se encierra en el círculo de la subjetividad. El autor entrevé, reflejado en el suyo y envuelto en torturada niebla, el mundo interior de la amada:

*Como el ojo no advierte del espejo
Sino aquello que de éste es reflejado,
Mi ser sólo concibo en el reflejo
De tu ser en el mío proyectado.*

Es, en realidad, *tu mundo*, el de ella, el que adquiere proporción a través de las treinta y una composiciones que forman el libro. Este mundo aparece en el dolor del poeta, en el medido clamor de su pasión, en su soledad "frente al divagar de la vida y de la muerte, en sus sueños "callado surtidor que se agota al correr". Y con todo esto, forma su lírica discreta, trabajada con afán de ceñida aristocracia. Nunca una palabra más fuerte que las otras para gritar su desafío a la imponderable fuerza de la muerte que a retazos le va llevando la amada. Nunca una protesta, ni un rictus, ni una rebeldía. Todo manso, como si el poeta fuera avanzando por su soledad desierta de caminos, con las manos cruzadas sobre el pecho y la esperanza puesta en el reencuentro definitivo. Mas, ésta no es aliento en el corazón del autor, por el que vaya su lírica a la luz y la superación pura. En él no cuenta el consuelo cierto en el magnánimo designio de Dios. Todo es *ayer, fenecer, olvidar*:

*Yo no digo mañana sino ayer, porque todo
Es resabio y recuerdo, ni será mi esperanza.
Todo fué preparado, se gastó y se hizo al modo
Del volcán que amontona, sin sentir, su pujanza.*

No se afana por hallar las vías que conducen a las desnudas presencias y a la calma eterna; por eso su libro es de no conformismo y de terrible soledad. Pero este estado ofrece, a veces, contradicciones: una calma aportada por las cosas perceptibles —la lluvia que se desgrana en las acacias, el viento que pasa por la calle, el sosiego blando de la alcoba— parecen sofocar el angustiado correr de las horas, a modo de reflejos en el dolor. Y así, se hilvanan musicales secretos:

*Yo tengo un ansia de que nada pase
En el mundo que muere y que renace.
No verte envejecer, morir soñando,
No verte padecer, mientras padece
Mi corazón su afán; que nada cese,
Para morir así, siempre esperando.*

Su universo está limitado; en él deambula escuchando los pasos de las cosas que acaban, mientras el espíritu se angustia. El amador que existe en este poeta vive alerta espionando la noche y palpando la tragedia de supervivir a la amada, de permanecer y durar recordándola.

Lo sustantivo en este poeta es su actitud de desesperanza ante ese mundo que acaba: en su lírica, el amor pasa a un segundo plano. Aparece en función mortal, naufragando en las aguas carcelarias del tiempo y del espacio. Por esto, la geografía poética del libro es limitada; cubierto de cenizas, aparece siempre el corazón:

*Acaso antes que el mío sea el día en que tu mundo
Dejará de existir. Apenas si tu huella
Quedaría algunos años, y el profundo
Abismo se tragara mi dolor y tu estrella.*

No busquemos en este desesperanzado autor el brio sensual, ni la alabanza panteísta: la amada se esfuma y la dicha se adelgaza.

Sin embargo, aparece a veces —aunque a manera de nota esporádica en la temática— el amador pagano que busca a la mujer “por su belleza más que humana”.

Carlos Bertacchini escapa al frenesí de la poesía de verbosidad caudalosa, tan frecuente en América; a la imaginación desorbitada propocia siempre a crear expresiones oscuras. Su lírica está en la corriente de la poesía moderna, inspirada, tanto en su fondo como en su aspecto formal, en lo clásico español, encontrándose por eso dentro de ese tipo de poesía de hoy que crece a la sombra de Bernárdez y Marechal, cuyas son evidentes las influencias.

El autor de *Tu mundo y el mío* consigue con frecuencia llegar a la apetecida madurez de expresión, la clásica a que nos referimos. Rehuye con elegancia el lugar común, y aunque no es ingenioso metafórico, suele tener pulcros y acertados hallazgos.

A veces se descubre en él un empeño de trabajar la forma, lo que disminuye notablemente el contenido lírico. Su verso, al traernos el recuerdo de los maestros que toma como modelos, aparece entonces carente de pasión en el dolor:

*Yo no soy tal sino porque tú eres.
 Si dejaras de ser, yo moriría;
 Y, más aún, feliz, ya no sería
 El que soy, el que te ama, el que tú quieres.
 De que viva, muriendo tú, no esperes
 Que no sería yo quien viviría:
 Otro, que el mundo, audaz, recorrería;
 Otro que yo no sé, si tú murieras.*

Bertacchini se destaca como hábil cultor del soneto que trabaja con amor, seguridad y conciencia. La primera parte del libro tiene mayor jerarquía que la segunda, que no guarda con aquélla relación alguna. En vibración emocional supera *tu mundo* al *mío*. Ambos están tejidos con los hilos del dolor y de la noche, pero “esa noche” —ya lo anotamos— no busca “la aurora”.

GRACIELA PEYRÓ DE MARTÍNEZ FERRER

Ultimos libros recibidos

NOVELAS, CUENTOS, POEMAS EN PROSA

- DOSTOYEVSKY: *El jugador*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
 ARMANDO PALACIO VALDÉS: *José*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
 RAMÓN PRIETO: *La ciudad del hierro verde*. E. Americalee. B. A., 1942.
 MIGUEL ANGEL SPERONI: *El encuentro*. “Biblioteca Nueva”. B. A., 1942.
 CRISTÓBAL DE VILLALÓN: *El Crótalon*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
 AFRANIO PEIXOTO: *Chinita*. Club del Libro A. L. A. Buenos Aires, 1942.
 JULIO ALFREDO COLMO: *El hombre del 18 de agosto*. B. A., 1942.
 ARTURO CAPDEVILA: *En la Corte del Virrey*. Club del Libro A. L. A. Buenos Aires, 1942.
 MARÍA LEONOR SMITH DE LOTTERMOSER: *Cogollitos* (cuentos). Ed. Carlos Lottermoser. B. A., 1942.
 PÍO BAROJA: *Las veleidades de la fortuna*. Espasa-Calpe, Col. Austral. B. A., 1942.
 W. FERNÁNDEZ FLORES: *El secreto de Barba Azul*. Espasa-Calpe. Col. Austral. B. A., 1942.

POESIA

- SANTOS AGUILERA y LUCIANO ROTTIN: *Antología sintética de poetas argentinos contemporáneos (1912-1942)*. B. A., 1942.
 AVELINA BUSTOS DE QUIROGA: *Vibraciones*. B. A., 1942.
 ANGÉLICA F. DE PLAZA: *Emociones tendidas al sol*. B. A., 1942.
 MARÍA ELISA R. V. DE PÉNDOLA: *Ucles y cardones*. B. A., 1942.
 RUBÉN DARÍO: *Poema del otoño y otros poemas*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
 ARMAND GODOY: *Breviaire*. Ed. Emmanuel Vitte. Lyon, 1941.
 LEONOR BUFFO ALLENDE: *Como la flor del aire*. B. A., 1942.
 VICENTE NACARATO: *Sol indio*. Eds. Oeste. Mendoza, 1942.
 MARÍA GRANATA: *Umbral de tierra*. Eds. Conducta. B. A., 1942.
 J. RAMÍREZ SÁIZAR: *Nayuribes*. Costa Rica, 1942.
 SERAFÍN ORTEGA: *Salmos*. Mendoza, 1942.

CRITICA, HISTORIA LITERARIA, ENSAYOS

- ALFREDO DE VIGNY: *Servidumbre y grandeza militar*. Espasa-Calpe. Colec. Austral, Buenos Aires, 1942.
- ROBERTO LEVILLIER: *Don Francisco de Toledo*. Supremo Organizador del Perú. 1515-1582. Su Contribución a la Historia de los Incas. Tomo III. B. A., 1942.
- ARCHIBALD MAC LEIGH: *Los irresponsables*. Losada. B. A., 1942.
- ASTROJILDO PEREYRA: *Machado de Assis, novelista del segundo reinado*. Colec. Problemas Americanos. B. A., 1942.
- ANDRÉ MAUROIS: *Cinco rostros del amor*. Espasa-Calpe. B. A., 1942.
- R. MENÉNDEZ PIDAL: *La leyenda de Cristóbal Colón*. Espasa-Calpe, Col. Austral. B. A., 1942.
- ORESTES BELLÍ: *Disquisición*. Buenos Aires, 1942.
- ANTONIO DE CAPMANY: *Filosofía de la elocuencia*. El Ateneo. B. A., 1942.

HISTORIA, CRONICA, BIOGRAFIA, VIAJES, Etc.

- MANUEL GÁLVEZ: *Vida de don Gabriel García Moreno*. Ed. Difusión, B. A., 1942.
- LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *El pueblo en la revolución americana*. Ed. Americalee. Buenos Aires, 1942.
- EDUARDO AUNÓS: *Estampas de ciudades*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
- JULIO CAMBA: *La ciudad automática*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
- ATILIO DEL'ORO MAINI: *Los orígenes de la tradición colonial y el Cuarto Centenario de la Compañía de Jesús*. C. E. P. A. Buenos Aires, 1942.
- RODOLFO RIVAROLA: *Ensayos históricos*. Con advertencia de Emilio Ravignani. Publicación de homenaje dispuesta por la Fac. de Filos. y Letras. B. A., 1941.
- IGNACIO AGRAMANTE LOYNAZ: *Patria y mujer*. Pub. del Min. de Educ. La Habana, 1942.
- JUAN F. PÉREZ ACOSTA: *Francia y Bonpland*. Fac. de Fil. y Letras. Inst. de Inv. Históricas. B. A., 1942.
- JOSÉ LUIS BASANICHE: *San Martín visto por sus contemporáneos*. Pról. de Rafael Alberto Arrieta. Eds. Argentinas Solar. B. A., 1942.
- ALFRED NOYES: *Voltaire*. Trad. de Pedro Lecuona. Ed. Sudamericana. B. A., 1942.
- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA: *Actas capitulares de Santiago del Estero*. Advertencia de Ricardo Levene. Introducción de Alfredo Gargaro. Tomo I. Años 1554 a 1747. Tomo II 1748-1766. Ed. Guillermo Kraft Ltda. B. A., 1941-1942.
- JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO: *Mujeres célebres de España y Portugal*. Espasa-Calpe. Colec. Austral. B. A., 1942.
- SATURNINO RODRIGO: *De mi tierra*. Ed. Celta. B. A., 1942.
- LUIS VIANA FILHO: *A vida de Rui Barbosa*. Companhia Editora Nacional. São Paulo, 1941.
- MIGUEL SOLÁ: *El escudo de Salta*. Fac. de Fil. y Let. Inst. Inv. Hist. Buenos Aires, 1942.

POLITICA, DERECHO, ECONOMIA, SOCIOLOGIA

- JOSÉ MANUEL ESTRADA: *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*. Introducción y notas de Enrique de Gandía. Ediciones Estrada. B. A., 1942.
- GILBERTO FREYRE: *Casa-Grande y Senzala*. Tom. VIII y IX. B. A., 1942.
- AVELINO PESSÔA CAVALCANTI: *Páginas de Americanismo*. Rio de Janeiro, 1942.
- KARL FEDERN: *La concepción materialista de la historia*. Análisis crítico. Espasa-Calpe. B. A., 1942.

RODOLFO GERÓNIMO ROVAGNATI: *Hacia la abolición de la caridad*. Librería del Colegio. B. A., 1942.

FILOSOFIA

ANÍBAL SÁNCHEZ REULET: *Raíz y destino de la filosofía*. Fac. de Filos. y Letras. Tucumán, 1942.

CIENCIA

ALEJANDRA DAVID-NEEL: *Místicos y magos del Tíbet*. España-Calpe. B. A., 1942.

LAURENCE FARMER y GEORGE HEXTER: *¿Cuál es su alergia?* Espasa-Calpe. B. A., 1942.

ALEJANDRO RUIZ CADALSO: *Historia general de las ciencias geodésicas*. Univ. de La Habana, 1941.

EDUCACION

OLGA COSSETTINI: *La escuela viva*. Ed. Lošada. B. A., 1942.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOTECA NACIONAL: *Catálogo de la Mapoteca*. 1^o parte-Atlas. Prólogo de M. Selva. B. A., 1941.

TEATRO

JULIO SÁNCHEZ GARDEL: *Los mirasoles*. Ed. de la Com. Nac. de Cultura. Inst. de Est. de Teatro. B. A., 1942.

EDMUNDO BIANCHI: *Los sobrevivientes*. Hachette. B. A., 1942.

FOLLETOS, CONFERENCIAS, VARIOS

HUMBERTO H. CARELLI: *El ejercicio muscular eléctricamente provocado. Ergoterapia pasiva o método de Bergonié*. "La Semana Médica". B. A., 1942.

HORACIO TERRA AROCENA: *Personalidad y creación artística*. Pub. de la Fac. de Cienc. Matem., Fis.-Quim. y Natur. de la Univ. del Litoral. Rosario, 1941.

RAFAEL MOYANO LÓPEZ: *El doctor Jenaro Pérez* (Magistrado y artista cordobés). Univ. Nac. de Córdoba, 1942.

EDUARDO A. CANO: *La poderosa fuerza de Jesús*. B. A., 1942.

SOCIEDAD ARGENTINA DE ESCRITORES: *III Congreso de Escritores*. Tucumán, 1941. Buenos Aires, 1942.

ALFREDO VITON: *La tristeza del ganado bovino*. Enciclopedia Agropecuaria Argentina, 19. Ed. Sudamericana. Bs. As., 1942.

ERNESTO SABATO: *Tres glosas*. Ed. Teseo, 1942.

PEDRO GRASES: *Don Andrés Bello y el Poema del Cid*. Caracas, 1941.

PEDRO GRASES: *Acerca del grupo ZC en la conjunción castellana*. Caracas, 1942.

EMA SANTANDREU MORALES: *La poesía de Gastón Figueira*. Montevideo, 1942.

EZEQUIEL PADILLA: *Tres discursos en Río de Janeiro*. México, 1942.

MANUEL AVILA CAMACHO: *Discurso en el día de las Américas*. México, 1942.

ANGEL GARMA: *Psicoanálisis de las guerras*. "Agonía". B. A., 1942.

ESPEJO DE REVISTAS

SUR, 93, Buenos Aires, junio de 1942.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: *Españoles de tres mundos*. Nuevos retratos. — Dulce María Loynaz, Tomás Meabe, Eugenio Florit— a trazos de sueño, como vivos en el otro lado del espejo. **VICENTE BARBIERI:** *Letanías ejemplares*. Dos poemas fervorosos del Barbieri que preferimos en la balada al río Salado. **MARTA BRUNET:** *Aguas abajo*. Un cuento bien realizado.

PÓRTICO, 3, Buenos Aires, mayo-junio de 1942.

FRANCISCO P. LAPLAZA: *Monteagudo y los proyectos de Federación Americana*. En un esquema que aumenta su interés por la actualidad del asunto, el autor pone de resalto la actividad de Monteagudo en las diversas tentativas de crear una federación americana.

CUADERNOS AMERICANOS, 1, Méjico, enero-febrero de 1942.

UN grupo de intelectuales mejicanos y españoles, América y España, se han sentido “obligados” —oigase bien— a publicar estos cuadernos, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura en estos días críticos. Esta actitud memorable la recibimos como vivo ejemplo de lo que América puede, debe, aportar a la cultura universal, en esa labor que desde siglos ha emprendido el hombre para levantar la condición humana. A *Cuadernos Americanos* llegue augural y fraterno el saludo de NOSOTROS *

JESÚS SILVA HERZOG: *Lo humano, problema esencial*. Con palabra vibrante examina, el autor, el continuo esfuerzo de la humanidad “para alcanzar cada vez un más alto y permanente bienestar”. En los días presentes —dice— las diversas soluciones que se ofrecen: totalitarismo, marxismo, democracia, han olvidado al hombre que es lo fundamental. No creemos que sea en igual

* No comentaremos, por razones de espacio, las interesantes notas que con los artículos integran las cuatro secciones en que se dividen los cuadernos: Nuestro tiempo; Aventura del pensamiento; Presencia del pasado, y Dimensión imaginaria.

medida valedera esa afirmación; pero compartimos el deseo del Profesor Herzog de que cuando Iberoamérica dé su palabra propia sea ésta de exaltación y amor humano. MANUEL J. SIERRA: *De Monroe a Roosevelt*. Se apuntan las diferencias que existen entre la disposición de Norteamérica para las repúblicas hispanoamericanas y los principios iniciados y sostenidos por el presidente Roosevelt bajo el lema de "política del buen vecino". La lectura de estas indiscutibles observaciones es aleccionadora. JUAN LARREA: *Nuestra Alba de Oro*. En este ensayo intrincado y lleno de sugerencias que incitan a pensar, al aventurado pensar, se reivindica para la poesía la facultad de poner al hombre en relación con lo divino de modo directo, "en libre visión individual sin intermediarios eclesiásticos". PEDRO BOSCH GIMPERA: *Democracia y Totalitarismo en la historia*. Claro panorama de la realización de estas dos ideas: democracia, totalitarismo —no tan nuevas— en el curso de la historia. Las conclusiones son acertadas: "No vivimos un simple episodio del drama secular histórico". De las dos direcciones señaladas, "la totalitaria parece haber llegado a su máxima perfección. La representada por la coordinación del libre individualismo en sus últimas concreciones democráticas, si ha de salvarse, deberá realizar todavía una mayor evolución y encontrar nuevas soluciones para sus propias fallas y para cuantos problemas ha dejado intactos". Nunca mejor oportunidad que estos días de gestación terrible de un mundo nuevo, para recalcar una y otra vez que la democracia es algo más que un poco de pan para cada boca, algo menos que un decorado de tribuna y carteles. LEÓN FELIPE: *El rescate*. Cinco cantos de los treinta y tres que componen el poema. Cantos de pasión, de apóstrofe bíblico: "Ganarás la luz con el dolor de tus ojos". El León Felipe en carne, en alma viva, que todos admiramos. ALFONSO REYES: *Significado y actualidad de 'Virgin Spain'*. Todo puede servir de pretexto, aun el comentario de una obra tan elocuente como *Virgin Spain*, para que la inteligencia y la sensibilidad de Alfonso Reyes disparen flechas luminosas, hacia arriba, hacia lo hondo, con el arco de su palabra señorialmente despojado.

CUADERNOS AMERICANOS, 2, Méjico, marzo-abril de 1942.

ALFONSO REYES: *América y los Cuadernos Americanos*. Nos habla del destino necesario si prematuro de América como guardadora, como adelantada, de la cultura universal. "En nuestro caso —dice— tenemos que hacer de tripas corazón, tenemos que mostrarnos capaces del destino". De tripas corazón, sí, y perdónenos la glosa Don Alfonso, de tripas corazón; que no es hora de tripas esta, como algunos previsores aconsejan: que es hora de corazón fuerte y ancho y limpio. "América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo pues no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica". Y en ese diálogo la parte que corresponde a las repúblicas hispanoamericanas es "la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico, y de un sentido auctótono". Se desarrolla esta idea magistralmente. MARIANO RUIZ-FUNES: *Dos guerras y un armisticio*. Ya se dijo que con relación a la génesis de la guerra actual "aquellos polvos trajeron estos lodos". El autor que reseñamos dirige su observación sobre algunos acontecimientos anteriores y poste-

riores a la guerra de 1914 y concluye que ellos determinaron ésta iniciada en 1939. Recomendamos su lectura. MANUEL MARTÍNEZ BÁEZ: *El mal del pinto*. Lo científico de este artículo no impide al profano que se acerque y lo lea con gran interés. EUGENIO IMAZ: *Itinerario de la psicología*. Qué variado y sugeridor itinerario, cómo brilla la mirada de William James entre los ojos que buscan afanosos la esencia íntima del hombre. PABLO NERUDA: *El corazón magallánico*. Versos.

CUADERNOS AMERICANOS, 3, mayo-junio de 1942.

LUIS RECASÉNS SICHES: *El derrumbamiento de la cultura alemana*. Se expresa que además de los factores inmediatos que determinaron en Alemania el advenimiento del nazismo y con él la demolición de la cultura alemana, la teoría nazi es la “exageración patológica” —y para la tesis de autor es muy importante— del temperamento y de la tradición política del pueblo alemán que se sintetizarían en: el fondo místicoromántico del alma alemana; el sentido de masa del pueblo alemán, gregario y borreguil, y la tendencia política a la estatolatría, a la colectivización de la vida y al militarismo. Tiene razón el autor en mucho de lo que expone, pero, a nuestro juicio, la vida de los pueblos como la vida del hombre es mucho más compleja y a la vez mucho más simple de lo que pretendemos descubrir con nuestra observación. WALDO FRANK: *Los dos medios mundos americanos*. El fenómeno que insistentemente ocupó al escritor norteamericano, vuelve a exponerlo aquí con la claridad y seeducción que su pensamiento posee. No creemos posible la creación de “un nuevo mundo americano” que sea la síntesis de la América del Sur y la del Norte, y no creemos tampoco que ello sea necesario para la cultura de la humanidad ni para el mejoramiento de ambas Américas. Europa ha sido y será, pese a esta horrible guerra, Francia, España, Inglaterra, Alemania... Además, nos parece que Waldo Frank no ve claro cuando habla de “buena fé”, de “estupidez” de la gran Banca americana, que es, por otra parte, idéntica a la gran Banca del mundo. F. CARMONA NENCLARES: *Hispanismo e Hispanidad*. Hispanismo: “aquello que desde el punto de vista material o ético contribuyese a que los países iberoamericanos alcanzaran el límite máximo de su nivel histórico propio”; hispanidad: “reivindicación fascista del ex Imperio español para una España fascista”. Bueno de anotar. LEOPOLDO ZEA: *En torno a una filosofía americana*. En la universalidad de algunos temas del pensar filosófico —el ser, el conocer, la vida, la muerte, etc.— halla el articulista la posibilidad de una filosofía americana que vuelta sobre ellos continúe desarrollando la labor europea. Otro objeto de la filosofía que se estimula en este ensayo, sería la circunstancia peculiarmente americana, por ejemplo, su historia. En resumen: “Hay que intentar hacer pura y simplemente Filosofía, que lo americano se dará por añadidura”. EDUARDO GARCÍA MAYNEZ: *Reflexiones sobre el utilitarismo*. Disquisición sobre ideas de Max Scheler y Nicolai Hartmann. ALFREDO BAÑOS, JR.: *La radiación cósmica*. En cuestiones como la expuesta la ciencia deviene poesía. MANUEL SÁNCHEZ SARTO: *Humboldt, el monstruo heráldico*. Artículo de amena lectura; la personalidad de Humboldt apenas entrevista, subyuga. LEÓN FELIPE: *Tal vez me llame Jonás*. De este alegato de León Felipe hay un capítulo que es una columna de sangre, una

campana que voltea en la eternidad, es el *V*: *¿Pero por qué habla tan alto el español?* Los demás insinúan lo que piensa el poeta sobre el verso español: “Nos gusta afilar los versos, encimarlos hasta formar torres finas, enhiestas y puntiagudas”. sobre la *¿traducción?*: “Lo que hago con el libro de Jonás, lo hago también con el de Witman, si se le antoja al Viento. Cambio los versos, los hago míos porque estoy en un terreno monstrengo, en un prado comunal, sobre la hierba verde del mundo, *upon leaves of grass*”. “En la crónica temporal, lo esencial es la palabra que nadie debe trastornar; en la crónica poética o en el versículo sagrado, lo esencial es el capítulo, que yo no cambio nunca, aunque modifique las palabras y quiebre la forma”. Sin compartir la crítica zurda que se hizo a la versión española de *Song of myself*, en nuestro sentir se nos aparece como muy difícil —y más en poesía— la posibilidad de separar el espíritu de la palabra que lo expresa.

TRISTÁN FERNÁNDEZ

CRÓNICA

NOSOTROS y su 35 aniversario

CON el presente número cumple NOSOTROS 35 años de vida, estrechamente vinculados a la evolución espiritual de la Nación en el mismo lapso. En esta fecha ciertamente halagüeña para sus directores, redactores y colaboradores, porque les recuerda una labor realizada con dignidad en un ambiente, si ilustrado por generosas minorías, no siempre propicio a estas empresas de cultura, y más en la época terrible en que nos ha tocado vivir, nos es grato saludar a todos nuestros lectores y amigos, y a la prensa nacional y extranjera que nunca ha dejado de acompañarnos con sus nobles estímulos.

Sobre las Poesías completas de Herrera y Reissig

GUILLERMO DE TORRE nos ha enviado la siguiente carta abierta en réplica al artículo que sobre su edición de las Poesías Completas de Herrera y Reissig publicó en el número anterior de NOSOTROS Delfor Candia Marc.

Sr. Delfor Candia Marc.

Muy señor mío y distinguido compañero:

Leo su nota en el último número de NOSOTROS sobre mi edición y prólogo de las *Poesías completas* de Herrera y Reissig. Le agradezco la atención que presta a mi estudio preliminar y celebro su interés por la poesía del gran uruguayo. Ahora bien, sin ánimo de polémica, sin pretender tampoco que yo haya atinado con la interpretación más certera, permítame algunas reservas y rectificaciones a la suya.

Hubiera sido muy aventurado y temerario fijar, como Ud. pide, los "momentos de gestación" en las distintas partes de la obra herreriana. Primero, porque en realidad no son completamente distintas, ya que tienen una íntima conexión, enlaces afines; y después, porque cronológicamente las épocas a que corresponden tales partes cabalgan unas sobre otras, sin fronteras temporales suficientemente netas. Como Ud. no ignora, Herrera y Reissig realizó toda su obra sólo en unos diez años —descontando los balbucesos románticos—, y lo hizo con gran celeridad, sin discontinuidades ni espacios huecos. Por otra parte, en punto a fechas hemos de atenernos —si aceptamos esas "estrictas normas científicas" que Ud. pide para la crítica— a las que llevan marcadas

algunas poesías. Algunas otras fechas que agregaron Más y Pí y Pino Saavedra sólo son aproximativas, conjeturales.

El hecho de que yo fije “dos fases capitales” en la evolución de Herrera y Reissig no implica que no puedan señalarse otras. Pero en la segunda de las que yo especifico quedan incluidos —contra lo que una lectura rápida le ha hecho a Ud. suponer — *Los parques abandonados* (1ª serie), *Los éxtasis de la Montaña* y los *Sonetos vascos*. No hay, pues, por mi parte, esa exclusión o menosprecio que Ud. parece imputarme.

¿Medir a Herrera y Reissig con patrones estrictamente americanos? ¡Tanto fuera como juzgar a José Hernández sobre moldes europeos! A cada cual lo suyo. Si hay algún poeta de filiación, educación y preferencias europeístas, si hay algún poeta en cuya obra el localismo americano, las referencias al medio, resulten casi inexistentes, éste no es otro que Herrera y Reissig. ¿Está Ud. perfectamente seguro de que los versos del poeta uruguayo reflejan, según escribe, “la visión entrañablemente cordial y evocadora de la tierra nativa”? Más cuerda me parecía la actitud dubitativa. Por ejemplo, la que adopta un joven y sagaz escritor uruguayo, Alejandro Laureiro, en el N° 91 de *Alfar*, revista de Montevideo. Este crítico se plantea con la debida cautela interrogativa, la hipótesis siguiente: ¿acaso la aldea de los poemas bucólicos de Herrera y Reissig no será el Montevideo de 1895-1900? Pudiera ser..., mas para mí, en lo fundamental, los tipos, las escenas, los elementos del paisaje en tales poemas son inventados, en función, claro es, de reminiscencias literarias, quizá también familiares. Esto, sin perjuicio, de que algunos rasgos, ciertos toques, antes que por sus lecturas e imaginaciones, le hayan sido sugeridos a Herrera y Reissig por el contorno montevideano. El “piano entre las quintas”, por ejemplo, lo oyó realmente Herrera y Reissig en el Prado. En cambio, el “cura que ordeña la montaña” supera la referencia a cualquier realidad local. Y para mí esta creación metafórica es lo verdaderamente poético en el autor de *Los éxtasis*. Por eso otorgo tal importancia a la “visión herreriana de la naturaleza” que Ud. me entrecomilla polémicamente. En ella radica, a mi juicio, la singularidad y la grandeza de este poeta. En su capacidad de metamorfosis, de plena recreación lírica. Discrepo, pues, plenamente de Ud. cuando considera esa virtud herreriana como algo caducado. Y en cuanto a lo que yo entiendo por elementos formales de su poesía y cómo en ellos considero implícitos los espirituales, puede inferirse del valor que otorgo al lenguaje en su función poética, opuesto a la función lógica, y de la transcripción que hago de esta frase perteneciente al propio Herrera: “El verbo es todo”.

“Conocimiento documentado”, “datos objetivos” y otros utensilios documentales postula Ud. en su nota, aún haciendo la salvedad de que ésta es una desiderata general que en nada se relaciona con mi estudio preliminar a Herrera y Reissig. Créame que no me cuesta ningún trabajo asociarme a sus deseos, ya que siempre he considerado estos elementos como los andamios indispensables para cualquier edificación sólida. En el caso particular del autor de *La torre de las esfinges*, mucho hubiera celebrado encontrar en su artículo, junto con las opiniones, algunos datos nuevos, más amplios y precisos que los que han podido proporcionarse no sólo la lectura de toda la bibliografía del poeta, sino el examen de su archivo familiar, conversaciones con su vinda y con los coetáneos supervivientes. ¿Tendrá Ud. la suerte de

obtenerlos algún día? Por el momento, y como pese a las señaladas discrepancias de criterio, nos une la devoción en lo esencial al gran poeta uruguayo, le ruego que no reserve para sí cualquier hallazgo propio.

Muy atentos saludos.

GUILLERMO DE TORRE

Un homenaje a Leopoldo Díaz

UN, hermosa fiesta del espíritu se celebró el 15 de agosto en casa del doctor Eduardo Crespo y su esposa doña María Eugenia M. L. de Crespo. Invitados por los dueños de casa, se reunió en torno del poeta Leopoldo Díaz, un numeroso grupo de damas y caballeros, entre ellos muchos y calificados escritores, que iban a expresarle al más alto representante de la escuela parnasiana en la Argentina, sobreviviente ilustre de la primera generación modernista, el testimonio de su cálida simpatía, en ocasión de cumplir ochenta años. Aunque el acto se celebró en la intimidad de un hogar, asumió por la calidad y número de las personas que participaron en él y por su desarrollo, el carácter de un público homenaje. Nuestro director Roberto F. Giusti lo inició en nombre de NOSOTROS con unas breves palabras en las cuales destacó la significación en la poesía americana del artífice de *Bajo-Relieves*, caracterizó su arte suntuoso y multiforme y su maestría en el soneto y enalteció su fidelidad quijotesca a la Poesía, mantenida durante una dilatada existencia. También dijo hermosas palabras Rafael Alberto Arrieta, leyeron versos alusivos Delia D. de Capdevila, Arturo Capdevila, Fernández Moreno, Arturo Marasso, Manuel de Góngora, Arturo Chizzini Melo, Alfonsina Masi Elizalde y el ministro de Cuba Ramiro Hernández Portela, y pronunció una cariñosa alocución el embajador del Uruguay, Horacio Martínez Thedy. Todo ello hecho con cordial llaneza, en un ambiente a la vez señorial y familiar, que hizo vivir a los presentes en un salón de antaño, de aquellos en que todavía se rendía culto a las más nobles manifestaciones del espíritu.

Segundo Concurso Literario Latinoamericano

COMO lo anunciamos en el número anterior, de acuerdo con una noticia telegráfica comunicada por la Associated Press, confirmamos que ha sido postergado hasta el próximo 15 de noviembre el plazo de admisión de las obras editadas después del 1º de setiembre de 1941, o bien inéditas, en el concurso abierto por la Editorial Farrar and Rinehart de Nueva York, bajo el patrocinio de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana.

La secretaría de esa oficina nos comunica que en todos los países funcionan ya comisiones organizadoras compuestas por destacadas figuras intelectuales, cuya nómina puede leerse en los anuncios de este mismo número.

La composición de los jurados designados por la revista NOSOTROS, encargada de organizar el concurso en la Argentina, es la siguiente, ya anunciada: Para la 1ª categoría, de novela, y la 2ª, de obras de género no imaginativo (véanse las Bases publicadas en el número 73, o solicítense en la Administración de NOSOTROS) los señores *Rafael Alberto Arrieta*, *José Luis Busaniche*, *Julio Noé*, *Roberto F. Giusti* y *Oscar Bietti*. Para la 3ª categoría, de libros para

la juventud, los señores *Amarante Abeledo, Fermín Estrella Gutiérrez y Luis Reissig.*

Solicitamos de los escritores que se han interesado por este concurso continental, de indudables proyecciones, que envíen sus libros impresos, o los inéditos que estuviesen prontos, cuanto antes, sin aguardar la fecha de clausura del Concurso, para facilitar la tarea de los jurados, porque ha quedado establecido que las obras elegidas por éstos en cada nación deberán ser remitidas directamente al jurado de última instancia de Nueva York, el 15 de diciembre a más tardar, es decir, dentro del mes siguiente al de la clausura. El jurado de Nueva York por su parte dará su fallo posiblemente antes del 15 de marzo de 1942 y en ningún caso después del 14 de abril, Día de las Américas, en que los premios serán adjudicados en una ceremonia especial.

El fallo de los jurados locales de la Argentina será anunciado inmediatamente después de producido.

Becas del Colegio Libre de Estudios Superiores

HACE algunos meses la cátedra Juan María Gutiérrez del Colegio Libre de Estudios Superiores inició un nuevo género de actividades culturales: la organización de equipos para la investigación de determinados temas de historia literaria. Los temas propuestos por el secretario de la cátedra, Dr. Roberto F. Giusti, que dirige los trabajos, fueron dos: el 1º, El despertar de la cultura argentina en el decenio posterior a Caseros (1852-62); el 2º, Antecedentes del modernismo en la Argentina, con anterioridad a Darío, remontándose hasta la generación del 80, con el intento de fijar un cuadro de la vida intelectual del país entre los años 1880-1892.

Seis profesoras jóvenes y cultas, egresadas de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto Nacional del Profesorado se han repartido desde entonces desinteresadamente la tarea de ambas investigaciones en archivos y bibliotecas; pero pensaron los organizadores que era más que justo compensar a estos estudiosos las largas horas empleadas en el trabajo, convirtiendo sus estudios en dos becas. Faltaba el generoso donante y éste no se ha hecho esperar: la dirección del diario *Crítica*, desempeñada actualmente por D. Helvio Botana, ha hecho donación de 3.000 pesos para ambas becas, que llevarán respectivamente el nombre del difundido diario de la tarde, y el de su extinto director D. Natalio Botana, en memoria del cual se instituyen estas becas en el primer aniversario de su muerte, recientemente recordada en un gran acto popular.

El país comienza a estar maduro para estos subsidios particulares a las empresas de la inteligencia —aunque todavía estamos muy lejos de cuanto se hace en los Estados Unidos. Esperamos que ejemplos como el que acaba de dar la dirección de *Crítica* se multipliquen.

Tercer Congreso Internacional de Literatura Iberoamericana

EN conmemoración del 450 aniversario del descubrimiento de América, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana ha convocado, bajo el patrocinio de la Universidad de Tulane (New Orleans), el Tercer Congreso

Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana, que tendrá lugar del 21 al 24 de diciembre próximo. Las sesiones se celebrarán en el legendario St. Charles Hotel, que describió con tanto color Sarmiento en su libro *Viajes en Europa, Africa y América*.

El tema del Congreso será el siguiente: "El nuevo mundo en busca de su expresión". Eminentes escritores del continente ya han anunciado su participación en el Congreso, con trabajos relativos al hombre americano, a su cultura y a su expresión. Estos trabajos se publicarán, según el tema, o en la *Memoria del Tercer Congreso* o en la *Revista Iberoamericana*. La revista NOSOTROS ha sido especialmente invitada a enviar un delegado.

Nuevos colaboradores de este número

NEWTON FREITAS. — Nació en Victoria (Brasil) en 1909. Viajó como piloto de la Marina Mercante brasileña. Hizo periodismo en Río, San Pablo y Río Grande del Sur. Ha publicado *Poráo* (1907), relatos novelados, en San Pablo. En Buenos Aires publicó en colaboración *Diez escritores del Brasil* (1939); *Alós Afrobrasileños*. Próximamente publicará *Ensayos Americanos*. Colabora en los principales diarios de América.